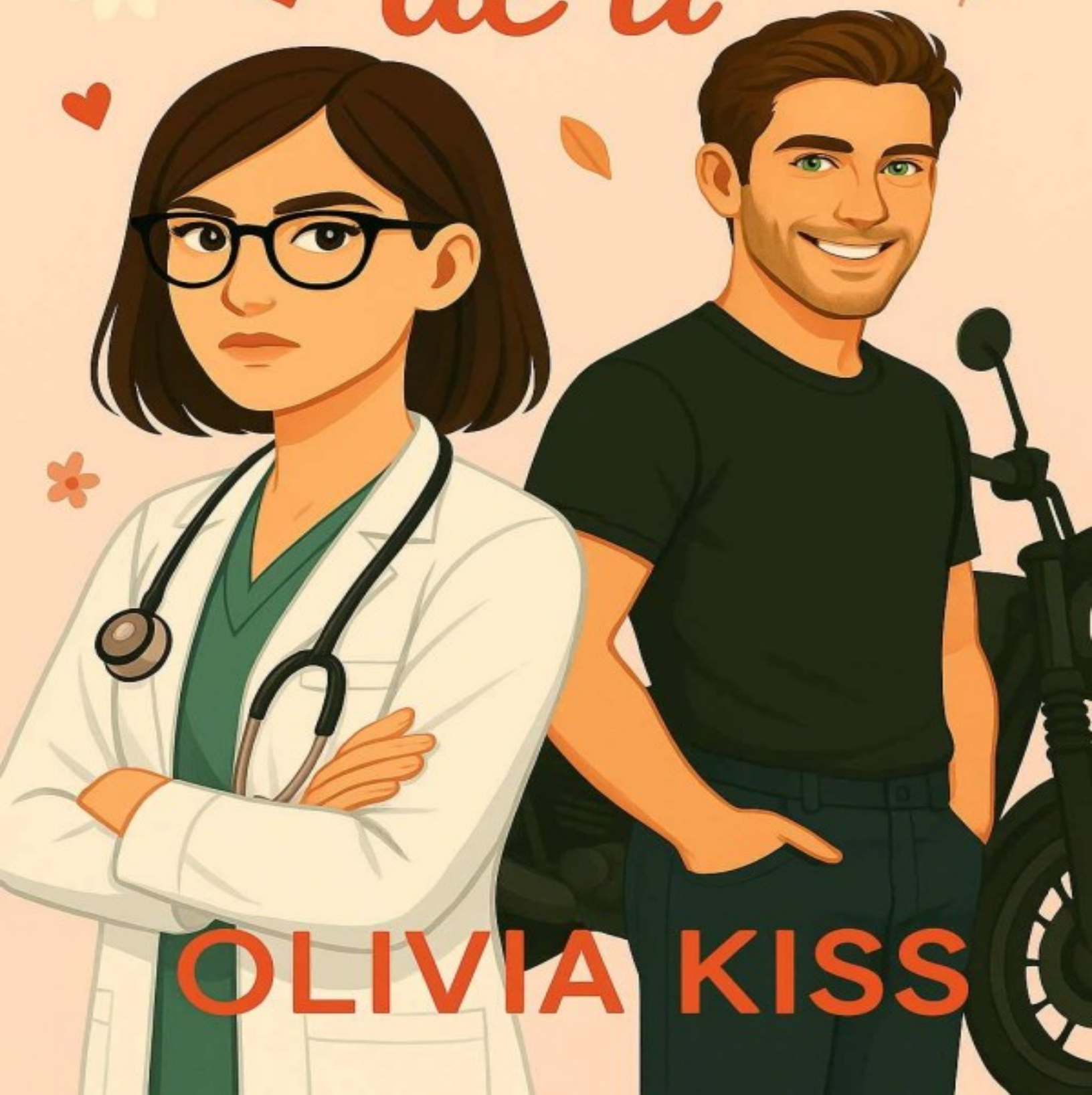
Una dosis de ti



OLIVIA KISS

Una dosis de ti

OLIVIA KISS

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO FINAL

CAPÍTULO 1

"Piiii, piiii, piiii".

El despertador suena a las 6:00 en punto, pero yo ya estoy despierta; no necesito alarmas. Mi cuerpo sabe perfectamente cuándo es hora de levantarse. Me estiro, respiro hondo y apago el ruido antes de que se repita. No hay espacio para cinco minutos más.

Me levanto, me tomo un café rápido, me pongo las mallas y la camiseta y salgo a correr.

A la vuelta: ducha, segundo café y mochila. Repaso que no me deje nada y salgo de casa. A las 7:45 entro en la consulta, lista

para un nuevo día. Mi rutina habitual.

Resuelvo varios recados que me pasa la enfermera y reviso la agenda del día. Hay bastantes pacientes citados, entre ellos un caso interesante en el que llevo tiempo trabajando y que, por fin, parece que va mejor, y otros menos emocionantes que probablemente solo quieran hablar un rato con alguien o traer sus "autodiagnósticos" de internet. Pero no me quejo. Sé que soy muy afortunada por dedicarme a algo que me apasiona, aunque no todo sea siempre ser el doctor *House*.

La mañana va pasando entretenida, hasta que, a las diez, mi siguiente paciente no aparece. Espero diez minutos, pero nada. Ya estamos con los que no vienen y no anulan la cita… Luego se quejan de las listas de espera. Justo cuando me dispongo a marcarlo como "no presentado", la puerta se abre de golpe.

—Perdón, doctora —dice una voz masculina y despreocupada —, es que había mucho tráfico.

Levanto la mirada, incrédula. ¿Qué formas de entrar son estas?

—Quince minutos tarde —le digo sin disimular mi irritación—. El tráfico en esta ciudad es el mismo cada día, hay que calcularlo.

Él sonríe como si le hiciera gracia mi comentario.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Espero que no haya próxima vez, pienso mientras reviso rápidamente su historial: Eduardo Muñoz de la Rúa. Veintinueve años. Fumador. Una visita a urgencias hace tres años por una herida inciso-contusa tras consumo de alcohol que requirió sutura. Ufff, empezamos bien.

Hago una inspección rápida del paciente mientras se acomoda en la silla: deportista, a juzgar por su físico; buen estatus socioeconómico, dada la ropa que lleva —algo arrugada, pero de calidad—; y una exasperante pachorra en sus movimientos. Santa paciencia.

Me acomodo las gafas y empiezo con la entrevista médica.

—Bueno, cuénteme, ¿qué le trae por aquí?

—Un chequeo —responde.

—¿Alguna molestia en particular?

—No, simplemente quería ver cómo está todo. Quiero empezar a cuidarme más.

—De acuerdo. He visto que fuma, ¿es así?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Depende.

Alzo una ceja.

—"Depende" no es una respuesta válida.

—Pues entre semana unos cinco cigarrillos al día, pero cuando salgo de fiesta… digamos que unos cuantos más.

—¿También bebe?

—Lo normal.

—¿Y qué es lo normal para usted, si se puede saber?

—Pues lo que todo el mundo. Ya sabe, doctora, cuando salgo de fiesta o si quedo a tomar algo con amigos.

Intento contenerme, pero se me escapa un suspiro de exasperación.

—Tranquila, jamás bebo si estoy solo, así que no me ponga la etiqueta de alcohólico ahí, si es tan amable —me dice con tono sarcástico, mientras señala el ordenador con la mirada.

—¿Y algún otro tóxico?

—Bueno, a ver, ¿quién no ha probado alguna cosilla? —continúa con su sonrisa traviesa—. Pero no de forma habitual, lo prometo.

—Mire, Eduardo, si de verdad quiere cuidarse y pensar en su salud, siento decirle que no basta con machacarse en el gimnasio. O

deja todos esos malos hábitos o algún día nos veremos aquí y no será para un chequeo rutinario.

—Vaya, doctora, me está asustando. Es lo que intenta, ¿no?

Decido ignorar el comentario y aprovecho para ir anotando todo en la historia clínica. Acto seguido, me levanto para realizar la exploración física y auscultarle. Le indico que se quite la camiseta y se tumbe en la camilla.

—Por supuesto, doctora. Lo que usted me pida. —De nuevo, esa sonrisita pícara que me hace sentir incómoda. Sé que no es más que un chaval inmaduro, pero odio que me falten al respeto de esta manera. Apoyo el fonendoscopio sobre su pecho musculoso y escucho el ruido de su corazón, regular, firme, sano.

—Está todo bien —le digo al terminar—. Ya puede vestirse.

—¿Está segura? Por mí puede seguir un rato más. No siempre le toca a uno una médico como usted.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo soy exactamente?

—Muy profesional, por supuesto —contesta con una chispa de diversión en la mirada.

¡Será posible! El muy cretino me está vacilando. Cierro los ojos por un momento, controlando mis nervios. "No es más que un paciente", me digo a mí misma como siempre en este tipo de casos

en que desearía ahorcar al sujeto en cuestión con el fonendoscopio. "No es una persona, es un paciente", me repito, para no soltarle algo de lo que me arrepienta.

—Ya. Puedes levantarte, hemos terminado —logro decir manteniendo las formas.

—Genial, gracias. Aunque la verdad es que yo venía sobre todo a que me pidiera una analítica para ver que me salga todo perfecto. Pero bueno, la auscultación ha estado muy bien.

¿En serio? ¿Acaba de guiñarme un ojo? ¿En la consulta? No doy crédito. De verdad que estos jóvenes de hoy en día están asalvajados, no tienen respeto por nada ni por nadie. Como solo quiero que se vaya, le pido una analítica básica sin mediar palabra y le invito a abandonar la consulta.

—Muchísimas gracias, doctora…

—Guerra. Doctora Guerra.

—Gracias, doctora Guerra. Prometo que algún día dejaré todos mis vicios por usted.

—Por mí no lo haga, Eduardo. No será mi corazón quien pague la fiesta, sino el suyo.

—Buena respuesta. Creo que mejor debería hacerse llamar "doctora Guerrera". —De nuevo, esos ojillos risueños que, sin duda,

se están quedando conmigo—. Nos vemos pronto para ver el resultado de mi analítica.

—Tranquilo, le he dado cita telefónica. Para ver los resultados no es necesario que venga hasta aquí.

—Vaya, pues qué pena. Ha sido un placer, espero su llamada entonces.

El paciente abandona la consulta con el mismo aire despreocupado con el que la ha avasallado al entrar. Suspiro aliviada. Por fin me he quitado a este impresentable de en medio. Menos mal que mi siguiente paciente es un abuelito de ochenta años. No sé por qué, pero los jóvenes por lo general suelen ser peores pacientes.

Cuando llega la hora del almuerzo, salgo quince minutos a tomar un café en el barecito de abajo, donde ya está mi compañera y amiga del trabajo, Maca, la dermatóloga del centro. Como cada día, comentamos cuántos pacientes nos han fallado, cuántos nos quedan por ver y cuántos casos interesantes hemos tenido. Después, me habla del libro que se está leyendo, un *thriller* buenísimo que le recomendé y al que está enganchadísima. Nos encanta leer libros que la otra acaba de terminarse y le han gustado, para comentarlos después entre café y café.

—Por cierto, hay un chico ahí fuera fumando que no para de mirarnos. ¿Lo has visto? —susurra Maca con las mejillas encendidas —. Es muy guapo, la verdad.

No puedo evitar reírme; es que se ruboriza por cualquier cosa.

—Maca, por Dios, que tienes novio.

—Ya lo sé, pero eso no quiere decir que una no tenga ojos en la cara. Jo, es que está muy bueno.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién eres tú y qué has hecho con Maca? —exclamo entre risas. Me sorprende su tono, Maca es muy reservada y, por lo general, solo tiene ojos para su amadísimo Raúl, su novio desde el instituto. Son una de esas parejas que llevan ya más años juntos que separados y que, prácticamente, funcionan como un único individuo.

Miro al exterior del bar en busca del supuesto buenorro que ha conseguido que mi amiga mire a alguien que no sea Raúl. Mierda. Es el cretino de antes.

—Uff, no, no, no. No me fastidies. A ese lo he tenido hoy de paciente. Insoportable.

—¿En serio?

—Sí, sí, es el típico bandarra que bebe, fuma y se droga. Y ahora viene porque quiere ver que aún tiene bien el colesterol para convencerse a sí mismo de que puede seguir así. Porque ya te digo yo que ese no va a empezar a cuidarse ni de coña… Si pasa de todo.

—Jolín, pues yo lo veo bastante cuidadito. Desde luego al gimnasio va. Y tiene la piel muy bonita.

—Pues a ver lo que le dura… No sabes la rabia que me dan estos que se creen que con unos buenos pectorales compensan toda la mierda que se meten después.

—¿Tan idiota era?

—Que sí, que sí. Y encima irrespetuoso. No sé, es como si todo le pareciera divertido. Ya se lamentará, ya.

—Pues mira, eso es porque es guapo. Solo los guapos pueden ser capullos. Si eres feo, no tienes más remedio que ser majo y listo, si no quieres comerte los mocos. Qué injusta es la vida.

—Y que lo digas, amiga, y que lo digas. Pero no te preocupes, al final, la vida pone a cada uno en su sitio.

Veo cómo el paciente apaga el cigarrillo con ese aire chulesco que ha mostrado todo el rato en la consulta y se monta en una moto enorme para alejarse hasta desaparecer. Menos mal que no tengo que volver a verlo.

CAPÍTULO 2

—Te noto seria, tía. ¿Todo bien? —dice Sofía, que acaba de llegar al punto de encuentro.

—Llegas tarde.

—Joder, tía, cinco minutos. Eso no es nada.

—Es que no entiendo por qué os cuesta tanto calcular el tiempo un poquito mejor para llegar puntual a los sitios.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí, sí, nada, déjalo. Es que hoy un paciente también ha llegado tarde y encima ni se ha disculpado. Me ha dado rabia, la verdad.

—Bueno, pero yo no soy tu paciente, soy tu mejor amiga. Así que te toca aguantarte —contesta Sofía con una sonrisa que le ocupa la cara entera—. Al fin y al cabo, te estoy acompañando a ver la película esa tostón que querías, ¿no?

—Gracias, Sof. Ya verás cómo te gusta.

—Lo dudo, pero no importa. Para esto estamos las *besties*.

A Sofía le encanta llamarnos *besties*, como si fuéramos unas quinceañeras. Le cuesta aceptar que ya dejamos atrás la adolescencia hace tiempo, y que cada vez andamos más cerca de ser unas cuarentonas solteronas.

Entramos en la sala de cine, que está casi vacía y los únicos que ocupan algún que otro asiento parecen sacados de una residencia de la tercera edad. ¿Por qué a nadie de mi generación le interesan las películas mudas? De verdad que no lo entiendo. Los tráilers ya han terminado y la peli está a punto de empezar. Justo a tiempo. Nos acomodamos con nuestras palomitas y nos perdemos en el mundo de Charles Chaplin. Es genial. Qué suerte que en el cine de nuestro barrio a veces hagan estas sesiones especiales con pelis de culto. Desde luego, yo intento no perderme ni una.

Salimos de allí una hora y media después, yo emocionada, Sofía… Sofía medio dormida.

—Tía, después de esto necesito un copazo.

—Uff, no sé, es un poco tarde, ¿no?

—¡Pero si es viernes! Vaaa, tía, que nunca hacemos nada divertido. Solo me quieres para hacer planes de viejos. Ahora te toca cumplir a ti también como amiga.

—Viernes, dice. ¡Te recuerdo que yo mañana tengo guardia! Así que para mí es un día más.

—¿En serio me vas a dejar tirada?

Me debato durante unos segundos entre ser buena amiga y ser persona mañana en la guardia. La verdad es que tiene razón, le debo una por acompañarme a un plan que sé que no le apetecía.

—Vale, va. Pero solo una copa, ¿eh? Que te conozco.

Mientras nos encaminamos hacia la zona de pubs me doy cuenta de que Sofía se ha arreglado e incluso lleva tacones, mientras que yo voy con los vaqueros de todo el día, zapatillas, una triste camiseta básica y un abrigo de estos de plumas que la gente normal usa para ir a la montaña o a hacer deporte. No es que tenga grandes expectativas de la noche, pero si llego a saber el plan, al menos me hubiera puesto algo con lo que no parezca que estoy bajando a tirar la basura. Seguro que esta idea no le acaba de surgir

y no me lo había insinuado antes para que no me diera tiempo a orquestar una mejor excusa. Anda que no nos conocemos ya.

Llegamos al bar favorito de Sofía y entramos. El olor a sudor mezclado con alcohol y Red Bull inunda mis fosas nasales. Hacía tiempo que no pisaba un local de estos. Nos pedimos un *Gin Tonic* cada una, envueltas en el pop-rock español de los noventas, y comentamos las anécdotas de la semana, sin parar de reírnos de nuestras tonterías. Es increíble, aunque nos vemos un montón y siempre estamos al día, nunca nos quedamos sin temas de los que hablar. Y mira que somos diferentes, pero jamás nos aburrimos juntas.

—Oye, ¿has visto a ese de ahí? —me dice Sofía de pronto—. No está mal, ¿no? ¿Te interesa?

—Sabes que no, Sof. Todo tuyo.

Siempre hace lo mismo. Cuando ve un tío que le gusta, me pregunta primero a mí. Creo que tiene más ganas de que ligue yo que ella. Pero paso, lo último que necesito es enrollarme con un tío cualquiera de un bar. Me fijo en el tipo: es alto, rubio, de ojos azules, un poco delgado para mi gusto, pero bastante guapete. La lleva un rato mirando descaradamente, así que no creo que se le resista. Sofía, con ese cuerpazo y esa cara bonita, siempre consigue

al chico que quiere. Es una pena que nunca encuentre al adecuado para llegar a tener algo serio. Pero a ella le da igual, jamás la he oído quejarse de la soltería ni necesitar a ningún hombre para ser feliz. Además, tiene clarísimo que no quiere tener hijos, así que el reloj biológico no le apremia como a la mayoría de las mortales.

—Ah, pues igual me acerco y me hago un poco la tonta. A lo mejor nos invita a copas.

—Yo me voy ya, que es tarde.

—¿Seguro? Joo, quédate un poco más, va.

—Ni de coña, que mañana madrugo.

—Vaaale. Te paso ubica, ¿eh?

—Más te vale.

Le doy un beso y salgo del pub. Cuando hay posibilidades de acabar con un tío, me envía la ubicación en tiempo real por si resulta ser algún tipo de psicópata, aunque lo habitual es que se los lleve a su piso y no vaya al de ellos, siguiendo el lema de que "siempre es mejor jugar en casa".

Sofía es un alma libre. A veces me da un poquito de envidia, pero luego recuerdo la pereza que me da salir de fiesta, esforzarme por gustar, tener resaca al día siguiente… y me alegro de poder irme a mi camita a descansar.

Llego a casa agotada, aun así, aguanto un rato despierta hasta que compruebo que Sofía ya está en la suya y me manda un mensaje diciéndome que está todo en orden. Ya puedo dormir tranquila.

CAPÍTULO 3

Menos mal que no me tomé una segunda copa, porque la guardia transcurre casi sin un minuto de descanso. Aun así, la disfruto, con casos interesantes y pacientes agradecidos. Por la tarde me dejan un hueco libre, que aprovecho para ponerme al día con las últimas actualizaciones médicas de algunos temas.

No es ningún mito: los médicos nunca dejamos de estudiar. Y a mí me gusta, sinceramente. Me gusta aprender. Me gusta entender. Odio sentirme incómoda ante un paciente, darme cuenta de que no me acuerdo de un tratamiento, o tener que improvisar porque se me ha olvidado un protocolo. Prefiero dedicar tiempo a

repasar y luego trabajar segura. Es verdad que, muchas veces, hay casos complejos que no se resuelven con la teoría, y me llevo a casa más preocupaciones de las que me gustaría. Es inevitable. Y nos pasa a todos. Algunos días, aunque lo hayas hecho todo bien, te vas con la duda metida en el cuerpo. Esa que no te deja dormir, que hace que te pases días comiéndote la cabeza. Con ansiedad, con culpa, preguntándote si no podrías haberlo hecho mejor. Por eso estudio. Porque cuanto más sé, menos veces tengo que enfrentarme a esa situación. Así que vale la pena, aunque tenga menos tiempo libre.

Ojalá Marc lo hubiera entendido. Ojalá hubiera entendido mi profesión, y también mi forma de ser. Yo no puedo permitirme estar haciendo planes todas las tardes ni viajando cada fin de semana. A ver, que me encantaría tener más tiempo libre, claro que sí. ¿A quién no? Pero esta es la vida que he elegido. Y si quiero ser buena en lo mío, tengo que dedicarle tiempo. No hay más.

Marc decía que era demasiado ambiciosa en lo laboral, pero muy poco en la vida. Capullo. Ya podría él haber sido un poco más ambicioso en lo suyo. Trabajaba como diseñador gráfico freelance. Creativo y todo eso. Buen gusto, muchas ideas… pero cero disciplina. No aguantaba más de dos horas delante del ordenador sin

ponerse a mirar vuelos a algún sitio. No estaba dispuesto a sacrificar nada. Ni su tiempo, ni su comodidad. Y, por supuesto, tampoco le gustaba que yo sacrificara nada por lo mío. Decía que estaba obsesionada, que no sabía disfrutar.

Para colmo, se quejaba porque yo estaba siempre de guardia. ¿Y qué pretendía que hiciera? ¿Faltar al trabajo? ¿Ignorar una urgencia para irnos a tomar unas cañas con sus amigos culturetas? Eso sí, cuando él necesitaba algo médico, bien que quería que lo atendieran rápido. Que lo viera alguien competente. Pues para eso hace falta que alguien se quede de guardia, ¿no? Qué idiota.

Y cuánto le echo de menos, joder. Han pasado casi dos años desde que lo dejamos. Bueno, desde que me dejó. Y aquí sigo, echándolo de menos como una palurda. Y mira que sé que es un cabrón. Que me trató mal. Que me hizo sentir pequeña. Que me merezco algo mejor. Lo sé. Pero no es tan fácil. Después de estar seis años con una persona, recuperarse cuesta mucho. Cuesta reconstruirse.

Sobre todo porque yo ya no pensaba que tuviera que volver a preocuparme por eso del tonteo, las primeras citas, los mensajes absurdos para ver si le gustas… todo eso ya había quedado atrás. Pensaba que ya estaba con el hombre de mi vida y que todo estaba

bien. Qué ingenua. Me relajé por completo. Quizá demasiado. Tal vez si me hubiera parado a pensar en lo delicadas que son las relaciones, si hubiera sido más atenta, no tan estructurada, menos… aburrida. No sé. Igual no lo habría perdido.

Se me humedecen los ojos nada más recordar esa palabra. "Aburrida". Así me llamó el día que me dejó. Ese fatídico día en que me enteré de que Marc ya no me quería; de que, como yo era tan aburrida, lo nuestro no había funcionado. Como si fuera lo peor que se puede ser en una relación. Como si él fuera un volcán en erupción y yo una charca estancada. Fue demoledor.

Sofía siempre me dice que eso solo fue una excusa para justificarse, que necesitaba sentirse superior en algo. Pero a mí me persigue. Porque, en el fondo, algo de razón tenía. No soy el alma de la fiesta. Me gusta leer artículos médicos y novelas históricas. Me emociono cuando alguien escribe bien "helicobacter pylori" y tengo una libreta solo para apuntar efectos adversos de medicamentos nuevos. Me encanta ver películas antiguas en versión original, dormir ocho horas y tomar café mientras subrayo artículos. ¿Quién narices querría estar con una chica como yo? Por eso no tengo muchas ganas de buscar a nadie. No quiero fingir ser alguien que no soy,

pero es que, si soy yo misma, tampoco voy a gustarle a nadie. Así que, mejor paso.

No es que no quiera tener pareja. Claro que quiero. Me encantaría formar una familia, tener una vida tranquila, compartirla con alguien que me entienda, que me dé paz. Esa vida que siempre soñé y que, por un tiempo, pensé que ya tenía al alcance de la mano. Pero si antes creía que nada podía estropear lo que tenía con Marc, ahora tengo justo la sensación contraria: que nada puede salir bien. Que todo es demasiado frágil. Que si me esfuerzo, si me ilusiono, si me entrego, lo único que va a pasar es que me rompan el corazón otra vez. Así que, ¿para qué? ¿Para qué arriesgarme a un nuevo fracaso, que casi seguro llegará?

Según Sofía, al menos podría tener algo informal, alguna aventura que me entretenga. Es cierto que el tiempo de sequía se está alargando un poco… Pero eso es algo que para mí no es un problema. No lo necesito. Al menos, no tanto como otros parecen necesitarlo. Además, justo eso implica la parte que más detesto: el tonteo, las frases ensayadas, el juego de hacerte la interesante, pero no demasiado. No se me da bien. Nunca se me ha dado bien. Así que no, gracias. Mejor me quedo con mis guardias, mis guías de

práctica clínica y mis horarios perfectamente organizados. Será aburrido, pero es mío. Esa soy yo.

CAPÍTULO 4

El aroma a rosas frescas mezclado con el olor a tierra húmeda impregna cada rincón de la floristería. Este pequeño oasis dentro de la ciudad es uno de mis rincones favoritos del mundo. Mientras espero a que Rosario termine de hacer caja, cierro los ojos e inspiro profundamente. Qué paz, tengo la sensación de estar a punto de evaporarme…

—¡Ceciii! ¡Qué te duermes, tía! —grita Sofía sobresaltándome. Pues ha durado poco la tranquilidad.

—¿Quieres dejar que disfrute un poco de este momento?

Hay que ver qué paciencia tiene que tener Rosario para aguantar a su hija. Sofía es un auténtico terremoto, incapaz de disfrutar de los escasos silencios que nos regala la vida de vez en cuando.

—Por cierto, mamá, tienes esto hecho una selva —le dice mientras recoge unas macetas del mostrador. Sofía a veces trata a su madre como si fuera una niña. A mí siempre me ha parecido un poco irritante, pero a Rosario no le importa. Ella es así. La relación entre ellas es envidiable, es todo lo que yo nunca he tenido con mis padres: confianza, risas, complicidad.

Cuando Rosario se quedó embarazada de Sofía era muy joven, así que siempre ha sido la "madre moderna", la que nos aconsejaba qué ponernos en las fiestas del instituto y a la que podíamos hablarle de chicos y de sexo sin que se pusiera colorada. Ahora, aunque ya tiene su edad, sigue siendo una mujer increíble, no solo por lo guapa y divertida que es, sino porque tiene una energía abrumadora que logra equilibrar a la perfección con la serenidad que recorre sus venas.

—Esto es arte, Sofi —corrige Rosario mientras acaricia el aire que la envuelve con sus brazos largos y delgados. Lleva una margarita en el pelo que le ilumina la cara. Rosario para mí siempre

ha sido eso: luz. Supongo que vivir rodeada de flores te hace ser más dulce y apasionada. Igual que diríamos que yo soy otoño y Sofía es verano, ella es pura primavera.

Sofía suspira, pero, en el fondo, también le encanta estar aquí y, aunque proteste, siempre acaba ayudando a su madre en la tienda. Es diseñadora gráfica y trabaja para una empresa, pero es una de esas afortunadas que viven del teletrabajo, así que con tener su ordenador cerca puede estar donde quiera. Por eso pasa mucho tiempo rodeada de orquídeas y geranios, y esta es casi una segunda casa para ella. Hasta tiene un pequeño escritorio en la trastienda.

—Bueno, niñas, es domingo, y ya sabéis lo que toca —anuncia Rosario, quitándose el delantal y sacudiéndose las manos con un brillo en la mirada que la delata.

—¿Sushi o pizza? —pregunta Sofía con sonrisa traviesa.

—¡Sushi! —coreamos Rosario y yo al unísono. Si por mi amiga fuera, estaríamos todo el día comiendo pizza. Nos ponemos en marcha y nos sentamos en un restaurante japonés que nos encanta, donde hacen los mejores *California Rolls* del mundo.

Lo hacemos casi todos los domingos: cuando Rosario cierra la floristería a mediodía, nos vamos las tres a comer por ahí. Es una de

esas tradiciones que, sin darnos cuenta, se han convertido en parte de nuestra vida.

Las bandejas de sushi llegan a la mesa y las tres nos lanzamos sobre ellas como si no hubiéramos comido en cien años.

—Amo el sushi —exclama Sofía—. Si los hombres fueran como el sushi, yo ya estaría casada.

—Ay, hija —Rosario niega con la cabeza mientras sirve salsa de soja en los pequeños cuencos—, un día te darás cuenta de que no todos son como tu padre.

—Uuu, eso ha sido un golpe bajo —intervengo entretenida y expectante por ver cómo responde Sofía al ataque gratuito de su madre.

—Déjame adivinar. Crees que hay por ahí un hombre maravilloso, sexi, fiel y que además sabe cocinar sushi, esperándome con los brazos abiertos.

—Exactamente —dice Rosario con tranquilidad. Sofía deja caer los palillos sobre la mesa con determinación.

—¡Pues que se busque a otra!

Las tres nos reímos por la cabezonería de mi amiga, aunque sé que Rosario lo dice en serio, que le gustaría ver a su hija con

pareja o, al menos, un poco más abierta a la idea de enamorarse. Sigo deleitándome con un *nigiri* de salmón, cuando Rosario me mira con su cara de confesiones. Ya lo veo venir, me toca mi turno.

—¿Y tú, Ceci? ¿Algún nuevo pretendiente en el horizonte?

—¿Yo? —pregunto, intentando no atragantarme con mi propia saliva—. No, nada. Cero patatero.

Sofía suelta una carcajada y choca sus palillos con los míos brindando por nuestra miseria amorosa.

—Bueno —añade mi amiga—, yo al menos disfruto un poco… Cecilia está en completo celibato.

—Gracias, Sof. Me encanta cuando hablas así de mi emocionante vida.

—Es que es verdad, tía. Deberías darte un meneo de vez en cuando —me reprocha mientras hace un movimiento sensual con los hombros.

—Yo sé lo que os pasa —interviene Rosario con voz de sabia —. Tenéis demasiado miedo a intentarlo. Y en el amor, como en la vida, hay que arriesgarse un poco.

—Sí, claro, lo dice la mujer que lleva veinte años sin pareja porque "es mejor estar sola que mal acompañada" —digo, devolviéndole la patata caliente. Rosario sonríe al oír mis palabras.

—Cariño, una cosa es no necesitar a nadie y otra muy distinta es no creer en el amor. Yo sí creo. Solo que aprendí que no siempre viene en la forma en que esperamos.

—Mamá, por Dios, si tú también pasas de todos los tíos del mundo. Lo que le pasa es que su amiga Marisa ha tenido un nieto y ahora le ha entrado instinto *abuelil* —Sofía le lanza la servilleta a su madre entre risas—. ¡Que no nos la cuelas, madre!

—Ay, niñas, no se os puede decir nada, ¿eh? Pues, ale, haced lo que queráis. Si total, a mí no me hacéis caso.

Sofía hace un gesto de burla, como si su madre no dijera más que sandeces, y las tres nos reímos durante un buen rato para pasar finalmente a otros temas en los que tenemos un poco más que aportar que en el del debate del amor. No puedo evitar quedarme un rato en silencio, analizando el panorama: Sofía no cree en el amor porque ha visto lo peor de los hombres en su padre; yo no creo en el amor porque, la única vez que lo he intentado, ha sido un auténtico fracaso, y Rosario no cree en el amor porque la vida le ha enseñado que es mejor apañárselas sola. Pues menudo cuadro. La verdad, no sé quién está peor de las tres.

CAPÍTULO 5

Dos semanas después, mientras hojeo la agenda del día entre sorbo y sorbo de mi café bien cargado de cafeína, se me congela el alma: hoy vuelve a tocarme mi paciente estrella. Eduardo Muñoz de la Rúa. Ese nombre tan aristocrático que no pega en absoluto con su actitud de adolescente de Erasmus. Menudo bandarra está hecho. Mi único alivio es que le puse la cita telefónica, así que solo tengo que informarle de sus resultados y fin. Sin necesidad de más interacción.

Cuando llega su turno y levanto el teléfono para llamarle, alguien golpea la puerta atropelladamente. Antes de que me dé

tiempo a decir nada, una cabeza se asoma al interior de la consulta. No puede ser. No me lo puedo creer. ¿Qué narices hace aquí?

—Anda, pasa, pasa, no te quedes ahí —le digo, soltando un suspiro que no puedo disimular. Qué remedio.

Eduardo entra en la consulta. Lleva una camiseta gris claro de manga corta, bastante arrugada; una cazadora de cuero desgastada, y unos vaqueros raídos de *Levi's*. Me clava los ojos, sonríe —cómo no— y se sienta en la silla del paciente, apoyando el codo sobre la rodilla, un poco inclinado hacia delante, tan cómodo como si esto fuera su casa. Tiene el pelo revuelto, barba de un par de días y una expresión que mezcla descaro y diversión. Ah, y no podía faltar un pendientito horroroso: un aro diminuto en la oreja izquierda. Pff, detesto los piercings. Siempre me han parecido una forma barata de ir de interesante. Puro adorno sin sustancia. Aunque, he de decir, que en él… no sé, encaja. Lo cual, por algún motivo que desconozco, me molesta aún más.

—Buenos días, doctora Guerrera. No sabe cuánto me alegro de verla.

—Es doctora Guerra. Y nuestra cita era telefónica, Eduardo. ¿No lo ponía en el mensaje?

—Pues, no lo sé… bueno… creo que sí. Pero es que prefería venir, ¿sabe? No es lo mismo por teléfono. No me diga que no tenía ganas de verme.

Ya estamos con su sonrisa burlona. Casi me había olvidado de ella. No puedo con este tipo, de verdad.

—Siéntate. Vamos a ver cómo ha salido la analítica.

—Pues muy bien, seguro.

—Eso lo veremos ahora.

Accedo a su historia clínica y abro el PDF con los resultados en el ordenador. En efecto, la analítica está perfecta, de libro. Se lo digo con la boca pequeña, no me queda más remedio.

—¿Ha visto? ¡Se lo dije!

—Eduardo, recuerda que tienes veintinueve años. Que la analítica esté bien es lo normal, pero eso no significa que vaya a seguir así siempre. Y no todo se refleja en una analítica, hay muchos problemas de salud que tardan en dar la cara. Así que te recomiendo que empieces a cuidarte: deja el alcohol, el tabaco, las drogas…

—Ya le dije que por usted dejaría de fumar. Deme tiempo y lo conseguiré. De hecho, mire: hoy me fumaré mi último cigarrillo. ¿Qué le parece? —me dice, guiñándome un ojo. No sé si lo intenta o

le sale sin querer, pero ese gesto tiene un aire sensual muy incómodo.

—Y yo ya te respondí que por mí no hagas nada, es por ti.

—Vaya, vaya... ¿ya empezamos con eso de "no es por mí, es por ti"? Un poco pronto, ¿no?

Él solo se parte de la risa desde su silla, como si estuviéramos de colegueo en un bar. Me pone de los nervios. Esa falta de respeto hacia los médicos es intolerable. Especialmente hacia nosotras, porque a veces parece que puedan tratarnos como si fuéramos unas niñas. Qué rabia. Y encima, la sensación de que me cuesta ponerle límites. Quiero decirle que se está pasando, que soy su médica y no su colega de copas. Pero, como siempre, no me sale. Cómo me cuesta plantarme cuando toca. Me digo que tengo que hacerme valer más, que no me pueden tomar a la ligera. Pero del dicho al hecho…

—Bueno, Eduardo, pues ya está todo. Espero que logres tus propósitos. Si ves que no consigues dejar el tabaco, existen ayudas farmacológicas, pero supongo que querrás intentarlo sin nada, ¿no?

—No necesito pastillas, tranquila. Lo conseguiré por mí mismo, ya verá.

No, no lo veré. No tengo intención de citarle otra vez. Qué frustración me da no haber sabido marcar distancia con este tipo… Ya ves, si es un mindundi. Siempre igual.

—Muy bien, pues ánimo. Adiós.

Eduardo, sin perder la sonrisa pícara en ningún momento, sale por donde ha entrado, dejando un olor a colonia muy agradable. En fin, es un sinvergüenza, pero al menos es un chico limpio.

Salgo de la consulta aún con su olor rondándome las ideas, arrastrando una mezcla de enfado y desconcierto. Era el último paciente del día, así que no tengo ninguna excusa para distraerme. Me repito que será la última vez que le vea. Me lo digo una y otra vez, como si al pronunciarlo en voz baja pudiera convertirlo en verdad.

Los meses van pasando y la primavera se va abriendo paso con su calidez y sus primeros rayos de sol. Aunque soy una chica más otoñal, he de decir que un poco de vitamina D nunca viene mal. Hoy, cuando termino mi turno, me dirijo a casa de mis padres para afrontar una de las comidas familiares que tocan cada dos semanas.

Mi madre ha cocinado no sé qué plato que quiere que pruebe. Cuando llego, todo está perfectamente dispuesto: la mesa impecable, los cubiertos alineados con precisión quirúrgica, las servilletas dobladas al milímetro y mis padres sentados como si acabaran de tragarse una escoba. Perdón, pero es que no hay otra forma de describirlos.

Durante la comida, mi padre me pregunta por mi trabajo: que cómo llevo la consulta, si sigo estudiando para mantenerme al día, si he publicado algún artículo científico recientemente… Se nota que es médico jubilado. La verdad es que siempre que estoy en esta mesa me siento como una niña otra vez, con los codos pegados a los costados, esperando la nota del examen. Mientras respondo a sus preguntas, él me mira con esa expresión evaluadora que mezcla orgullo y decepción a partes iguales. Como si no tuviera margen para fallar, pero tampoco para brillar. De pequeña estudiaba más de la cuenta solo para que me dijera "bien". Nunca lo dijo. Lo habitual era un "es lo mínimo que se espera de ti". Y lo peor es que me lo creí.

Menos mal que mi madre de medicina no tiene ni idea, si no, el interrogatorio aún sería peor… Igualmente, como buena abogada de prestigio, asiente y afirma compartir todas las cuestiones y

comentarios de mi padre. De la misma manera, para ella el trabajo es el centro de gravedad de la vida, así que suscribe cada una de sus palabras. Pero lo peor es que a mi madre no solo le preocupa mi ambición laboral, no.

—Bueno, Cecilia, y hablando de todo un poco, ¿algún chico que nos quieras presentar? Seguro que hay algún médico por ahí que valga la pena.

—Por ahora nada, mamá, no sabes cuánto lo siento por ti.

—Uy, por mí dice —protesta mirando a mi padre—, pero si yo solo me preocupo por ti. Que ya vas teniendo una edad, hija, y no vas a estar siempre lamentándote por el necio de Marc.

—¡Yo no me lamento por Marc! Marc es agua pasada.

—¿Y entones? ¿A qué esperas?

—Simplemente no he encontrado a nadie que me interese ahora mismo. ¿Tanto cuesta de entender?

—Tranquila, Cecilia —interviene mi señor padre con actitud conciliadora, como si él no pensara exactamente lo mismo—. No hagas caso a tu madre. Ya sabes que solo quiere lo mejor para ti.

—Pues que sepas que mi compañera Ana María, ya sabes, la notaria, me ha dicho que su hijo está también soltero. Creo que

tiene tu edad más o menos, y es fiscal, así que es muy buen partido. Podría presentártelo.

—No, gracias, mamá. No necesito que mis padres me busquen novio, pero muy amable por tu parte —refunfuño con tono sarcástico.

¿Hasta cuándo voy a tener que aguantar esto? Empiezo a pensar que igual debería inventarme un novio imaginario, como en las pelis. Uno de buena familia y trabajo de éxito, claro está, para que no se agobien. Un arquitecto sería buena opción.

Termino la comida con ese remanente de culpa y agotamiento que me dejan siempre sus visitas. No importa lo que haga, lo bien que trabaje, lo mucho que me esfuerce: nunca es suficiente. Me encamino a casa resignada, con ganas de encerrarme en un agujero. Lo peor no son sus comentarios, sino esa frase que se repite como un eco: "se te va a pasar el arroz".

Y entonces me da por hacer cálculos. Si quiero tener hijos antes de los cuarenta, tendría que estar ya conociendo al candidato. Pero ya. Así, al menos, contaría con un par de años de relación para conocernos bien antes del embarazo.

Vale, claramente, no me da tiempo. Es imposible. ¿A quién voy a conocer? Si es que no hay ni un alma que me interese

mínimamente. Está muy mal el mercado. A ver si voy a tener que replantearme lo del fiscal… Uf, no. Ni de broma. Me imagino un tipo con la raya al lado, gafas finas, olor a colonia cara y tono pedante. Como mi madre, pero con corbata. Me causa cefalea solo de pensarlo.

Estoy esperando al ascensor, con la mente aún en el perfume rancio del fiscal imaginario, cuando una brisa cálida me roza la cara. Huele… familiar. No sé a qué, pero lo reconozco.

Las puertas se abren y siento que se me descuelga el maxilar inferior como a un dibujo animado. Un chico moreno, alto, de pelo castaño perfectamente despeinado me sonríe desde el interior, desafiante. Eduardo Muñoz de la Rúa, alias, el peor paciente de la historia, se muestra ante mí, en la escena más improbable que pudiera haber imaginado. Y yo… sin escapatoria.

CAPÍTULO 6

—¡Doctora Guerrera! Qué agradable coincidencia. Casi no la había reconocido sin la bata y el estetoscopio.

No consigo articular palabra. ¿Qué hace este aquí? ¿Qué se le ha perdido en mi casa? En mi espacio vital, mi guarida, mi refugio.

—Pero bueno, doctora, parece que haya visto un fantasma. ¿Tan mala cara tengo? —continúa con tono jocoso.

—Eh, no, no, es que no caía en quién eras. Eduardo, ¿no?

—Me alegra saber que recuerda mi nombre. No me diga que vive aquí.

Entonces me fijo mejor. No solo está ahí plantado, sino que, además, lleva una maleta grande y un par de cajas entre los brazos. Me entran ganas de cerrar las puertas del ascensor y desaparecer.

—Pues sí, este es mi edificio. ¿Y tú?

—Yeee, pues saluda a tu nuevo vecino —dice, señalándose a sí mismo de pies a cabeza con ambas manos, como si fuera el paquete que te llega de Amazon. No el que pides, no, el que te llega —. Si somos vecinos, supongo que ya puedo tutearte, ¿no?

La información me llega como un jarro de agua fría. Un paciente cargante, instalado en mi edificio. No puede ser real.

—Pues justo me pillas en plena mudanza. Estoy de alquiler en el quinto —prosigue—. ¿Tú en qué piso vives?

No. No, no, no. Es que es imposible. Esto es una auténtica distopía que no consigo procesar.

—Por tu cara diría que no te alegras mucho de verme. ¿No me digas que vamos a vivir puerta con puerta?

—Pues sí, Eduardo. Eso parece.

Intento disimular, mantener la compostura. Pero me tiembla hasta el moño. ¿No había más pisos en toda la ciudad? El destino se está burlando de mí, pero a lo grande.

—No sabía que alquilaban el piso —murmuro entre dientes.

—Sí, lo sacaron hace poco, porque parece que los propietarios se mudan a uno más grande. Para mí ha sido una suerte: buen barrio, plaza de garaje... y dicen que los vecinos son encantadores —añade con su tono de broma suave, entrecerrando los ojos con esa expresión socarrona que tanto me desconcierta—. Bueno, ¿subes o qué?

Sin más remedio, entro en el ascensor y me coloco junto a él. Va tan cargado que apenas cabemos los dos y nuestros brazos están a punto de rozarse. Me pego a la pared todo lo que puedo, procurando el mínimo contacto físico. Sin embargo, no puedo evitar inhalar su olor. Ese aroma cálido y limpio que se cuela sin permiso. Qué bien huele, joder. Me fijo en que lleva más barba que en la consulta —es curioso lo perfectamente desarreglada que la lleva—, su piel está más morena, y los ojos verdes, ligeramente entrecerrados, contrastan aún más.

¿Por qué sonríe tanto? ¿No se cansa? ¿No se le cansa la cara de estar todo el rato tan encantado, con esos hoyuelos en las mejillas?

En fin, no sé ni por qué me fijo. A ver si llegamos ya, que se me está haciendo eterno el viaje. Y cada vez hace más calor en este espacio tan apretado…

Cuando por fin paramos en el quinto, salimos a la vez. Con tantas cajas, inevitablemente nos chocamos. Su mano roza brevemente mi antebrazo, y noto un pequeño calambre que me recorre hasta la nuca. Seguro que es la electricidad estática.

—Perdona, Guerrera, es que no sabes la de cosas que tengo para traerme. No te das cuenta de la de trastos que tienes hasta que te mudas.

—No pasa nada —miento, porque no sé ni lo que ha pasado. Habrá sido el susto de encontrarme al chaval aquí cuando menos lo esperaba—. Pues nada, ya nos veremos. Suerte con la mudanza.

—¡Gracias! Si necesitas sal, ya sabes a quién pedírsela —lanza con un guiño de esos que, aunque quiero pensar que no lo pretenden, le dan un toque seductor—. Por cierto, Guerrera, ¿cómo te llamas?

—Cecilia. Cecilia *Guerra* —remarco bien el Guerra, esperando que entienda la indirecta. No me gusta nada eso de "Guerrera". No tiene ninguna gracia, de verdad.

—Pues encantado, Ceci. Nos vemos por el rellano.

Aún con la sonrisilla puesta, se mete en su apartamento y yo hago lo propio en el mío, mientras sigo asimilando que el bandarra este y yo vayamos a vivir pegados a partir de ahora. A ver las

fiestecitas que monta, porque yo no pienso aguantar que me quite el sueño. En cuanto empiece a dar por saco, le toco la puerta y se acabó la juerga; me da igual quedar como una abuela.

Lo peor es sentir que un paciente haya entrado a mi zona de confort. Siempre me ha gustado establecer límites. Puede que sea un poco cuadriculada, pero es que, si algo se escapa de la línea, me cuesta encontrar la forma de reaccionar. Por eso odio que los pacientes aparezcan en mi vida privada. No te respetan igual si te han visto con tu peor moño tirando la basura… Una vez me encontré en el supermercado con una señora que llevo en la consulta y luego en la siguiente cita… no sé, me sentía violenta. Ya sé que es una tontería, pero me hace sentir vulnerable, como si perdiera la poca autoridad que un médico pueda tener hoy en día. Aunque, pensándolo bien, este tío no tiene respeto por nada ya de base así que… lo mismo da, supongo. Tendré que acostumbrarme.

Los días pasan y, poco a poco, voy asimilando la existencia de este ser al otro lado del tabique, hasta casi olvidarme por completo de su presencia. Al principio miro por la mirilla cada vez que voy a salir de casa, pero pronto dejo de hacerlo, al no encontrármelo ni en el rellano, ni en el ascensor, ni en ningún otro sitio. Supongo que él

es más nocturno, justo al contrario que yo. Yo soy de madrugar, él parece más de trasnochar. Me parece estupendo. Que viva su vida y me deje vivir la mía.

Hasta que un día, claro… llega lo inevitable. Justo cuando ya me había confiado, cuando ya no comprobaba antes de salir… me lo cruzo de frente. Eduardo, nada más verme, con su entusiasmo inagotable, abre los brazos como si estuviera viendo a un amigo de la infancia perdido hace décadas.

—¡Por fin volvemos a encontrarnos, Guerrera! —exclama, emocionado—. ¿Sabes? Estos días he estado pensando que todo esto no puede ser casualidad. El destino ha puesto a una doctora a vigilarme, y le estoy muy agradecido. Es justo la señal que necesitaba para dejar de fumar y empezar a tomarme la tensión.

¿Perdón? Me sonrojo al instante. ¿A qué ha venido eso de "vigilar"? ¿Sabrá que, a menudo, miro por la mirilla? ¿Se puede ver desde fuera? ¿O estoy paranoica?

—Bueno, ¿tú que opinas? —continúa, sacándome de mis pensamientos absurdos.

Parpadeo, asombrada, sin saber qué contestar a semejante sarta de tonterías. Sinceramente, ¿qué se ha fumado este tío?

—Ajá. Claro. Seguro que los planetas han hablado.

—¡Sí, sí! ¡Es una señal cósmica! —insiste, radiante—. Hoy me fumo mi último cigarrillo.

—Eso ya lo he oído antes.

—Lo sé, lo sé, pero ahora lo digo en serio. Te lo prometo.

Respiro hondo, resistiendo el impulso de rodar los ojos hasta dejarlos en blanco. Desde luego, este chico no está centrado. Entramos juntos al ascensor. Y sí, vuelve a oler bien. Y yo vuelvo a desear que esto sea solo un sueño ridículo del que me voy a despertar en breves. Pero no. Es real.

Cuando bajamos, él se va por su lado y yo por el mío, no sin antes dedicarme su mejor sonrisa, con esos dientes tan blancos y alineados. Qué incómodo todo. Veo cómo se aleja con sus andares de chulito, como si fuera un modelo desfilando por una pasarela. Justo cuando va a girar la esquina, se detiene, se gira… y me pilla mirándolo. Embobada. Tierra, trágame. Él se ríe, me guiña un ojo, y desaparece. Me giro rápidamente, avergonzada. Puaj. Insoportable.

CAPÍTULO 7

—¿*What the fuck*? —suelta Sofía nada más cruzar la puerta de mi piso.

—¿Qué te pasa? —pregunto desde el baño, mientras me seco el pelo con la toalla.

—Pues, tía, que acabo de subir en el ascensor con un tío buenísimo. Y no estoy exagerando, ¿eh? Buenorro nivel anuncio de colonia.

—¿Ah, sí? Pues será el invitado de alguien, porque en este edificio, ya te digo yo, que no hay nadie interesante.

—Error. Ha entrado al piso de al lado, con su propia llave. Es tu vecino.

Salgo al pasillo con la toalla en la cabeza y el cepillo de dientes en la boca. ¿En serio?

—No me habías hablado de él, pillina.

—¿De Eduardo?

—Ah, ¿que tiene nombre?

—Todo el mundo tiene nombre, Sof.

—Ya sabes a lo que me refiero. No me vas a decir que no te has fijado en él.

—Pues te lo digo. No sé qué le ves a ese chico. Es un crío.

—Me da igual la edad que tenga. Está increíble y eso es lo único que importa. El amor no tiene edad, ¿sabías?

—Pues claro que tiene edad el amor. Lo que no tiene edad es el sexo.

—Bah… lo mismo es. En serio, tía, tenemos que inventarnos una excusa para llamarlo. Que nos hemos quedado sin aguacates o algo así. Ya me estoy imaginando cómo nos abre la puerta en delantal, sin nada debajo…

—¡Sofía, por favor! ¡Que es un pelma!

—¿Pero lo conoces? ¿Y no te pone? ¿Ni un poquito?

—Pues resulta que Eduardo es paciente mío en el centro de salud. Y por capricho del destino, ahora es también mi vecino. Supongo que por eso no lo veo con los mismos ojos que tú. Creo que es físicamente imposible que vea atractivo a un paciente. No sé, es como si no pudiera verlo como a un hombre. Hay algo en mí que hace clic y lo desactiva. Sobre todo a ese.

—¿Pero qué le pasa a ese? ¿Tan mal paciente es?

—Uff, ni te lo imaginas. Lo peor.

—No quieras saber lo que me imagino… Por cierto, ¿por qué lo ves en la consulta?

—Ya sabes que no puedo hablarte de eso, Sof. ¿Te suena lo del secreto médico?

—Vaa, no seas rancia. Dame alguna pista, al menos. ¿Tiene que ver con su pene? ¿Lo tiene demasiado grande? ¡Dime que es eso, por favor!

Me meo de la risa con las tonterías de Sofía. Es que está fatal de la cabeza, de verdad. Pero, en serio, no la entiendo. Igual que Maca. ¿Qué le ven al plasta de Eduardo? Si es un chiquillo inmaduro. A ver, feo no es, eso es verdad, pero guapo, guapo… tampoco. Tiene los ojos bonitos, sí. Y la sonrisa, con esos dientes tan blancos… Y

huele que te mueres. Pero, quitando eso, pues del montón. Nada que merezca la pena.

—Qué exigente eres, Ceci —me increpa mi amiga—. A veces pienso que, si te apareciera Brad Pitt en la puerta de tu casa con una pizza, serías capaz de decirle que no te gusta el queso.

Me río. Es posible que, en el fondo, algo de eso sea cierto.

Termino de arreglarme y salimos de casa, rumbo a la floristería, donde Rosario nos espera, lista para nuestro plan de chicas.

La semana transcurre sin incidencias: por las mañanas hago mis siete u ocho kilómetros de *running*, después voy al centro de salud, y por las tardes estudio, voy al taller de cerámica o leo, manteniendo mi rutina cada día, sin sobresaltos. Todo bajo control.

Pero hoy... algo se sale de ese esquema perfecto. Como cada mañana, salgo a correr, con mi *playlist* de siempre. Es una mañana luminosa, agradable. Empiezo bien, con un trote rítmico, suave, que voy apretando hasta galopar cuando ya he entrado en calor. Giro por el parque, doy varias vueltas a la fuente mientras espero que el semáforo se ponga en verde y, en cuanto llego al paseo, me dejo

llevar por el aire fresco que nos acompaña a los madrugadores. Al poco rato me percato de que, desde hace un rato, hay un chico corriendo delante de mí, a unos diez metros. Concentrada en el sonido de la música de mis auriculares, no me había dado cuenta de que tiene un culo perfecto. Así, sin rodeos. Redondo, firme, proporcionado. La camiseta se le pega un poco al torso por el sudor y deja ver los músculos de la espalda en movimiento. Tiene los hombros marcados, el cuello tenso, el pelo un poco mojado. Todo él vibra con el esfuerzo. No sé qué tiene este tío, pero me noto hipnotizada. Tanto que se me pasan los kilómetros volando, absorta en sus glúteos, en sus gemelos, en sus trapecios… Hace siglos que no me pasa algo así. Me dejo llevar. Me imagino adelantándolo, saludándolo. Que se gira. Que sonríe. Que me habla. Que estamos hechos el uno para el otro. Me imagino que me toca el brazo y... siento el calor subir por mi entrepierna. Mi pulso se acelera y no precisamente por la carrera…

Y entonces se detiene… ¡en mi portal! ¿En serio? ¿A dónde irá? Me acerco, aún con la respiración agitada y, justo cuando solo nos separan unos escasos metros, mientras me monto en mi cabeza una película romántica propia de los domingos por la tarde, se gira discretamente permitiéndome descifrar parte de su rostro y… lo veo.

Es Eduardo. ¡Eduardo! Ajj. El bochorno me atraviesa como una ola fría. Todos los pensamientos, las imágenes, los escalofríos... se me desmoronan encima automáticamente. Me siento sucia. Como si hubiera hecho algo malo, algo prohibido. Como si me hubieran pillado robando. Qué horror, por Dios… ¿Qué ha sido eso?

Me freno en seco y me doy la vuelta sin decir nada. Qué vergüenza. ¿Qué narices me pasa? ¿En qué momento he empezado a mirar a Eduardo como a un hombre? Yo no soy así. ¡Pero si Sofía me llama anoréxica sexual! No soy de imaginar cuellos sudados ni manos recorriendo espaldas. Esa no soy yo. ¿Es posible que tanto tiempo de barbecho me esté pasando factura?

CAPÍTULO 8

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos Ceci, cumpleaños feliz. ¡Bieeeeen!

Roja como un tomate por la vergüenza que me ha dado siempre que me canten el cumpleaños feliz, soplo mis treinta y cinco velas entre aplausos, tratando de no pensar en que empieza la carrera cuesta abajo y sin frenos hacia los cuarenta. Madre mía, cuarenta.

—Va, Ceci, quita esa cara, pava, ¡que estás hecha una chavalilla! —me saca Sofía de mis oscuros pensamientos.

—¡Pues claro, estás estupenda! —añade Maca, sonriente.

Ahí estamos las tres, celebrando el día en el que, oficialmente, dejo de poder aprovecharme de los bonos y descuentos "para jóvenes hasta treinta y cinco años". Para la sociedad, hoy he cambiado de categoría. Qué horror. Nunca he sido la reina de la noche ni una rebelde sin causa, pero me gustaba ver mi piel tersa y mi pelo marrón oscuro, libre de canas. Ahora, en cambio, los vestigios de la vejez van apareciendo por mi cuerpo, poco a poco, haciéndome sentir como si la vida se me estuviera pasando delante de los ojos sin yo poder hacer nada.

Lo peor viene cuando mis amigas deciden darme su regalo: una foto enmarcada de las tres, el día de nuestra graduación de Medicina, cuando Maca y yo nos convertimos en doctoras, y Sofía, por supuesto, vino a ver cómo nos daban el título vestidas con la toga y el birrete. Nos veíamos tan niñas ese día… ¿Qué nos ha pasado? Parecemos veteranas de guerra y solo han pasado once años.

—Bueno, ¿nos vamos de fiesta o qué? —Sofía nos arranca del restaurante a trompicones, para llevarnos de copas a no sé qué bar que está ahora súper de moda.

—Chicas, yo no creo que me quede mucho rato, que está Raúl en casa y no quiero que se duerma sin que yo haya llegado —

murmura Maca.

—¿Eso va en serio? ¿Es que tienes que arroparlo o qué?

Le doy un codazo con disimulo a Sofía para que no se pase. A ver, que Maca es un poco codependiente de Raúl lo sabemos todos, pero bueno, si ella es feliz así, ¿que más nos da a los demás? No hace falta atacarla. Además, ella es muy sensible y, aunque hayan coincidido mucho por ser ambas mis mejores amigas, tampoco tiene tanta confianza con Sofía como para que esta le suelte las cosas sin filtro como hace conmigo, que obviamente ya la conozco y no voy a ofenderme. Aun así, Sofía no se da por aludida y sigue echándole leña al fuego.

—Macarena, déjate de "rauladas" tuyas, por favor. Tú hoy te vienes de fiesta sí o sí, que para un día que os saco de casa a las dos, que parece que en vez de treinta y cinco tengáis cincuenta años, no pienso desaprovecharlo.

—Bueno… vale, un ratito me quedo. Voy a escribirle a Raúl para que no se enfade.

—¿Que no se enfade? ¿En serio?

—Sofía, por favor, déjalo ya. Ya ha dicho que se queda un rato. Y te recuerdo que la cumpleañera soy yo, así que hoy mando yo.

—Uhhh, el reinado de Cecilia ha comenzado —dice teatralmente.

Nos reímos las tres y salimos rumbo al bar. Nada más entrar, ubicamos una mesita al fondo del local y nos sentamos allí las tres, no sin antes pararse Sofía a saludar a varias personas. Allá donde va, ella siempre conoce a alguien.

Pedimos tres "gin tonics" (Maca obligada por Sofía, claro está, si por ella fuera se pediría un agua con gas) y empezamos a beber.

Sofía retoma su cruzada:

—Bueno, Maca, ¿entonces qué te pasa con Raúl?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué lo dices?

—No sé, tía, no veo muy normal lo de tener que estar pidiendo permiso y esas cosas. Y ya me ha contado Ceci que lo hacéis todo juntos, que vais hasta al mismo peluquero. ¿Quién comparte peluquero con su novio, por Dios?

Maca me lanza una mirada fulminante. Sofía, siempre sin filtro. Qué bocazas.

—Sofía, mi relación con Raúl es preciosa, no sé por qué dices esas cosas. Y claro que hacemos cosas por separado, lo que pasa es que nos queremos mucho y nos gusta estar juntos. A lo mejor tú no

lo entiendes porque no estás con nadie —contesta Maca con un ligero tono de resentimiento.

—Oye, no te piques, va. Solo digo que igual deberías soltarte un poco. Es que, si te juntas con gente como Ceci, no vas a espabilar nunca; me necesitas a mí en tu vida.

Sofía muestra una sonrisa de oreja a oreja, orgullosa de intentar entrometerse en la vida de todo el mundo. La quiero matar. Creo que Maca no va a querer a venir a mi cumpleaños nunca más. Sin embargo y contra todo pronóstico, esta reacciona mejor de lo esperado. Supongo que haber dado varios tragos a la copa siendo alguien que nunca bebe puede tener algo que ver.

—Ja, ja, ja. Eres tremenda, Sofía. A ver, un poco de razón no te falta. Yo a Raúl lo quiero mucho, pero es verdad que a veces es un poco cansino. No sé, me gustaría que tuviera más amigos, igual que yo tengo a Ceci.

—Y a mí —señala Sofía, sonriente.

—Y a ti, sí.

De pronto, ¿son las mejores amigas del mundo? Esto si que no lo había visto venir. Yo pensaba que esto iba a acabar en drama, pero no. Pues me encanta, oye.

—¿Entonces dices que Raúl es un poco pesado? —continúa Sofi con el interrogatorio.

—Sí, un poco… Es muy dependiente de mí, sabéis, y eso a veces me agobia un poquito. Pero que ya os digo que yo lo adoro, eh, no es que no quiera estar con él, pero no sé… Reconozco que me gustaría tener más tiempo para mí, sí.

—Nunca me habías contado eso, tía. No tenía ni idea. Estaba convencida de que eras muy feliz con él —le digo, un poco avergonzada.

—A ver, que soy feliz, ¿eh? Pero bueno, supongo que no había salido el tema…

Por un momento, me siento muy culpable. Como Maca lleva toda la vida con Raúl y nunca dice nada negativo de su relación, no se me había ocurrido preguntarle más a fondo o investigar si realmente estaba bien. Y Sofía se lo ha sacado en un segundo. En un puñetero segundo. Menudo ojo tiene la tía. Lo peor es la matraca que le metí yo con todo lo de Marc cuando pasó. Tanto ella como Sofía fueron un apoyo imprescindible para mí en esa época, de hecho, durante aquellos meses, quedábamos mucho las tres, básicamente para verme llorar y poder consolarme. En cambio, yo

nunca me he interesado por saber cómo están ellas. Soy la peor amiga del mundo.

—Lo siento mucho. Tendría que haberte preguntado más.

—Qué va, tía… Si es que ni yo sé qué me pasa. No sé, a veces tengo muchas dudas. Y como llevamos tanto tiempo juntos, ya no sé si mis dudas son normales o si son una señal de que debería replanteármelo todo. Pero tampoco me imagino la vida sin Raúl, chicas. Es muy difícil todo.

—Pero, a ver, ¿qué es lo que te crea dudas? —pregunta Sofía, que ha adquirido un tono más serio.

—Pues que es muy posesivo. Al principio eso me encantaba, me hacía sentir importante. Pero conforme me hago mayor, me agobia un poco. ¿Te acuerdas del congreso de Sevilla al que quería ir y que al final no fui? Iba a presentar un proyecto por el que podían darme una beca increíble —dice mirándome a mí.

—Sí, claro, que al final no fuiste porque tenías guardia. Ese, ¿no?

—Pues te mentí... —Cabizbaja, se muerde el labio inferior con cara de pena—. Compré esa guardia para no ir. Resulta que Raúl siempre viene cuando tengo congreso, pero en esas fechas no podía

porque tenía una reunión muy importante de trabajo. Así que me pidió que lo anulara.

—¿Estás de coña? —Ahora soy yo la que no da crédito. Miro a Sofía, que tiene los ojos como platos en señal de incredulidad absoluta.

—Maca, por Dios, ¡manda a ese tío a la mierda pero ya! —exclama—. ¿En serio dejaste escapar una oportunidad importante porque Raúl tenía una reunión?

—Lo sé, lo sé… Si me da muchísima vergüenza contarlo, por eso no te dije la verdad Ceci… Lo siento.

—Qué va, no tienes nada que sentir. Pero no vuelvas a mentirme.

—Y, sobre todo, no vuelvas a mentirte a ti misma. Seguro que en ese momento te autoconvenciste de que no era para tanto, ¿verdad? —Sofía, con lo superficial que aparenta ser en general, es una auténtica psicóloga.

—Sí, tal cual… Pero luego le acabaron dando la beca a una compi mía que trabaja fatal y no sabéis la rabia que me dio.

—Normal, tía, joder… —Todavía no lo asimilo. Con la envidia que me ha dado alguna vez que Maca estuviera tan feliz en pareja mientras yo me comía los mocos sola en el sofá cada domingo… Es

cierto que a veces me sorprendía que todavía no hablara de quedarse embarazada, llevando tanto tiempo juntos y teniendo ella tan claro que quiere ser madre; era algo que me chirriaba un poco. Pero, sinceramente, tampoco le había dado más importancia.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer al respecto? —continúa Sofía —. Ahora que lo has hablado en voz alta, ya no puedes seguir engañándote a ti misma.

—No sé, chicas… Se me hace un mundo solo de pensarlo. Es la primera vez que lo hablo con alguien. Y creo que me alegro de haberlo hecho.

—Pues claro que sí, para eso estamos las amigas —añado.

—¿Tengo que decidirlo ahora?

Sofía se ríe con ternura y abraza a Maca.

—Pues claro que no, tonta, hoy ya has dado un paso muy importante, que es verbalizar lo que sientes. Así que yo creo que toca celebrarlo. ¿Ronda de chupitos?

—Ay, no sé… No me gustan los chupitos —susurra Maca con timidez.

—¡Chupitos para todas! —grita Sofía ignorándola completamente.

Las tres no reímos, porque es absurdo luchar contra la cabezonería personalizada, así que aceptamos los chupitos y, sin darnos cuenta, empezamos a enganchar una copa tras otra… hasta que acabamos dándolo todo en medio de la pista de baile que hay en la zona central del *pub*. Hacía muchísimo que no bailábamos así las tres juntas y es genial. El *DJ* alterna reguetón con los clásicos del pop rock español que nos encantan y nos motivamos tanto que creo que hasta bailo con los ojos cerrados. Y creo que a Maca no la había visto disfrutar de una fiesta como hoy desde hace años. Está muy graciosa bailando sin parar, moviendo los brazos de una forma un poco espasmódica pero muy divertida. Sofía, por su parte, baila con ese arte sensual que ella tiene y consigue que, en seguida, tengamos a varios tíos rondándonos y queriendo invitarnos a copas. La cosa se empieza a torcer cuando decidimos tomar la pésima decisión de aceptar otra ronda de chupitos de un chico con el que Sofía está teniendo mucho *feeling* y empiezo a verlo todo muy borroso. Aun así, sigo bailando durante al menos una hora más, hasta que me choco con alguien y me tiro la copa encima.

—¡Mierda! —exclamó contrariada. Me doy cuenta entonces de que realmente a mí no me ha caído casi nada, sino que le he tirado la copa enterita al tío con el que acabo de colisionar. Como puedo,

en mi estado de embriaguez, levanto la mirada con intención de disculparme con el perjudicado, cuando me encuentro con unos intensos ojos verdes, que me observan risueños.

—¡Volvemos a encontrarnos, Guerrera!

—Eduardo —susurro, deslizando las palabras entre la sorpresa y el alcohol.

—Gracias por tirarme toda la copa encima, tenía mucho calor y me ha venido bien el fresquito.

Me quedo absorta mirando su expresión divertida, sin saber bien qué contestar, cuando de pronto pierdo el equilibrio y Eduardo me sujeta por la cintura de forma instintiva.

Nos quedamos así, pegados, respirando el mismo aire, en una proximidad que me resulta extrañamente íntima. Su camisa blanca, ligeramente húmeda, se le pega al cuerpo, dibujando las líneas de unos brazos firmes que no había tenido oportunidad de admirar hasta ahora. Su olor me golpea: familiar, casi confortable. Inesperadamente tentador.

—¿Pero cuánto has bebido? —dice con tono burlón.

—Pues es que como no suelo beber, creo que voy un poco… piripi. Perdona, ¿eh? Por lo de la copa y eso.

—¿Piripi? Eso lo dice mi madre cuando se toma un Martini.

Le lanzo una mirada que intenta ser letal. ¿Cómo se atreve a compararme con su madre? Ay, qué horror, los cuarenta vuelven a acecharme. Hasta los cincuenta asoman por mi mente.

—Bueno, vecina, me alegra ver que no solo trabajas. Te invitaría a una copa, pero creo que no sería buena idea.

Por una vez, estoy de acuerdo con él.

—No, no lo sería, no… —no puedo evitar arrastrar las sílabas; me cuesta vocalizar. Qué vergüenza. Debo de parecer la típica señora borracha de las bodas que está fuera de lugar. Le miro, pero no logro enfocar, tanto por el alcohol como por el desconcierto. Hay algo en él que me resulta distinto hoy. No sé si es la firmeza con la que sostiene mi cuerpo, o la forma en la que sus ojos se fijan en los míos, sin pestañear.

Busco entre la multitud a Sofía y a Maca, pero no las encuentro. ¿Dónde se han metido, cuando más las necesito? Tienen que rescatarme. Inspiro hondo y, sin querer, inhalo ese aroma tan único que desprende. Es un olor sutil, suave, pero que no pasa desapercibido. Al menos no para mí. Huele bien. Y lo odio. Lo odio mucho.

Entonces una chica joven, demasiado joven, me golpea por detrás mientras salta alocadamente al ritmo de la música, y el

contacto me saca de ese extraño trance. Me duele, pero me sirve para soltarme de Eduardo. Para recordarme que esto es ridículo. Que estoy borracha. Y que él sigue siendo mi paciente. Empiezo a sentir un poco de náuseas…

Maca y Sofía aparecen a los pocos minutos, con sus copas recargadas. Por fin. Esta última, en cuanto ve a Eduardo, no duda en presentarse con ese desparpajo tan suyo.

—¡Edu! Yo soy Sofía, la *bestie* de Ceci. Y esta es Maca, la otra mejor amiga.

—¡Hola chicas! Me alegra saber que mi vecina ya os ha hablado de mí.

Otra vez quiero matar a Sofía. Desde luego, con amigos así, ¿quién necesita enemigos? Intento mostrarle mi indignación frunciendo el ceño, pero ella ahora mismo solo tiene ojos para el plasta de mi paciente.

—Por cierto, a ti te he visto antes. Trabajas también en el centro de salud, ¿no? —le indica a Maca, que se pone colorada y le sale una risa de lo más tonta mientras le cuenta que ella también es médico. Menos a mí, este chico no deja indiferente a ninguna. Qué irritante, parecen colegialas.

Eduardo se queda bailando con nosotras un rato, no sé por qué. ¿Es que no tiene amigos? Qué inapropiado me parece todo esto. Entonces Sofía me pregunta por lo bajo si de verdad no me interesa mi vecino.

—Puaj, pues claro que no, tía. Ni en sueños. Ya te dije que es un niñato y encima es mi paciente. ¿Cómo iba a interesarme?

—Genial. Solo quería asegurarme.

Sofía empieza a bailar más cerca de él. Está guapísima. Y cómo se mueve, la cabrona. Es que con esas tetas y ese culo, todo lo que haga le queda bien. Maca me pone su copa casi llena en la mano, dice que ya no quiere más, y, no sé por qué, me la bebo de un sorbo, sin pensar, mientras observo desde un lado el flirteo entre ellos. No pegan nada, la verdad. Pero bueno, que hagan lo que quieran, a mí me da igual. Aunque espero que no se líen. Pero ¿qué mas me da a mí? No sé ni por qué los miro.

Me pongo a bailar más con Maca y aparece el chico con el que Sofía estaba ligando antes de la intromisión de Eduardo. Claro, como Sofía pasa de él, ahora se interesa por las amigas. Pues que le zurzan. Le ignoro, no me apetece ser el segundo plato de nadie, pero el muy pesado no lo capta e insiste. Intenta bailar conmigo y me dice cosas al oído que no entiendo. Yo le cierro todo el rato, a

ver si se da por aludido, pero nada, ahí sigue. Continúo observando cómo Sofía y Eduardo hablan y se ríen. Me fijo en cómo ella desliza sus dedos por su cabello rubio y atrapa un mechón entre ellos, jugueteando con él, mientras inclina ligeramente la cabeza. Conozco esa táctica seductora, siempre la usa, y creo que hasta ahora nunca le ha fallado.

Con un absurdo fastidio, me giro hacia Maca, cuando me doy cuenta de que el tío pesado la está mareando ahora a ella, que me indica su incomodidad con la mirada. Intentamos seguir bailando a nuestro aire, sin hacerle caso.

Y ahí está uno de mis grandes defectos. No saber plantarme. No saber poner límites con firmeza. Siempre educada, siempre correcta, siempre tragándome lo que realmente quiero decir. Pues hoy no me da la gana ser así.

—Oye, tío, lárgate ya —exclamo finalmente—. ¿No ves que no estamos interesadas?

—Vale, vale, tranquila. Te aseguro que a mí tampoco me interesas, aburrida.

—¿Qué has dicho? Repítemelo.

—He dicho aburrida.

No sé si es el alcohol, los recuerdos que se amontonan en mi mente o el hartazgo que me produce este pavo, pero le empujo con todas mis fuerzas.

—Eh, ¿qué coño haces, loca de mierda?

—Ceci, tía, ¿qué haces? Si ya se iba.

El chaval se gira y desaparece entre la multitud murmurando palabras que no suenan precisamente a halagos, mientras yo me quedo ahí plantada, sin saber bien qué narices acabo de hacer. ¿He pegado a alguien en una discoteca? Ay, señor, no bebo más. Qué ridícula. Pero es que me ha llamado aburrida. Será cabrón.

—Cecilia, ¿estás bien? ¿Te ha molestado ese tío? Mira que voy a buscarlo, eh.

Me quedo perpleja por un instante, mirándolo con los ojos entrecerrados, como si la borrosidad del alcohol se mezclara con la incredulidad de ver a Eduardo, el eterno bromista, ahora completamente serio, con el gesto tenso y la mirada clavada en mí como si de verdad le importara lo que acababa de pasar. Es la primera vez que no lo veo sonriendo, y eso me descoloca más que cualquier otra cosa.

—Eh… no, de verdad. No ha sido nada. O sea… ha sido un poco pesado, sí, pero nada más. Se me ha ido un poco la olla,

perdona —respondo entre hipos, consciente de que mi voz suena quebrada, insegura.

—No, no, de eso nada —insiste él, como si estuviera conteniendo las ganas de salir a ajustar cuentas con el imbécil que me ha llamado aburrida—. Si ese tío te ha molestado, me lo dices, ¿vale? Que lo conozco, y es un tiracañas de mucho cuidado.

—Olvídalo, Eduardo. No necesito que me defiendas, gracias.

Después del lamentable espectáculo que acabo de dar, trato de hacerme la digna y me separo de Eduardo con la cabeza bien alta. Y con esa falsa seguridad que a veces se me atraganta, doy un par de pasos torpes, como si el orgullo pudiera mantenerme erguida cuando ya no lo hacen ni las piernas. Pero, por supuesto, no tardo en tropezar. La realidad me golpea con una claridad cruel: estoy a punto de caerme delante de todos. Eduardo, con una rapidez inesperada, me sostiene de nuevo y, sin decir una palabra más, me saca del bar.

Apenas cruzamos la puerta del local, el aire fresco me da de lleno y el estómago decide que ha llegado su momento de rebelarse. Empiezo a devolver como nunca. Dios, que vergüenza. Es la peor noche de mi vida. ¿Cómo se me ocurre beber así? Me he pasado tres pueblos. Yo no soy así, no lo soy. Tengo a un paciente sujetándome

la melena con una mano, mientras agarra mis gafas con la otra, que se me deben de haber caído con el esfuerzo de las arcadas. Esto es surrealista.

No sé cómo llego a casa. Solo sé que, de repente, estoy en mi cama, aún con la ropa puesta, con la cabeza dando vueltas en espiral, hasta que, poco apoco, me voy hundiendo en el sueño con una frase que revolotea por mi mente: qué imagen tan dantesca, qué noche tan absurda.

CAPÍTULO 9

Nada más abrir un ojo, la realidad me golpea con la contundencia de una bofetada. La cabeza me martillea como si tuviera un tambor dentro del cráneo, y la garganta me arde con una sequedad que delata no solo el exceso de alcohol, sino también la cantidad absurda de gritos y canciones desafinadas de anoche. Intento hacer memoria pero… Nada. O casi nada.

Lo primero es constatar que mi bolso sigue ahí, tirado en el suelo. Vale, respiro. Al menos no he perdido nada de valor material. Aunque la dignidad… esa sí que parece haberme abandonado del todo. Tengo lagunas demasiado grandes…

Las preguntas se amontonan en mi cabeza. ¿Hasta qué hora estuvimos de fiesta? ¿Cómo llegué exactamente hasta aquí? Rebusco entre recuerdos difusos y lo que emerge primero es la sensación de ir dando tumbos por la calle, con Sofía sosteniéndome del brazo, arrastrándome como si fuese un saco de patatas. Pero no… no era Sofía. No.

Me incorporo de golpe, con las pulsaciones a mil por hora, como si una alarma invisible hubiera activado mi sistema nervioso central. No era Sofía. Era él. Era Eduardo.

Pero espera, espera… Que no solo me acompañó, no. Creo que… entró en casa. Juraría que estuvo aquí, en mi cuarto. Y que me vio en ese estado lamentable, vulnerable, absolutamente patética. La idea me hace temblar, me encojo como si pudiera esconderme dentro de mí misma. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Qué imagen habré dado? ¿Cómo he permitido que un paciente, precisamente ese paciente, cruce una línea tan íntima? ¿No tenía suficiente con tenerlo al otro lado del rellano? En serio, hacía tiempo que no la liaba así por salir de fiesta…

Creo que la mayor locura que he hecho en mi vida por ir borracha fue decirle a mi amigo Juan que le quería cuando estábamos en la universidad. Qué mal, nunca entenderé por qué se

lo dije, si sabía perfectamente que no tenía oportunidad alguna con él. Pero me puse tan ciega que se lo dije sin pensar. Como era de esperar, me rechazó amablemente y luego nunca pude verlo con los mismos ojos de la vergüenza que me daba. Después de eso, creo que no la había vuelto a liar por culpa del alcohol. Hasta anoche. Porque yo no soy esa chica. Yo no soy de descontrolarme hasta el punto de no recordar cómo he llegado a mi cama.

Maldito alcohol. Maldita Sofía con sus chupitos traicioneros. Maldito Eduardo, que aparece siempre en mi vida en el peor momento. Y maldita Maca, por no haberme frenado como suele hacer. Ay, Maca. No, a Maca no, que me estoy acordando de lo que nos contó anoche… Pobreta. Tengo que llamarla. ¿Cómo acabaría ella? ¿Y Sofía? ¿Les avisé de que me iba? Ostras, ¡estarán superpreocupadas!

Con un gruñido de autocompasión, me pongo las gafas y agarro el móvil de mi mesita de noche. La pantalla está llena de notificaciones sin leer. Que dónde estoy, que si estoy bien, que si llaman a la policía… eso Maca. Los mensajes de Sofía son todo lo contrario: que qué pillina, que con que no me interesaba el vecino cañón, que me ha visto bien agarradita a su cuello, que me lo tire

sin pensármelo, que la vida son cuatro días… Ay, señor. Tierra trágame.

Llamo rápidamente a Maca, cuya voz suena igual de afónica que la mía. Le explico que estoy bien, en casa, y que siento muchísimo haber hecho bomba de humo anoche. Parece ser que ya le dijo Sofía que me había visto irme con el paciente, a lo que me pregunta que si estoy loca o qué. Que no, que no pasó nada, que solo me acompañó a casa porque iba muy pedo (omito lo de que entró hasta mi cuarto porque no podía ni tenerme en pie sola unos metros…) y la dejo un poco más tranquila. Maca es como yo, o peor, y, desde luego, jamás cruzaría esa línea de liarse con un paciente. Es lo más inapropiado del mundo, y ambas lo sabemos.

Después llamo a Sofía, que se muestra indignada porque no me acostara con él. Le explico que, como médico, no puedo hacer algo así, que encima ese chico a mí no me gusta nada y que además no iba en condiciones físicas ni mentales de tener nada con nadie. Creo que lo único que la convence es eso último.

—La verdad es que no te había visto así desde hace años, ¿eh? ¡Benditos chupitos!

—¡Malditos chupitos, dirás! Ya te vale. No vuelvo a salir.

—¿Pero qué dices? Si fue la mejor noche de tu vida. Y no hablemos de la de Maca. A esa chica me la tengo que trabajar yo, que le falta mucha calle. Ya verás, a esta en dos días la tenemos en Tinder.

—¡No la líes, Sofía! Bastante tiene con lo suyo. Déjala respirar.

—Ay, Ceci, que tú también necesitas respirar. Siempre tan comedida, tan metida en tu cabeza. Te hace falta desinhibirte un poco más a menudo.

—No estoy segura de que esto sea desinhibirse. Creo que ha sido directamente perder el norte.

—Pues te sienta fenomenal, cariño. Aunque te dé miedo reconocerlo.

Pues claro que me da miedo. No quiero esa versión de mí que no controla nada. Que se deja llevar. Que se expone. Porque cuando eso pasa, mi inseguridad se activa de la peor manera. Yo estoy cómoda cuando tengo todo bajo control. Pero anoche… anoche fui otra.

—Tía, lo de Maca es que es muy fuerte —prosigue Sofía aprovechando mi silencio—. ¿Es que, claro, a quién se le ocurre estar con el mismo desde los diecisiete años? Eso no es sano. Pero

vamos, que a esos les quedan dos telediarios. Ya verás entonces cómo Maca mola más de lo que creemos.

—Oye, para mí Maca ya mola muchísimo.

—Pues ya verás cuando se deshaga del rancio ese.

Me quedo en silencio, tratando de imaginarme a Maca soltera. Me cuesta mucho, la verdad.

—El viernes que viene repetimos, ¿eh? No me hagas esperar al siguiente cumpleaños.

—Ni loca. Después de lo de ayer, necesito al menos cinco meses de descanso.

—Tía, sois unas blandas. Pero no importa, sois mi proyecto personal, y creo que puedo llevaros por el buen camino.

—Mira, por lo pronto, el viernes que viene tengo guardia, y el sábado tiene Maca, así que… *I'm sorry.*

—No pasa nada, ya os sacaré de paseo otro finde. Que me han recomendado un bar superguay, ya veréis.

Dejo que siga hablando, sumergida en su entusiasmo, mientras me encojo bajo las sábanas, deseando que el mundo me deje tranquila por unas horas.

Y pienso en esa mirada que, por algún motivo incomprensible, me ha perseguido incluso en sueños.

Juro que no volveré a beber. Que no volveré a exponerme así.

Juro que Eduardo Muñoz de la Rúa no volverá a entrar en mi casa. Ni en mi cuarto. Ni en mi cabeza.

CAPÍTULO 10

Intento con todas mis fuerzas dejar atrás el bochorno de mi cumpleaños, fingir que el episodio fue solo una desviación puntual de la Cecilia que normalmente soy. Sin embargo, el universo tiene un sentido del humor particularmente cruel y no tarda ni veinticuatro horas en recordarme mi humillación.

Salgo a tirar la basura —la única actividad que me veo capaz de llevar a cabo con mi resaca monumental— y ahí está él. Lleva unas gafas de sol que, claramente, más que protegerle intentan camuflar la devastación que también él arrastra. Parece un actor

famoso que trata de pasar desapercibido por sus fans. Pero, por desgracia, de mí no puede esconderse.

Espero a que termine de lanzar las bolsas a los contenedores para hacer yo lo mismo y, cuando se da la vuelta, me fijo en que que lleva una cara de resaca brutal. Sin embargo, en cuanto me ve, se le dibuja una sonrisa perfecta en el rostro que borra toda huella de los excesos de la noche.

—Uy, doctora, qué carita llevas. Me sorprende verte en vertical, te hacía en el sofá bebiendo agua con paracetamol todo el día.

Siento un calor sofocante que me sube por el cuello y que, sin ningún tipo de duda, colorea mi cara poniéndome como un tomate. No solo porque me pilla con cara de recién levantada y moño improvisado, sino porque su simple presencia me conecta con el recuerdo difuso, casi onírico, de la noche anterior. Y me avergüenza. Aunque se le vea cansado, Eduardo mantiene su vitalidad y su atractivo, mientras que yo debo de parecer un auténtico cadáver. Ni siquiera se me ha ocurrido pasarme el cepillo por mi corta melena, puesto que no esperaba encontrarme a nadie durante los tres minutos que he salido de casa. Qué mala pata.

Me limito a sonreír tímidamente mientras lanzo las basuras, bajo su mirada divertida.

—Menuda fiesta llevabas anoche, ¿eh? —continúa él, sin importarle mis evidentes pocas ganas de hablar—. Lo diste todo.

—Sí, Eduardo, sí. Bebí más de la cuenta, ¿vale? Te agradezco que me acompañaras a casa, pero preferiría no recordarlo.

—¿Por qué? Si fue muy divertido. Estabas muy graciosa hablando sin parar todo el camino.

No sé si reír o morirme. No recuerdo una sola palabra del trayecto y la idea de haber dicho cualquier barbaridad bajo los efectos del alcohol me provoca una náusea emocional. ¿Y si le conté algo personal? ¿Y si… coqueteé con él? Me estremezco solo de pensarlo.

—Por cierto, me cayeron muy bien tus amigas. La otra doctora también iba fina. Y Sofía… menudo huracán de mujer.

Es verdad, ¡si estuvieron tonteando! Le fastidié el polvo a Sofía, no me había dado cuenta. Mejor, no creo que le convenga un chico así, ni aunque sea solo para un rollo de una noche.

Para no coincidir con él en el ascensor, invento una excusa torpe y camino sin rumbo alrededor de la manzana. Luego, ya a salvo de su presencia, subo a casa para seguir recuperándome—en

horizontal— en el sofá, como bien suponía Eduardo. Definitivamente, el alcohol no vale la pena.

Las siguientes semanas consigo esquivar los inagotables intentos de Sofía de "sacarnos de paseo", como ella lo llama. Entre guardias, cursos y deporte, no me da la vida. Y no pienso volver a perder los papeles como el día de mi cumpleaños. Que luego la lío.

Maca está hecha un auténtico mar de dudas. Desde la fiesta, hablamos mucho del tema de Raúl, pero por ahora no se ha atrevido a decirle lo que siente y en casa hace como si nada pasara. Después de nuestra salida, Raúl estuvo varios días enfadado con ella por no haber dado señales de vida hasta las mil de la mañana cuando volvió a casa, borracha. Se ve que él estaba esperándola despierto, muy preocupado. Claro, como Maca nunca sale, no sabía qué estaba pasando. Ella, agobiada, le dijo que le habíamos convencido de quedarse porque yo estaba muy deprimida por estar cumpliendo tantos años. Que lo había hecho por ser buena amiga, aunque si por ella fuera se habría vuelto en seguida.

—Gracias, Maca, por utilizarme como excusa para no enfrentarte a tu novio.

—Lo siento, pero es que no sabía que decir. No sabes lo molesto que estaba.

—Pues a lo mejor podrías haberle dicho que estás en tu derecho de salir de fiesta.

—Ya, pero es que le ignoré toda la noche. Tendría que haberle contestado a los wasaps que me estuvo mandando cada hora.

—¿Cada hora?

—Si, tía… Pero como os había hablado mal de él, me sentía superculpable y no era capaz de escribirle. Luego ya me puse tan borracha que simplemente dejé de mirar el móvil. Y como nunca había estado tanto tiempo sin contestarle, pues claro… se enfadó mucho.

—¿Y cómo conseguiste que se desenfadara?

—Pues le dije que me había guardado Sofía el móvil en su bolso y que, como ligó con un chico y no la vi en toda la noche, no pude contestar.

—Madre mía, menos mal que nos tienes para mentirle a tu novio.

—Sí, y no fue muy buena idea. Ahora dice que Sofía es una fresca, que no debería salir con ella.

—Espero que la defendieras…

—Bueno, le dije que no, que es buena chica… pero es verdad que tampoco insistí mucho. Es que solo quería que dejase de estar enfadado, que se pone insoportable. Soy lo peor, lo sé.

—Maca, sé que es muy difícil por lo que estás pasando, pero…

—¡Ni te lo imaginas! —me interrumpe y, acto seguido, empieza a sollozar—. No sé qué hacer, tía. Llevo ya mucho tiempo así, no estoy bien, siento que no soy yo misma… bueno es que ya no sé ni cómo soy yo. Al menos, no sin él. Pero tampoco me atrevo a dejarlo, ¿y si luego me doy cuenta de que ha sido un error? Que era un bache y que tendría que haber luchado por él… ¿Y si entonces él ya no me quiere?

—Cariño, sé que no es fácil tomar la decisión de dejar a alguien. De hecho, es muchísimo más fácil que te dejen. Cuando Marc me dejó, es cierto que lo pasé mal, fatal, que sentía que se me acababa el mundo. ¿Pero sabes lo que no sentí? Dudas. Indecisión. Porque no tenía nada que hacer, él ya había decidido todo por mí y yo solo tenía que superarlo. Y aunque no lo parezca, eso lo hace

más fácil. Si realmente no me quería, le agradezco que me dejara. Lo único que le reprocho es que no lo hiciera antes. Porque me estuvo engañando diciéndome que me quería durante mucho tiempo, un tiempo precioso en que él ya sabía que no era así. No le hagas lo mismo a Raúl. Puede que sea un poco idiota, pero no se merece estar con alguien que no le quiere de verdad.

—¿Y cómo sé que no le quiero de verdad? ¿Cómo sé que no es algo pasajero?

—¿Desde cuándo llevas con estas dudas?

—Pues al menos un año.

—Un año es mucho. Y si necesitas más pruebas de que no va bien, piensa que no deberías estar teniendo que mentir a tu novio. ¿O es eso lo que quieres? Una relación en que no puedes decir la verdad.

Varios lagrimones descienden por las mejillas de mi amiga, que se queda en silencio, pensativa. Reconozco que hay que tener valor para dejar a alguien. Hasta ahora, nunca lo había analizado así, pero es verdad. Marc fue un cobarde que me ocultó sus verdaderos sentimientos durante mucho tiempo, y me dejó en el peor momento, cuando yo ya pensaba en cosas como formar una familia. Ojalá hubiera sido valiente y lo hubiera hecho antes. Sé que Maca no

cometerá el mismo error. Y, quién sabe, si luego la vida los vuelve a juntar… pues por algo será. Pero no por cobardía. No por el miedo a estar sola.

Durante las semanas siguientes, su relación es nuestro tema central, y agradezco que me permita estar ahí, ayudándola. Me hace sentir útil. Nos hace bien a las dos.

Y mientras tanto, en el centro de salud, una novedad agita la rutina: han contratado a un pediatra nuevo. Divorciado, recién llegado a la ciudad. La noticia circula como la pólvora. Aquí nunca pasa nada, así que cualquier cambio es recibido como si fuera una telenovela. Y, la verdad, tanto a Maca como a mí, nos viene bien para despejarnos un poco.

CAPÍTULO 11

—¿Me pones un café? —pregunto en la barra, aprovechando los escasos minutos del descanso de la consulta.

—A mí otro, por favor. Descafeinado.

—El mío bien cargadito de cafeína.

Ambrosio, el camarero del bar de abajo del centro de salud, se ríe con complicidad. No lo dice, pero sabe que soy una adicta a la cafeína.

—Soy Borja, el nuevo pediatra —me dice el hombre que acaba de pedir el descafeinado, con una sonrisa amable.

—Cecilia. Encantada —le respondo, ofreciéndole la mano por reflejo, aunque él opta por darme dos besos, cosa que me pilla un poco por sorpresa.

Nos sentamos en los taburetes de la barra, uno junto al otro, y la conversación fluye con sorprendente facilidad.

Hablamos de banalidades: cómo funciona el centro, lo peculiar de algunos compañeros, la manía de la administrativa de liar las citaciones… Me cuenta que es madrileño, pero que necesitaba un cambio de aires, un borrón emocional, y que esta plaza le vino como caída del cielo. Me parece que no tiene ni idea de que aquí ya sabemos todo sobre él, que los secretos no existen en este centro de salud. No obstante, escuchar cómo relata su llegada en primera persona, con ese tono entre sereno y resignado, me genera cierta ternura. Tiene algo… sincero. Real. Es muy simpático.

Tanto así que, de pronto, ese café improvisado se convierte en rutina. Muchas veces coincidimos también con Maca y, sin darnos cuenta, instauramos una costumbre. Poco a poco, vamos conociéndolo más, y un día, entre sorbo y sorbo, Borja nos habla abiertamente de su divorcio. Cuenta que fue duro, que hubo un antes y un después, y que la ruptura no fue tanto por falta de amor como por caminos divergentes: él quería formar una familia, ella no.

Lo cuenta así, sin dramas. Con una madurez que no me deja indiferente.

—Ceci, ¿qué opinas de Borja? Yo creo que le gustas —me susurra Maca.

—¿Pero qué dices? Para nada —respondo casi riendo.

—Que sí, que sí. Que el otro día no pudiste bajar y él se subió antes de lo habitual. Cuando estás tú, no sube hasta que no lo haces tú. Es evidente.

—Pues no sé, Maca, ni me había fijado.

—No está mal, ¿no? Es mono. Y parece muy buen chico. Yo os veo superparecidos.

—Me cae genial, sí. Es muy majo. Pero no sé si me gusta en ese sentido. Nunca lo he pensado así. Además, acaba de salir de un divorcio. No creo que esté pensando en nadie todavía.

—Bueno, ha pasado casi un año desde que lo dejaron, y no tiene contacto con su ex. ¿No te acuerdas lo que dijo el otro día? Que no guarda rencor, pero que siente que ahora por fin puede empezar de cero. Yo creo que esa indirecta iba directa a ti.

Me quedo totalmente descolocada. No había reparado en Borja de esa manera para nada, simplemente lo estaba viendo como

un compañero que me cae muy bien y que, la verdad, hace más entretenidas mis mañanas. Pero, es cierto que hay gestos que, mirados ahora con otros ojos, podrían tener otro significado. La forma en que me escucha con atención cuando hablo, incluso cuando me quejo de los pacientes más absurdos. O cómo recuerda los detalles tontos que le cuento. Esas cosas que casi nadie retiene.

—Además, se ve que es un pediatra de diez, tía, superentregado con los nenes y eso. No me digas que no hacéis superbuena pareja.

Por un momento, Maca me recuerda a Sofía, solo que con un enfoque más sentimental. Mientras Sofía me empujaría a irme con alguien solo por pasarlo bien, Maca parece buscarme un compañero de vida. Me hace gracia la diferencia.

Debo decir que, desde esa conversación, empiezo a mirar a Borja de otra forma. Puede que no con ese impulso irracional que he sentido otras veces, pero sí con una curiosidad tranquila. Me fijo en cómo se pasa la mano por el cabello cuando piensa, cómo se disculpa siempre que interrumpe sin querer, cómo su voz tiene ese tono pausado que transmite calma. Y puede que físicamente no me atraiga en un sentido estricto: no es guapo de película ni tiene un

físico de gimnasio. Pero tiene algo. Algo que, para mí, empieza a pesar más que unos abdominales marcados.

Empezamos a hablar también por WhatsApp. Nada comprometido. Cosas del trabajo, enlaces de artículos médicos, comentarios de actualidad, alguna broma ligera. Y, sin embargo, me hace ilusión cuando su nombre aparece en la pantalla. Me doy cuenta de que espero sus mensajes, que me sacan una sonrisa. ¿Será que Maca tiene razón? ¿Será que he empezado, sin darme cuenta, a ilusionarme de nuevo?

Algunas veces me sorprendo al imaginarme presentándoselo a mis padres, que, sin duda, lo adorarían. Sería el yerno perfecto: pediatra, sensato, tranquilo. Es el tipo de hombre que inspira confianza sin necesidad de hablar mucho. Y aunque todavía no estoy segura de si eso basta para encender algo más dentro de mí, sí sé que su cercanía me reconforta. Que su presencia no me incomoda, como tantas otras. Y eso, al menos para mí, ya es un principio.

CAPÍTULO 12

Vuelvo de mi carrera matutina habitual, cuando me encuentro con Eduardo, que también ha salido a correr. Parece que tenemos los mismos horarios deportivos. Nos cruzamos en silencio, ambos jadeantes, envueltos en ese calorcito de mayo que ya no perdona ni siquiera a primera hora del día.

Su camiseta, completamente empapada, se adhiere a su cuerpo como una segunda piel, marcándole cada músculo. Mi cerebro, por alguna razón que escapa a mi control racional, decide detenerse a examinar cada centímetro de él, como si estuviera realizando una evaluación clínica de un paciente. Solo que esta

evaluación tiene implicaciones mucho más turbias. Sus brazos, perfectamente definidos, se arquean sobre su torso dándole una silueta de modelo de Calvin Klein, y su cuello, perlado de gotas, me resulta peligrosamente atractivo. Su olor, para colmo, sigue siendo delicioso. No entiendo cómo es posible que este individuo huela bien incluso después de haber corrido varios kilómetros. ¿Qué tipo de pacto con el diablo ha firmado? Porque lo mío, en cambio, es un desastre: el pelo pegado a la frente, el moño medio deshecho, la boca seca, y probablemente un olor a humanidad más propio de un tigre que de una señorita. Justo antes de entrar al ascensor con él, intento, con un gesto sutil que seguro no es tan disimulado como creo, olerme las axilas, porque es probable que no huelan a rosas precisamente… Qué imagen. Y entonces, al quedarme encerrada en ese espacio minúsculo con él, se desata el caos.

Lo observo de reojo y, de forma completamente involuntaria, mi mente empieza a recordar aquel momento en el *pub*, cuando me sostuvo con firmeza al borde del colapso etílico. Sus brazos envolviéndome, su torso contra el mío, su aroma penetrando en mis sentidos… De repente, lo imagino empujándome contra la pared del ascensor, con esos mismos brazos, y su boca buscando la mía con hambre y sed. Una descarga eléctrica me atraviesa de arriba abajo.

Literalmente. Dios mío, pero, ¿qué me está pasando? El ascensor tarda una eternidad en llegar al quinto piso, y yo ya no sé si estoy sudando por el ejercicio o por la inapropiada fantasía que se me ha escapado del subconsciente.

Qué mal. En cuanto se abren las puertas, salgo aceleradamente del ascensor y, sin apenas despedirme, entro en mi piso y cierro con fuerza tras de mí. ¿Qué narices me acaba de suceder? Me apoyo con la espalda en la puerta y miro al techo, suspirando por haberme dejado llevar mentalmente. ¿Cómo es posible que este niñato me desmonte el sistema nervioso con solo mirarme? Creo que Sofía tiene razón: estoy en una sequía emocional y física tan profunda que podría excitarme hasta con un cactus. Intentando calmarme, acabo refugiándome en la única solución inmediata que tengo a mano, en el primer cajón de la vieja y destartalada mesita de noche, escondido debajo de los calcetines.

Después, con el remordimiento instalado en la nuca, cojo el móvil y escribo a Borja. No es una reacción impulsiva, es una decisión práctica. Un intento por reconectar con alguien que me haga sentir segura, valorada. Borja es una opción lógica, sensata. El hombre que encaja en mi vida, ese que no la desordenaría como un huracán.

Sin embargo, justo cuando estoy escribiéndole para saber cómo le ha ido el día, oigo un ruido en el rellano. Voces. Risas. Me acerco a la puerta y, sin poder evitarlo, miro por la mirilla. Eduardo, con un delantal —solo un delantal, por lo que parece— está conversando con una rubia impresionante. El sueño de Sofía hecho realidad, solo que parece que será otra quien lo disfrute. Ella ríe, dice algo que no alcanzo a escuchar y, finalmente, entra en su piso. Y yo dejo de enterarme de la película. Cierro los ojos, intentando borrar la imagen mental. Genial. El cliché del vecino ligón. ¿Será su novia? ¿Un rollete de *Tinder*? Lo que está claro es que no era un plan precisamente de trabajo, no. En fin, que más me dará a mí lo que haga este con su vida. Él sabrá.

Vuelvo a mirar el móvil. Borja me ha contestado. Como siempre, me responde con esa mezcla de cortesía y calidez que lo caracteriza. Me cuenta su día con detalle, como si no tuviera prisa por hablar conmigo y, al final, me pregunta si me gustaría tomar un café el domingo por la tarde. El domingo tengo plan con Rosario y Sofía, eso es sagrado, así que declino la invitación. Pero me prometo a mí misma proponerle tomar algo otro día. Si quiero conocerlo mejor, tendré que verlo fuera del trabajo, ¿no?

Los siguientes días empiezo a notar que las visitas femeninas a casa de Eduardo se repiten. No solo está la rubia, también hay una morena. ¿Está coleccionando cromos? O, espera… ¿serán prostitutas? Ay, ay, ay. A ver, van vestidas con normalidad, bastante apretadas porque están todas muy buenas, pero no tienen aspecto de cobrar por sus servicios… Aunque quién sabe. Este tío es capaz de todo. Intento convencerme de que no me importa, pero no puedo evitar mirar por la mirilla cada vez que escucho pasos. La curiosidad me devora.

La gota que colma el vaso llega el viernes. Mientras ceno mis cereales de avena viendo una película chorra —mi plan sofisticado de viernes noche para tener el estómago asentado de cara a la guardia del sábado— oigo un jaleo en el rellano. En esta ocasión, son principalmente voces masculinas. Me obligo a ignorarlo. No pienso salir a mirar. No quiero saber nada.

Termino mi cena con pinta de desayuno y apago la película antes de tiempo para irme a dormir temprano. Justo cuando estoy conciliando el sueño, un golpe sordo resuena a través del suelo, constante, incesante. Me incorporo en la cama y compruebo cómo las vibraciones graves de la música sacuden la pared como un

martillo neumático, confirmando mis peores sospechas: el bandarra ha convertido su piso en una discoteca clandestina.

Cierro los ojos con fuerza, esperando que el ritmo infernal se diluya en mi cansancio, pero no. Bum. Bum. Bum. Los bajos siguen golpeando el aire al compás de mi insomnio. Agarro la almohada y me la pongo sobre la cabeza, pero tampoco sirve de nada.

Cinco minutos después, me levanto con determinación, me calzo las zapatillas y una sudadera, y salgo al pasillo con paso firme. Si cree que voy a dejar que me arruine la noche, la lleva clara.

Me planto frente a la puerta y toco con decisión varias veces, hasta que Eduardo me abre y se queda apoyado en el marco con una sonrisa ladeada, el pelo ligeramente revuelto y los ojos brillantes. Muy brillantes, de hecho. Y algo enrojecidos. ¡Este ha fumado más de la cuenta! Su camisa está medio desabrochada y huele a una mezcla de colonia y humo que, maldita sea, ojalá no me gustara.

—¡Guerrera! —exclama, abriendo los brazos como si fuera a abrazarme—. ¿A qué se debe el honor? ¿Te sumas a la fiesta?

Observo que, detrás de él, hay un ambiente inundado de testosterona: un grupo de tíos con cervezas en la mano juegan a las cartas en la mesa del salón, soltando carcajadas cada pocos

segundos, con la música a todo volumen, las luces medio apagadas y el olor a porro flotando en el aire.

—Baja la música. Esto no es una residencia universitaria —sentencio con mi cara más seria. Eduardo enarca una ceja; parece divertido, para variar, y, acto seguido, oigo como varios de sus colegas se ríen de mi comentario. ¿De qué van? ¡Serán capullos estos niñatos!

—Oye, cabrones, un poquito de respeto que es médico. Si mi doctora me pide silencio, pues le complaceré.

—Mañana trabajo, tengo guardia de veinticuatro horas, así que dejadme dormir. Si no apagas la música, te prometo que no me temblará el pulso en llamar a la policía.

—Oye, ¡que a lo mejor tienes que complacerla de otra manera! —grita otro de los chavales y todos se ríen como gallitos.

—Eh, eh, eh. Respetad a la doctora, que necesita dormir bien para salvar vidas mañana. No como vosotros ¡madafackaaaas!

Todos se descojonan de forma desproporcionada.

Me echo las manos a la cabeza y suspiro, impotente, porque veo que no hay nada que hacer con esta gente. Me van a fastidiar la noche.

—Que no, Guerrera, que estamos de coña. No te preocupes que bajamos el volumen para que puedas dormir. Te lo prometo. Igual que te prometí que dejaría de fumar y lo he cumplido.

Abro los ojos al máximo, anonadada, pues estoy viendo flotar la marihuana por la estancia.

—Tabaco, nada, te lo juro. Esto es todo verde. Y he bajado las cervezas. El resto poco a poco, no voy a quitármelo todo de golpe.

Casi sin esperanzas, regreso a la cama. No quiero saber más de esta gente. Curiosamente, tras un breve rato, ya no vuelvo a oír más alboroto y, finalmente, logro empezar a dormirme.

No sé dónde estoy. Sólo sé que hace calor. Un calor denso, envolvente, como si todo mi cuerpo estuviera sumido en una atmósfera espesa y electrificada. Unas manos cálidas y decididas se deslizan por mi piel con una familiaridad inquietante, como si supieran exactamente dónde detenerse, dónde hacerme temblar. No veo su rostro, pero siento su aliento húmedo sobre mi cuello y su boca rozando mi clavícula, logrando despertar mis sentidos. Su cuerpo, sólido y ardiente, se funde con el mío en un ritmo cada vez más agitado. Cada caricia, cada roce… solo aumenta mi deseo ferviente. Mi respiración se acelera, mi espalda se arquea y me dejo llevar. No pienso en nada. No entiendo nada. Solo deseo que no se

detenga. Un gemido escapa de mis labios, mientras el placer me envuelve como una espiral ascendente que amenaza con desbordarme por completo. Estoy a punto de disolverme en esa oleada de sensaciones cuando, de pronto, una voz —familiar, íntima, peligrosa— me susurra al oído.

—Ceci...

—Eduardo...

Horrorizada, abro los ojos de golpe. Estoy sola, con el pulso desbocado y una mano aún bajo el pijama. La oscuridad de la habitación es mi única acompañante. Me quedo inmóvil, sin atreverme a mover ni un músculo, como si eso pudiera borrar lo que acabo de soñar. No puede ser. Otra vez no. ¿Qué me está pasando?

CAPÍTULO 13

Entro en el restaurante y, tras dejar que mis ojos se acostumbren a la luz tenue y cálida del local, lo localizo de inmediato: allí está Borja, sentado con la espalda erguida, hojeando la carta con expresión concentrada. Lleva una camisa azul claro de manga larga, impecablemente planchada, combinada con unos vaqueros oscuros y un reloj dorado que reluce bajo el foco tenue del techo. Debe de estar pasando calor —la primavera se resiste a ser discreta este año—, pero ni se inmuta. La camisa, curiosamente, le da un aire entre elegante y sobrio, como si acabara de salir de una reunión importante. No es mi estilo de vestimenta favorito en un

hombre, pero he de reconocer que le sienta bien. Mejor de lo que esperaba. Acostumbrada a verlo con la bata y el fonen, me sorprende notar lo distinto que se le ve con ropa de calle. Más maduro. Más... señor, por decirlo de algún modo. Aun así, su rostro —limpio, afeitado, con piel clara y unos ojos color miel que parecen observarlo todo con una paciencia infinita— mantiene ese punto juvenil que lo hace cercano.

En cuanto me ve, se pone en pie enseguida, me saluda con dos besos y aparta la silla para que pueda sentarme. Está nervioso. Se le nota en la torpeza de sus movimientos, en la risa suave que le sale un poco más aguda de lo normal y en el rubor discreto que le sube por los pómulos. Me parece tierno. Yo, en cambio, me siento sorprendentemente serena, y eso que es la primera vez que quedo con un chico desde Marc. Será porque, después de tanto tiempo sin citas, esto no me parece realmente una. Al menos no en el sentido romántico tradicional. Supongo que pasar del entusiasmo adolescente a la madurez emocional también consiste en dejar de buscar fuegos artificiales y empezar a valorar otras cosas.

—Me alegró mucho que me llamaras, Cecilia. Tenía ganas de invitarte a cenar. Espero que el sitio te guste, yo vengo bastante a menudo.

Observo el restaurante: un local clásico, elegante, con su pecera llena de langostas y otros crustáceos, y camareros con camisa blanca y delantal negro. A mis padres les encantaría.

—Sí, mucho mejor que el bar de Ambrosio —respondo, devolviéndole la sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

Y hasta ahí el arranque. Como no parece que la conversación vaya a despegar por sí sola, decido coger la carta y aprovechar para ir pidiendo, mientras nos soltamos un poco. Que falta nos hace.

—Una cerveza para mí, por favor —le indico al camarero—. ¿Tú quieres una?

—No, gracias, es que no bebo. Luego me pediré un agua con gas.

—Genial, un chico sano.

—Eso intento.

—Pero entonces, ¿nunca tomas nada de alcohol? ¿Cero?

—Muy poco. Algún vino, pero tiene que ser bueno. Si no, no me compensa.

Borja se ríe con cierta timidez de su propio comentario, al que yo respondo esbozando una sutil sonrisa.

Pedimos un menú degustación que recomienda el chef, y he de admitir que está todo exquisito. Comemos sin prisas y, a medida que avanzan los platos, la conversación va fluyendo con más soltura. Hablamos de temas del trabajo, de nuestros años de residencia, de pacientes, y de alguna que otra anécdota del centro que nos hace reír. Descubro que Borja tiene sentido del humor, aunque contenido.

Resulta que Borja estudió y trabajó en Madrid, donde estuvo casado con su actual exmujer, que también era pediatra. Pero parece ser que cada uno asimiló la pediatría de una forma diferente: ella viendo que los niños no eran para su vida personal y él dándose cuenta de que no podría renunciar a la paternidad. Así que tuvieron que separarse, aunque todo de mutuo acuerdo y con buenas formas. No podían seguir forzando una vida en común que ya no tenía sentido. Lo dice con naturalidad, sin rencor. No percibo en él ni amargura ni drama, y eso me gusta. Por como habla, realmente parece bastante recuperado de esa ruptura, de hecho, comenta que se encuentra con ganas de empezar una nueva relación seria si se diera el caso. Esta vez con alguien que sí quiera formar una familia, claro, que ya vamos teniendo una edad. Treinta y ocho tiene, para ser exactos. Tres años más que yo, no está mal.

—¿Y tú? ¿Llevas mucho soltera?

—Desde hace algo menos de dos años. Mi última relación fue larga, pero... complicada. Al final, supongo que tampoco encajábamos.

No entro en detalles sobre Marc. Ni falta que hace. No me apetece hacerme la víctima en este momento y él tampoco insiste. Aprovecho para dejar caer que yo también quiero tener hijos algún día, pero que todavía no he encontrado a la persona adecuada. Que no es fácil.

—Tal vez la tengas justo delante —suelta de pronto, mirándome con un brillo cómplice en los ojos.

No sé si lo dice en broma, en serio o en ese punto intermedio donde uno lanza una idea para ver qué pasa. Me río con cara de tonta y esquivo el comentario, preguntándole si la corvina ha sido de su agrado. No porque no me guste, sino porque me da vértigo solo de pensarlo.

Tras los postres y los cafés, el suyo descafeinado, claro, pedimos la cuenta y pagamos. Bueno, paga él, y deja una propina más que generosa, acompañada de una mirada amable y un agradecimiento sincero al camarero. Me gusta ese detalle. Siempre me fijo en esas cosas. Me parece que una persona se mide mejor por cómo trata a quien no tiene obligación de agradar que por sus

gestos hacia quien quiere impresionar. Así que le doy un punto positivo a Borja. Bueno, ya lleva unos cuantos: es amable, caballeroso, atento, responsable, sabe lo que quiere… mucho más que la mayoría de los mortales.

Salimos a la calle. La noche está agradable, templada, y caminamos sin rumbo fijo, dando un paseo bajo el cálido manto de las estrellas… Todo muy romántico. Hablamos de películas, de libros, de política incluso, aunque muy de puntillas… y me doy cuenta de que Borja tiene mucho que decir, pero, sobre todo, de que sabe escuchar.

Cuando llegamos a mi portal, me invade ese nerviosismo tonto de las despedidas. Pero Borja lo resuelve con una naturalidad que me desarma.

—Me ha encantado la cena. Si te apetece, podríamos repetir. ¿Qué tal ese restaurante mexicano que mencionaste?

—Claro. Me encantaría.

Nos quedamos brevemente en silencio hasta que Borja me da un beso en la mejilla, dulce, tierno, claramente sin ningún tipo de segundas intenciones. No hay presión, no hay prisa. Todo sin sobresaltos.

—Bueno, hasta el lunes —se despide, se da la vuelta y se marcha paseando hacia la parada de taxis más cercana.

Y así termina la cita más sencilla, cordial y libre de ansiedad que he tenido en años. Sin tener que estar sudando en la puerta de casa por ver si sube, si no sube, si vamos demasiado rápido, si no tenía que haber dicho esto o lo otro… En fin, sin complicaciones. Lo cual me hace pensar que la sencillez también tiene su encanto.

CAPÍTULO 14

El móvil empieza a sonar mientras estoy en la consulta. A la segunda llamada decido contestar, por si es algo importante y, en efecto, se trata del repartidor de Amazon, que se encuentra en la puerta de mi casa con el paquete que estaba esperando. Pff, siempre tan oportunos. Me dispongo a decirle que no estoy en casa y que si puede traérmelo en otro momento, cuando oigo de fondo que alguien le pregunta a dónde va.

—Traigo un paquete para Cecilia Guerra —escucho decir al repartidor.

—¡Estupendo! Es mi vecina, yo se lo recojo.

—Oiga, señora, me dice un vecino suyo… ¿Cómo se llama?

—Eduardo.

—Eduardo, su vecino, le puede recoger el paquete. ¿Le parece bien?

Recuerdo el sueño de hace unas semanas y no puedo evitar sentirme muy avergonzada. Sé que solo fue un sueño, nada más, que no significa nada, que acababa de verlo y por eso apareció en mi subconsciente esa noche. Pero, aun así, me siento mal. Es que basta con no soportar a alguien para tenerlo hasta en la sopa.

—De acuerdo, sí, muchas gracias. Dígale que luego pasaré a por él —suspiro con resignación.

Siguen hablando entre ellos hasta que el repartidor corta la llamada. Pues nada, que no me libro de este chico.

Cuando por fin salgo de trabajar, después de un día agotador con turno de mañana y tarde, me voy directa a casa. Me doy una ducha, me pongo ropa cómoda y me dispongo a repasar unos artículos, cuando suena el timbre.

En cuanto veo la cara de mi vecino por la mirilla recuerdo de golpe que tenía que recoger el paquete.

—Hola, Guerrera. ¿No te habrías olvidado de esto, por casualidad? ¿O era un regalo de bienvenida atrasado? —pregunta Eduardo con un aire burlón.

—Gracias, Eduardo. Se me había olvidado por completo, perdona.

—He visto que es algo para montar, ¿quieres que te ayude?

—¿Qué pasa, que como soy una chica crees que no puedo montar yo sola una simple mesita de noche?

—Más bien lo decía porque, si te fijas, en la caja pone que se necesitan dos personas… Pero nada, tranquila, no tengo ninguna duda de que tú puedes con todo.

—Ya… bueno… Gracias por cogerme el paquete.

Nos despedimos y cierro la puerta con decisión. Me coloco en el suelo del salón y saco todas las piezas y las instrucciones de montaje. Que si necesito ayuda dice… Repaso un poco los pasos que hay que seguir antes de empezar para luego no llevarme sorpresas. Parece fácil. Empiezo con los primeros pasos y voy avanzando, hasta que, no sé por qué, me atasco en el montaje de las patas. Ostras, creo que me falta una pieza, o no, me sobran dos tornillos. ¿Qué? ¿Pero y esto qué es? Hay un trozo de madera aquí que tenía que

haber puesto en el paso tres… y ahora ya estoy en el cinco… Mierda. Joder.

Después de dos horas, no he progresado casi nada. He desmontado lo del paso cuatro y lo he vuelto a empezar, pero ahí me doy cuenta de que necesito que alguien me sujete del otro lado las patas. Es materialmente imposible hacerlo sin otra persona. Mierda.

Eduardo abre la puerta, esbozando una sonrisa. Para él debe de ser fantasía ver a una chica rindiéndose a sus pies.

—¿Qué pasa, que pese a ser una mujer empoderada no puedes montar sola una simple mesita de noche?

—No tiene gracia. Tenías razón, hacen falta más manos.

—Pues claro, Ceci. Estos últimos meses he montado casi todo lo que ves en este piso y te aseguro que incluso un hombre tan viril como yo ha tenido que pedir ayuda.

Le miro con cara asesina hasta que se empieza a reír a carcajadas.

—Que es coooña, es que me lo pones a huevos, tía. Ya sabes a lo que me refiero; estas cosas son para hacerlas entre dos. Si no, es desesperante.

—¿Y quién te ayudó a ti?

—Pues mira, tengo un par de amigas que justo acaban de reformarse un piso y están muy puestas en temas de montaje, así que estuvieron viniendo a echarme una mano las primeras semanas. Y también mi padre.

—Ah, pues qué bien. ¿Me echas una mano, entonces? Espero que sea rápido. Si no, puedo llamar a alguien, claro…

—De eso nada, *doc*. Que para eso estamos los vecinos.

Entramos en mi piso y nos sentamos los dos en el suelo en torno a todo el despliegue de piezas que hay en el salón. Eduardo se concentra en el manual, con el ceño fruncido y los ojos sutilmente achicados. Su mirada penetrante me recuerda al día en que nos vimos en el pub y él pensó que un tío me había estado molestando. Juraría que son las únicas dos veces desde que nos conocemos en que lo he visto serio.

Al principio vamos un poco lentos, repasando lo que ya he ido avanzando yo, hasta que llegamos al paso estrella en que más le necesito y logramos poner las patas de la mesita en su sitio. Resulta que no sobra ninguna pieza ni falta ningún tornillo. Está todo matemáticamente calculado por los de la fábrica de muebles. Solo hacía falta seguir los pasos meticulosamente. Finalmente, colocamos

la base de la mesa y el cajón con el pomo bien atornillado. Ha quedado perfecto.

Justo cuando estamos regocijándonos en el éxito de nuestra obra con un "choca esos cinco", suena el timbre de casa de Eduardo, que desde aquí se oye casi como si fuera el mío.

—Las pizzas. ¿Cenamos?

—¿Cómo? ¿Qué pizzas?

—Pues es que tengo la nevera vacía, así que he pedido unas pizzas justo antes de que vinieras a mi puerta a suplicarme ayuda, y, mira, han llegado a tiempo.

—No he ido a suplicarte nada.

—Un poquito sí, va, reconócelo.

—Ay, de verdad, si lo sé no te pido ayuda.

—¡Pero qué dices, Guerrera! Nos ha quedado perfecto, una auténtica obra de arte. Ni el mismísimo Miguel Ángel lo habría hecho mejor —exclama con gesto risueño, mientras se levanta para abrir al repartidor.

Le acompaño hacia la puerta y salimos al rellano donde coge las dos cajas de pizza, que son enormes.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Te apuntas?

—No, qué va, yo pensaba hacerme una ensalada para cenar.

—Venga ya, ¿pero tú has olido esto? ¡Son las mejores pizzas de toda la ciudad!

Me acerca la caja directamente a la nariz y el aroma a queso derretido se cuela por mis fosas nasales hasta llegar a mi bulbo olfatorio. Dios, qué bien huele. Pienso en mis cuatro lechugas y por un momento me siento tentada.

—Pero ¿por qué has pedido tantas pizzas? ¿No eran para ti solo?

—Sí, es que siempre pido el doble para tener de sobra para el desayuno. Es cuando más buenas están, ¿no lo sabías?

Agg, me imagino desayunando pizza y me parece rarísimo. A mí es que de la avena, el aguacate y la fruta no me saca nadie.

—Bueno, entonces, ¿en tu casa o en la mía?

Me quedo pensativa durante unos segundos en los que reconozco que me apetece muchísimo esa pizza. Además, puede que Eduardo sea un poco idiota, pero debo admitir que me ha venido genial su ayuda y que, sin él, no habría montado la mesita tan rápido.

—Voy preparando la mesa mientras te lo piensas—. Ante mi silencio, Eduardo entra en su piso dejándome la puerta abierta.

Finalmente, cierro detrás de mí y me quedo perpleja viendo la estancia. Está bastante desordenada, con cajas sin vaciar por el suelo y varios platos sucios en el fregadero. Madre mía, qué desastre.

—¿Qué pasa? ¿Nunca habías entrado a casa de un chico soltero o qué?

—Espero que no sean todos así…

—A ver, si llego a saber que iba a tener a mi doctora favorita cenando hoy aquí, hubiera recogido. Incluso hubiera comprado vino. Pero no lo sabía, así que solo puedo ofrecerte agua o cerveza.

—Agua está bien.

Eduardo ha preparado todo en la mesita que hay entre el sofá y la televisión, así que nos sentamos ahí mientras él abre una cerveza para él y otra para mí.

—Ay, perdona, ¿habías dicho agua? La costumbre de que aquí la gente siempre prefiera cerveza… —dice guiñando el ojo derecho.

—No te preocupes, cerveza está bien.

Pone algo de música tranquila de fondo y empezamos a comer. Estas pizzas están increíbles, tengo que decirle el sitio a Sofía, aunque seguramente ella ya lo conozca.

—Pues, como ya te dije, he dejado de fumar. Para siempre. Ya han pasado varios meses desde mi último cigarrillo, así que, como puedes ver, voy en serio.

—¡Pero si os vi fumando hace nada!

—Ay, doctora, eso era marihuana. Y no llevaba nada de tabaco, así que no cuenta.

—¿Cómo que no cuenta?

—Tú deberías saberlo, el tabaco es mucho peor, por eso lo he dejado. La marihuana, en cambio, tiene efectos muy beneficiosos para la salud.

—Bueno, eso depende… En general, es mejor no consumirla. ¡Y menos a diario!

—Oye, que yo solo fumo cuando vienen amigos, máximo una vez a la semana. Qué pasa, que me ves un día fumando y ya piensas que soy un porrero que no hace otra cosa, ¿no? Pues te equivocas.

—Si tú lo dices…

—No has oído ese dicho que dice "en el mundo hay dos tipos de personas, las que fuman marihuana y las que deberían hacerlo", ¿verdad?

—Pues no, no lo había oído.

—Pues es muy cierto. A ver, si hablamos de fumar grandes cantidades de hierba sí que puede ser peligroso. Yo, de hecho, de más joven sí que tuve una mala época y usé la marihuana como escape… y también el alcohol. Pero ahora ya solo consumo ocasionalmente, de fiesta o con amigos. Ya te lo dije, estoy intentando cuidarme.

—Entonces, ¿tú crees que todos deberíamos fumar porros?

—A ver, no digo fumar de seguido, pero al menos de vez en cuando… Mira, a ti, por ejemplo, te vendría muy bien —suelta con una expresión divertida.

—¿A mí?

—Sí, así estarías más relajada y no serías tan guerrera. Aunque reconozco que te queda bien ese puntito de profesora dura.

¿Me está llamando dura? Pero si soy la persona más blanda y pardilla que existe, que nunca consigo soltarle a la gente lo que pienso y no sé decir que no a nada… De hecho, aquí estoy, cenando en casa de alguien que no me cae bien por no saber negarme. Ojalá fuera más dura…

—No me digas que no te lo pasas bien cuando te fumas uno.

—Pues ni idea…

—¡No jodas! ¿No lo has probado?

—No me interesa, gracias. Algunos estamos bien sin tomar drogas.

Eduardo empieza a reírse haciendo unas muecas muy graciosas.

—Perdona, es que me ha hecho gracia eso de "tomar drogas". ¿Sabes qué? Creo que deberías probarlo.

—¡De ninguna manera!

Pero Eduardo me ignora y empieza a preparar un cigarro de esos "verdes", como él los llama.

—Ay, qué horror de verdad. ¿Vas a fumarte eso en mi cara?

—Qué pasa, profe, ¿no me dejas? Te di la opción de cenar en tu casa, pero como no me has invitado, estamos en la mía, y aquí puedo hacer lo que quiera.

Eduardo le da una primera calada al porro, profunda, con los ojos cerrados, conteniendo el aire dentro de sus pulmones para exhalar finalmente una humareda tremenda, que llega directa a mi cara.

—¡Puaj, qué asco, tío! Me vas a intoxicar. Yo me largo. —Intento levantarme del sofá, pero él me detiene.

—Que no, que no, no te vayas. Deberías probarlo. No seas abuela, va.

—¿Abuela? ¿De qué vas, idiota?

—Ja, ja, ja. No te piques, que te lo digo de coña. Si tendremos la misma edad más o menos, ¿no? Solo que tú te comportas como si tuvieras casi cuarenta.

—¡Es que tengo casi cuarenta! Bueno, treinta y cinco. Y eso no es ser una abuela.

—Bueno, bueno, casi treinta yo, treinta y cinco tú… lo mismo es.

—Te saco cinco añazos, y eso si hablamos de los años cronológicos, porque si comparamos la edad en madurez… creo que te saco unos cuantos más.

—Eso no lo dudo, abuela.

Qué rabia, joder. Pues sabe qué, se va a cagar.

—Dame eso, anda.

Cojo el cigarro e inhalo su contenido con fuerza. Me va a llamar abuela a mí este niñato… Inmediatamente, me entra un ataque de tos que no le desearía ni a mi peor enemigo. En cuanto me recupero, doy otra calada, que ya me entra mejor y que consigo exhalar sin ahogarme en el intento.

—Vale, vale, tranquiiila, jovencita. Que te recuerdo que es verde, así que estas dos caladas para ti ya van bien —me dice entre

risas.

—¿De qué te ríes? ¿Es que te recuerdo a tu madre bebiendo martinis, o qué?

—Uuuu, no te gustó el comentario, ¿eh? Me lo tenías guardado.

—¿Cómo me iba a gustar?

—Pues te diré que mi madre es una señora muy elegante.

—Ya, pues menudo pieza de hijo le ha salido. Espero que el resto de sus hijos estén más centrados.

Eduardo se queda serio, en silencio, por un momento. Igual me he pasado un poco metiéndome con él, que estos jóvenes de hoy en día tienen la piel muy fina.

—Bueno, entonces una más y me voy a dormir —cojo el cigarro e inhalo una última vez, dispuesta a marcharme después.

—Pues si querías dormir, habérmelo dicho. Esta hierba es más de despertarse.

—¿Cómo? —pregunto ahogando una risa tonta. No sé por qué, pero me hace gracia escucharlo y, cuando pienso que mañana tengo que despertarme prontísimo, aún me da más risa.

—Verás, novata, existen varios tipos de hierba. Hay unos que son más relajantes y otros que son más estimulantes. Pues te

acabas de fumar el segundo, y con ganas, que menudas caladas le has metido, Guerrera.

Suelto una carcajada. No me lo puedo creer. Qué cabrón. Eduardo también se descojona al verme, haciendo que sus labios perfectos se abran y que se le marquen más los hoyuelos en sus mejillas, mientras su mirada brilla con diversión. Según él, tengo una risa muy contagiosa. Pues mira quién fue a hablar.

—Oye, no tiene gracia, mañana mi despertador va a sonar a las seis de la mañana y no va a haber quién se levante.

—Pues retrásalo.

—Ah, qué fácil. Eso lo dices tú, que por lo visto no tienes nada que hacer. Te recuerdo que algunos trabajamos.

—Oye, oye, que yo también trabajo, vecina. No salvo vidas, pero hago mis cositas.

—¿Ah, si? ¿Y a qué te dedicas, si se puede saber?

—Trabajo en la empresa familiar.

—Vaya, vaya, así que te tienen ahí enchufadito.

—Pues sí, así es —contesta con orgullo—. Estudié administración de empresas y, en cuanto terminé con todas las prácticas y eso, me metí a ayudar a mi padre en la nuestra. Al

principio no me convencía la idea, pero la verdad es que ahora me gusta trabajar con él, es un buen tío.

—Bien por ti. No me imagino trabajando con mi padre, creo que me daría algo.

—Eso es porque seguramente tienes un padre muy estricto, ¿verdad? Se te nota. El mío es un cachondo, así que lo pasamos bien.

—Oye, ¡no me psicoanalices! Pero sí, tanto mi padre como mi madre han sido siempre superexigentes —contesto—. Así he salido yo, una tía dura, como tú dices.

Al escucharme a mí misma decirlo, no puedo evitar partirme de la risa, ya que nunca me hubiera llamado tía dura, pero bueno, igual si lo soy un poco, ¿no? Me gusta.

—Y tan dura, vaya tela, ahí con tu bata y tu estetoscopio das mucho miedo.

—Por Dios, Eduardo, ¡fonendoscopio! Ja, ja, ja, nadie dice "estetoscopio". Es como del siglo pasado.

—Ves, al final resulta que soy más abuelo que tú —dice, mientras se desternilla de risa—. Y ya que estamos, deja de llamarme Eduardo, que nadie lo hace.

—¿Y cómo se supone que tengo que llamarte? ¿Eddy?

—Edu estaría bien. Es que cuando me llamas Eduardo parece que esté hablando la directora de mi colegio cuando me mandaban a su despacho castigado.

—Supongo que eso pasaría a menudo.

—Todas las semanas. Igual que tú, ¿no?

Ambos nos reímos, a sabiendas de que, evidentemente, a mí jamás me mandaron castigada a ningún despacho. Creo que mis padres me hubieran desheredado.

—Yo es que era un poco conflictivo, lo reconozco —continúa Eduardo. Edu, perdón—. Me hubieras venido bien, vecina.

—Pues tú a mi me hubieras venido fatal, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, seguramente. No tuve una adolescencia fácil. Ahora, en cambio, soy un adulto responsable que se cuida.

—Sí, ¡ya lo veo, ya!

Con la risa en el aire, Edu me habla un poco del día a día en su trabajo, de su amor por el deporte, de que está pensando en adoptar un perrito, de que odia a las palomas, por no hablar de las tórtolas, de que le gusta salir de fiesta pero que no soporta la resaca y de muchas cosas más. Yo le cuento cosas del mundo sanitario, de cuánto estudio, de mis amigas Sofía y Maca, cada una tan diferente de la otra, pero ambas estupendas, y alguna chorrada más sobre

películas de culto y novelas policíacas, que, sorprendentemente, también le gustan.

—Y de tíos, ¿qué? ¿O eres más de tías?

—¿Me estás preguntando si soy lesbiana?

—Sí, ¿qué pasa? ¿Algún problema con las lesbianas? —me inquiere con sonrisa socarrona.

—¿Qué? Pues claro que no, idiota —respondo indignada.

—Entonces, ¿qué?

—Pues nada.

—¿Nada?

—Nada que te interese.

—Uy, eso es que hay algo por ahí. Con eso de que en los congresitos médicos os liáis todos con todos, seguro que no te aburres.

—Créeme, no es mi estilo. Pero algo hay, sí —miento, pensando en Borja, con quien hasta ahora solo he ido a cenar una vez y no podría decirse que haya nada todavía. Pero no quiero parecer una solterona o peor aún, que se piense que estoy aquí intentando ligar. Con esos dientes tan blancos y esos músculos tan bien delimitados, seguro que lo piensa con todas…

—Buaaa, pues yo me la gozaría en esos congresos vuestros.

Nos reímos a saco los dos. Y eso que no me parece gracioso, pero no puedo evitarlo. Le veo ahí, con su pendientito en el lóbulo de la oreja, su barbita perfectamente recortada y sus ojos verdes y risueños, y me da la risa. Eduardo no es guapo en el sentido tradicional. Es guapo en el sentido peligroso. Desenfadado, natural, con un magnetismo que te hace dudar de tus propias convicciones. Pero vamos, que ni de coña me atrae. Pese a tanto humo, no puedo evitar distinguir su olor, ese olor a hombre y a algo más que no sé qué es, pero que me encanta. O sea, no me encanta, "encantarme" sería pasarse, pero bueno, que está bien. Es agradable.

Entonces, se inclina sobre mí y noto el calor de su cuerpo cerca del mío, mezclándose con la nebulosa que nos rodea. Los latidos de mi corazón se aceleran y siento cómo mis pezones se endurecen bruscamente. No quiero que se acerque más, no. Esto no está bien. Hasta que me doy cuenta de que solo se ha agachado para recoger un borde de pizza que estaba en el suelo y suspiro aliviada. Menos mal. Me relajo y seguimos hablando como si nada, riéndonos por chorradas.

Tras un buen rato más de conversación absurda y risa floja, me empieza a entrar un poco de modorra. Con la tontería nos

hemos bebido un par de cervezas cada uno, aparte de que nos hemos fumado la mitad del porro ese verde. ¡Qué locura!

—Bueno, Edu, me voy a dormir, que seguramente ya sea tardísimo —balbuceo mientras consulto el reloj del móvil, que no he sacado de mi bolsillo en toda la noche—. ¡¡Mierda!! ¡Son casi las dos, joder!

Prácticamente sin despedirme, me pongo en pie sorteando el mareillo que llevo encima y me marcho a mi piso. Me pongo el pijama en un segundo y me meto a la cama, no sin antes retrasar un poco la alarma. Imposible salir a correr mañana antes del trabajo.

CAPÍTULO 15

"Piiii, piiii, piiii".

El despertador suena a las 7:00 en punto, pero no me siento preparada; necesito cinco minutos más. Mi cuerpo está totalmente entumecido, con ganas de que nadie lo moleste. Tras diez minutos que parecen medio, el despertador suena de nuevo, con más fuerza, sobresaltándome. Mierda, es tarde. Me estiro, respiro hondo y apago ese ruido infernal antes de que se repita. Como una zombi me meto a la ducha, me tomo el café y me lavo a fondo los dientes, dándole vueltas a si anoche llegué a lavármelos o si me acosté directamente. Madre mía anoche… ¿Qué se me pasó por la cabeza? ¡Se me fue la

pinza totalmente! Reconozco que me lo pasé bien, sí… la verdad es que me reí muchísimo, no podía parar. Y Edu me pareció un poco menos idiota de lo que pensaba. Pero, joder, ¡me drogó! Bueno, a ver, fui yo la que me empeñé en fumar. Aún no sé qué narices pretendía demostrar…

Ay, qué mal, qué mal… ¿Qué me está pasando? ¿En qué me estoy convirtiendo? Ese chico es una mala influencia. Cada vez que estoy con él me comporto como si fuera otra. ¡Y encima es mi paciente! Madre mía, cuando se lo cuente a Maca me va a matar. O mejor no se lo cuento, qué vergüenza.

Intento sobrellevar el día lo mejor que puedo. El principio de la mañana se me hace durísimo porque estoy muerta de sueño de tanto trasnochar, pero voy mejorando poco a poco y la consulta transcurre sin sobresaltos. A mitad de la mañana me tomo el café reglamentario con Maca y Borja, mientras hablamos de alguna noticia de actualidad y Borja nos ilustra sobre la bolsa y cosas de finanzas que le gustan a él. Está muy puesto en todo ese tema que a mí me suena a chino. Cuando estamos a punto de subir, me detiene cogiéndome suavemente del brazo.

—Oye, Cecilia, ¿te apetece si cenamos el sábado? Tengo ganas de probar el mexicano.

—Claro, el sábado me va bien —contesto tras repasar rápidamente mi agenda mentalmente. Después de lo de anoche, necesito una cita de personas adultas.

Por la tarde, para tratar de compensar mis recientes excesos, me apunto al gimnasio con Sofía, cosa que hago los días que, por lo que sea, no salgo a correr. Hacemos una clase de *Body Pump* agotadora, en la que trato de limpiar a través del sudor todo lo malo que inspiré ayer, si es que es posible.

Al terminar, nos metemos en el vestuario para cambiarnos y, justo cuando estoy saliendo de la ducha, suena una notificación de WhatsApp en mi teléfono móvil. Sofía es más rápida que yo y se asoma a mirar la pantalla, mientras yo aún estoy secándome con la toalla.

—Oye, oye, ¿quién es ese?

—¿Quién? —Corro para coger el teléfono, pero ella se me ha adelantado y ya lo tiene entre sus manos, cotilleando.

—Tía, ¡me dijiste que no te lo tiraste! ¡Serás mentirosa!

—¿De qué hablas?

Cojo el móvil y veo en pantalla un mensaje escrito por "El Mejor Vecino del Mundo". ¿Cuándo he guardado yo eso? Entonces me viene el recuerdo a la mente, como un *flash*, de Eduardo

apuntando su número en mi teléfono, mientras dice que me lo guarda "por si aparecen más mesitas de noche que necesiten mis servicios". Le di mi móvil para que lo apuntara y ya no me fijé en qué nombre había puesto.

—Pues claro que no pasó nada, Sof. Es que ayer me recibió un paquete de Amazon porque yo no estaba y, cuando fui a recogerlo, me apuntó su teléfono, pero ni me fijé en cómo lo había escrito. Como ves, es un niñato.

—Un niñato que está muy bueno.

—Si tú lo dices…

—Yo creo que te apuntó su contacto así para llamar tu atención. Está intentando ligar contigo, y te lo digo por experiencia. Si no le interesaras, te habría escrito su nombre sin más. Esto lo ha hecho para que te rías y pienses que es supergracioso.

—Pues no le ha funcionado. Solo me ha hecho pensar lo tonto que es. De todas formas, todo lo que hace ese chico es de broma. No se puede ni tener una conversación de adultos con él. Es desesperante.

—Desesperante eres tú, que no hay manera de que te des algún capricho, mujer. ¿Se puede saber cuánto tiempo llevas sin follar?

—El que haga falta. Ya sabes que eso de tirarme a un tío así sin más no me convence. No voy a perder el tiempo con historias sin futuro. Pero bueno, para tu información, el sábado he vuelto a quedar con Borja.

—¿El médico con el que ni te besaste el otro día?

—El mismo.

—Pues a ver si esta vez te da la mano. O un abrazo, así en plan salvaje —se ríe mientras hace como si fuera una tigresa con las manos—. Me parece que ese chico es todavía más rancio que tú. Debe de ser tu príncipe azul.

—Ya te contaré, pero por ahora creo que la cosa podría ir bien. Al menos, parece buen chico y tenemos mucho en común.

—Uhhh, Cecilia está *in love* —canturrea—. Pero no nos desviemos de lo importante, ¿qué te dice el mejor vecino del mundo?

Abro el mensaje con curiosidad, acompañada de la mirada de mi amiga a punto de atravesar la pantalla.

<< El Mejor Vecino del Mundo: Hola vecina, que tal el día? >>

—Vaya, vaya, ¿has visto cómo sí que le interesas?

—Qué va, este querrá pedirme algo. Voy a esperar un poco.

—¿En serio? ¿Vas a hacerte la dura? Eso es que te hace gracia.

—Pues claro que no. Venga, le contesto ya para que te quedes tranquila, que me da exactamente igual.

<< Yo: Todo bien, ¿y tú? >>

Tras unos segundos, Eduardo vuelve a la carga.

<< El Mejor Vecino del Mundo: Te vienes el viernes a una fiesta de la empresa con tus amigas? Habra barra libre de agua y alguna cosa mas >>

—Uff, a ver cómo le digo que no sin sonar muy carca.

—Pero ¿qué hablas? —Sofía me quita el móvil de las manos y se aleja, corriendo por todo el vestuario, conmigo persiguiéndola sin éxito. La muy cabrona está escribiendo algo mientras se descojona. La voy a matar.

—¡Listo! Ya tenemos plan para el viernes.

—¿Qué has hecho?

Miro el teléfono y leo lo que supuestamente *yo* he contestado a Eduardo.

<< Yo: Allí estaremos. >>

—Va, tía, barra libre, empresarios encamisados, música, tu *bestie*… ¿Qué podría salir mal? Vamos un ratito y si nos aburrimos, pues abortamos misión.

Suspiro, agotada de convivir con este terremoto de mujer a la que le encanta liármela. Para complacerla acepto, no sin antes pedirle a Maca que por favor se venga con nosotras. Necesito tener a la voz de la conciencia a mi lado.

CAPÍTULO 16

Estoy como loca revisando mi armario, pero no encuentro nada que ponerme. Edu me ha mandado la dirección del sitio de la fiesta y es un local muy *chic*, así que supongo que la gente va a ir arreglada. Habrá cena cóctel y después barra libre y "lo que surja", según sus propias palabras. En serio, cada vez estoy más arrepentida de haber aceptado la invitación. ¿Qué narices pintamos nosotras ahí, si no conocemos a nadie? Todo por la petarda de Sofía, que siempre se está metiendo donde no le llaman. Pero bueno, reconozco que si no fuera por ella yo llevaría años sin salir de casa

más allá de las diez de la noche. Ella es quien me recuerda que aún circula algo de juventud por mis venas, aunque no lo parezca.

Maca me escribe desesperada: está igual, tampoco sabe qué ponerse. Menudo par.

Sobre las ocho aparece Sofía en mi piso para "supervisar mi *outfit*". Cómo le gustan las palabritas en inglés.

—¿En serio vas a ponerte eso? ¡Pero si pareces una señora mayor! ¿No tenías algo más tapadito todavía o qué? Que ya no estamos en invierno, enseña un poco de carne, anda.

—¿Qué le pasa a este vestido? A mí me gusta.

—Nada, nada, ni de coña te dejo salir con eso. Mira, como sabía que aparecerías con algo así, te he traído un regalito.

De una bolsa de tela saca un vestido negro *midi* de manguita corta pero de esos que dejan toda la espalda descubierta.

—Ala, ese no es el que…

—Síii, es el que te pusiste cuando celebramos tus treinta, ¿te acuerdas? ¡Te encantaba este vestido!

—¡Es verdad! Vaya tela, hace mil de eso. A ver cómo me queda ahora, que no sé si me veo ya con algo así…

Tras la insistencia de Sofía, me pongo el vestido y me miro al espejo. Pues, oye, no me queda nada mal.

—Estás increíble, Ceci. Hoy follas. ¿Te habrás depilado, no?

—Calla, anda, que ahora estoy centrada en Borja, ya te lo dije.

—Sí, sí, eso dices.

Para completar nuestra actuación adolescente, que es lo que parecemos, Sofía me maquilla con esmero. Madre mía, parece que nos vayamos a una fiesta de graduación. Hacía años que no me pintarrajeaba tanto. Me pongo las lentillas de día, que apenas uso, un poco de colonia y lista. Sobra decir que Sofía está impresionante, como siempre. Lleva un vestido corto gris, de tirante grueso, con el escote en pico y también toda la espalda al aire, dejando que su piel luzca ya inexplicablemente morena. Si acompañamos eso de unos ojos azules y una larga melena rubia ondulada, obtenemos como resultado a la diva de mi amiga.

Cuando llegamos al punto de encuentro, cerca del local, Maca ya esta allí esperándonos, tan puntual como siempre. Creo que es la única persona que llega aún más pronto que yo a todas partes. En cuanto la vemos, nos quedamos anonadadas. ¡Está guapísima! A ella de los vaqueros no la saca nadie, pero lleva algo de tacón y se ha pintado los ojos y los labios. Parece otra, aunque sin perder su aspecto natural.

—¡Fiuu, fiuu! —silba Sofía—Vaya tela, nada como estar mal con tu novio para ponerte así de pibón.

Le doy un codazo, porque sé que sigue siendo un tema muy complicado para ella, aunque no parece molestarle. Maca se ríe con timidez mientras nos saluda.

—¿Os gusta? ¡He desempolvado el *eye-liner* después de siglos! Como decías que era una fiesta tan *chic*… no quería desentonar.

—Estás muy guapa, Macs.

—¡Gracias! Vosotras también. ¿Entramos?

Llegamos a la puerta del local y damos nuestros nombres, tras lo cual el chico de seguridad nos pone una pulserita y nos deja entrar. El sitio, en efecto, está lleno de chicos con americana y chicas con tacones y vestidos ceñidos. Hay gente de todas las edades, pero sobre todo jóvenes. Algunos no tendrán ni los treinta aún. Miro a mi alrededor, pero no localizo a Eduardo. Un camarero nos ofrece cerveza y vino, que aceptamos con amabilidad. Tras un rato, empiezan a sacar bandejas con comida tipo croquetas, tartar de carne y atún, saquitos de queso, montaditos de *foie*… todo buenísimo. Lo único malo es que parece que todo el mundo se conoce menos nosotras, que estamos un poco aisladas. Pero

aprovechamos para comer y beber todo lo que podemos. Sin embargo, no tardan en ir apareciendo los primeros chicos alrededor de Sofía y, por extensión, de Maca y de mí. Nos presentamos como "las amigas de Eduardo" y vamos conociendo a algunas personas, todas ellas de la empresa.

Una media hora después de nuestra llegada, aparece mi vecino, vestido con unos pantalones beige y camisa azul claro arremangada, con el primer botón desatado, dejando entrever sutilmente el inicio de su torso.

—Hola, chicas. Perdonad que me he liado con unas cosas y he acabado llegando tarde. ¿Qué tal lo estáis pasando?

Qué raro, Eduardo llegando tarde…

—Muy bien, gracias —contesta Sofía—. Oye, ¿hacéis muy menudo estas fiestecitas? Creo que nos vamos a dejar ver por aquí más veces, ¿eh? Que está genial y tus compis son majísimos.

Eduardo se ríe mientras mira a sus dos colegas que están babeando por Sofía.

—Por cierto, os presento a Claudia, mi mejor amiga y compi de proyectos.

Nos damos dos besos y nos quedamos hablando de banalidades con ella. Joder con Claudia. Qué guapa es. Pero, un

momento, ¿esta no será… la rubia que vi en el rellano? Ay, no lo sé, aunque no lo descarto. Pff, qué pereza. No puedo evitar preguntarme si tendrá algo con Eduardo. No me extrañaría nada, dada la confianza que parecen tener.

Vamos pasando el rato y empieza la barra libre, con lo que la música se va animando y todo el mundo se pone a bailar. Aprovecho para preguntar a Maca cómo van las cosas en casa.

—Pues no muy bien. Raúl se ha mosqueado bastante al verme maquillada, me ha preguntado que si de verdad pensaba salir así… No sé, como si fuera disfrazada o algo. Hemos discutido un poco, pero es que ya me tiene harta. Así que le he dejado ahí rumiando y me he largado de casa sin despedirme. Mañana me espera bronca, pero me da igual, tía. Me apetece pasármelo bien.

—Pues claro que sí. Si le molesta que vayas tan guapa, ¡haberse buscado una novia fea! —interviene Sofía.

—Desde que os conté todo aquello, he estado esforzándome por ver si podía estar a gusto con él. También le he dicho algunas cosas que pienso sobre la relación y sobre cómo me trata a veces… y me he dado cuenta de que no se puede razonar con él. Es supercabezota y no acepta que está equivocándose con su actitud.

Pero, por otro lado, me da pena. He pensado que quizá podríamos hacer terapia de pareja, pero no creo que quiera…

—Bueno, propónselo, nunca se sabe —le digo.

—Yo creo que ese chico no te merece, Maca. Estás desperdiciando los mejores años de tu vida con él —protesta Sofia, sin filtro, para variar.

—Bueno, chicas, gracias por vuestros consejos, pero no quiero amargaros la fiesta esta noche. ¿Bailamos?

Con cierta timidez por estar rodeados de tanto desconocido trajeado, empezamos a disfrutar de la música y vamos pidiendo cubatas. En poco rato, Sofía ya está entretenida con un tal Sebas, compañero de Eduardo, muy guapo y muy bailongo, como buen latino que es. Veo que Eduardo está bailando con Claudia, muy pegados, y que no paran de reírse. Parece que se llevan muy bien, demasiado diría yo. A lo largo de la noche apenas intercambio palabra con él. Mejor así, supongo. Siento cómo el alcohol va calando en mi organismo, haciéndome sentir alegre y animada mientras bailamos reguetón. Maca, que al principio parece bastante cohibida, también se va soltando poco a poco y empezamos a darlo todo juntas, con Sofía que aparece y desparece de forma

intermitente, en su línea. Creo que ya se ha dado el número con más de uno, aunque Sebas sigue siendo el primero en la cola.

De pronto, la canción del grupo *Love of Lesbian* "A cualquier otra parte" empieza a sonar, transportándome a las fiestas de los primeros años de universidad. Yo nunca he sido muy fiestera, pero sí recuerdo que, cuando salíamos en aquella época, era para comernos el mundo. Y ahora, escuchando la canción años después, es así como me siento. Es curioso ese efecto que tiene la música, capaz de de ejercer como máquina del tiempo de una forma inexplicable. Cierro los ojos y levanto los brazos sobre mi cabeza, sobre mi pelo, dejándome llevar al ritmo de la música, disfrutando el momento. Justo entonces, siento que alguien me abraza por la espalda y se mueve conmigo. Estoy un poco borrachilla, así que tardo en reaccionar y nuestros cuerpos fluyen al unísono durante un cierto rato. Inspiro hondo y reconozco ese olor a hombre que me sacude por dentro.

—¿Te lo estás pasando bien? —me susurra al oído. Sus cálidos labios acarician brevemente el lóbulo de mi oreja y siento un escalofrío que recorre mi cuerpo de arriba abajo. Me giro para encontrarme con esos ojos que me miran profundamente, con un brillo único que en este momento me parece encantador.

—Sí, mucho… —contesto sin dejar de moverme junto a él. Sus brazos envuelven mi cintura y yo pongo mis manos alrededor de su cuello, dejándome caer levemente hacia atrás. Él me sonríe con gesto travieso, sin dejar de mirarme, como si pudiera ver en mi interior.

—Estás muy guapa —murmura suavemente, apretando su cuerpo un poco más al mío. Me pregunto si podrá notar los latidos de mi corazón, ahora mismo desbocados. Me muerdo el labio inferior al escuchar sus palabras, mientras siento el calor de sus manos sobre la piel de mi espalda.

—Eso les dices a todas, ¿no? —le contesto, pensando en cómo hace un rato estaba bailando con la tal Claudia.

—No te creas, solo a las doctoras sexis e inteligentes como tú. Creo que nunca te había visto sin gafas… Tienes unos ojos muy bonitos.

Me ruborizo levemente y se me escapa una suave sonrisa, como una tonta.

—¿Siempre tienes tan buenas respuestas?

—Por supuesto. Y tú, ¿siempre eres tan difícil de seducir?

—Siempre.

Nos reímos y seguimos bailando. Edu me da varias vueltas hasta que ponen un tema de bachata. Resulta que sabe bailarlo a la perfección, a diferencia de mí. Aun así, me lleva de tal forma que parece que yo también sepa. A lo lejos, veo a Sofía dándolo todo con el chico latino, que bien podría ser profesor de baile. Menudo portento. Más allá, visualizo a Maca, que está hablando sin parar con… Claudia. ¿De qué narices hablarán? Parece que han congeniado, porque ambas sonríen, gesticulan y se dicen cosas al oído. Me da muchísima curiosidad. A ver si se entera de si la chavala tiene algo con Eduardo.

Nos acercamos a la barra y mi vecino pide una copa para él y otra para mí.

—¿Sabes? Pensaba que no vendrías. Me sorprendió mucho que dijeras que sí. Me hizo ilusión.

—Para serte sincera, estaba con Sofía cuando me escribiste y fue ella quien contestó. Así que no tuve la opción de negarme, que es lo que hubiera hecho yo, obviamente.

—Ya decía yo. Demasiado bonito para ser real. A Sofía le encanta la fiesta, ¿eh?

—Y que lo digas.

Los dos nos descojonamos al ver la entrega de Sebas con mi amiga. Estos dos acaban en la cama hoy sí o sí.

—Pues tendré que darle las gracias por obligarte a venir.

—Si no fuera por ella, yo estaría ahora muy a gustito en mi cama.

—¿Preferirías eso? Porque yo te veo muy bien aquí…

Eduardo se aproxima a mí sutilmente, cogiéndome de la mano. Veo que ya tiene varios botones de la camisa desabrochados y la parte superior de sus pectorales, fuertes, como todo su cuerpo, queda al descubierto. Desliza su mano por mi cintura, cada vez más abajo… y yo empiezo a ponerme nerviosa, con una sensación extraña que recorre mi entrepierna en dirección ascendente. Decido dar un trago profundo a mi copa para superar el momento.

—El otro día, en mi casa, me lo pasé muy bien. Eres más divertida de lo que crees, Guerrera. Y la marihuana te sienta de maravilla. —Eduardo esboza una sonrisa burlona y yo me echo las manos sobre la cara.

—No puedo creer que me hicieras fumar. Te juro que al día siguiente no me reconocía a mí misma.

—Oye, ¡yo no te hice fumar! Te lanzaste al porro tú solita, doctora.

—Ja, ja, ja. Lo sé. No sé por qué lo hice.

—Porque, aunque creas que eres una abuela, en realidad llevas una niña salvaje ahí dentro. Solo que te cuesta un poco sacarla.

Eduardo acaricia mi mejilla derecha para apartar un mechón de pelo que se había escapado de su sitio. Sus dedos rozan mi piel con una calidez que me deja sin aliento. Otra vez se le han formado esos hoyuelos tan sexis que aparecen cada vez que esboza su sonrisa traviesa. Mis ojos se detienen en sus labios, suaves, carnosos, que esconden unos dientes blancos y bien alineados. No tiene ni una arruga, el cabrón, y su piel luce tan tersa que dan ganas de recorrerla. Además, le ha seguido creciendo la barba, como una sombra que le da un aire más maduro, más viril. Más peligroso. Su pecho, firme y amplio, se acerca al mío con un disimulo torpe y encantador, acortando la distancia entre nosotros, mientras empezamos a bailar de nuevo. Su calor me envuelve, y su respiración se funde con la mía, encendiendo algo que arde en silencio entre los dos.

Sin querer, me tropiezo y, en un reflejo rápido, me atrapa con fuerza entre sus brazos, quedándonos prácticamente abrazados. Aprovecho el momento y apoyo mi barbilla sobre su hombro. E

inhalo. Inhalo profundamente. Su aroma, una mezcla de colonia amaderada y algo más íntimo, me envuelve, subiendo por mi nariz como un veneno dulce, que me deja aturdida. Entonces, lo siento inclinarse hacia mí. Sus labios se deslizan con lentitud por mi piel expuesta, justo en la curva entre el hombro y el cuello, depositando besos húmedos y cálidos que me recorren como una corriente eléctrica. Cada caricia de su boca me estremece, me enciende, y un gemido ahogado amenaza con escapárseme. Joder, tengo que controlarme. Quiero más, mucho más. Pero esto no está bien. Me separo apenas unos centímetros para mirarlo y encuentro sus ojos fijos en los míos, cargados de deseo. Su mirada desciende después hacia mi boca entreabierta, deteniéndose ahí, como si quisiera saborearla antes siquiera de rozarla.

Justo entonces, el hechizo se rompe. Maca y Claudia aparecen y nos saludan con entusiasmo, sin ser conscientes del momento que acaban de interrumpir. Bueno, tal vez Claudia sí se haya dado cuenta, porque su forma de mirar a Edu, rápida, pícara… parece decirlo todo. Tras intercambiar unas palabras con ellas, Maca me susurra al oído que la acompañe al baño. Accedo a regañadientes y nos ponemos a la cola, mientras aún siento el rastro de unos besos prohibidos ardiendo sobre mi piel.

—Tía, qué maja es Claudia. Me ha caído superbien. Nos hemos dado los teléfonos y todo.

—¿En serio? Pues me alegro —miento; tengo que disimular cuánto me disgusta Claudia en este momento—. Oye, ¿sabes si está liada con Edu?

—¿Claudia? ¡Qué va! Nada de nada. Son solo amigos, seguro. Me lo ha dicho ella misma. Además, se nota. No hay química entre ellos. ¿Por qué? ¿No te habrá tirado la caña Edu? Acuérdate de que sigue siendo tu paciente, por Dios.

—¿Qué? No, claro que no... Solo era curiosidad.

Me sorprende que Maca no se haya dado cuenta de nuestro tonteo; ella suele ser bastante observadora con esas cosas. Pero bueno, estaría demasiado entretenida con su nueva amiga Claudia, que ahora resulta que es majísima. Pues nada.

Saco el móvil para ver la hora y encuentro varios mensajes de Borja.

<< Borja: Buenas noches, guapísima. Mañana nos vemos, me muero de ganas. >>

Ay, Borja. Casi me había olvidado de él. Maca se asoma disimuladamente por encima de mi hombro para cotillear la conversación.

—¿Es Borja? Jo, me encanta para ti. Hacéis una pareja estupenda. ¿Habéis quedado mañana otra vez, no?

—Sí…

—Qué guay. Creo que este podría ser tu chico, Ceci. Lo presiento.

—Sí, yo también… Aunque, no sé, vamos poco a poco.

—Mejor. Borja es un caballero, de esos que ya casi no quedan.

—Y que lo digas.

Por un momento, me siento culpable. Casi la cago con Eduardo. Mira que soy tonta, dejándome llevar con un pavo al que le saco cinco años, y que perfectamente podría estar liándose con otra ahora mismo, teniendo yo a un hombre adulto como Borja a mis pies. Tengo que centrarme.

—Macs, creo que me voy a ir a casa. Es tarde y estoy cansada, y mañana quiero estar fresca para la cita. ¿Te vienes? A Sofi mejor ni le pregunto —le digo, mientras vemos cómo Sofía se besa apasionadamente con Sebas en una esquina del local.

—Pues… creo que me voy a quedar un rato más, que me lo estoy pasando bien. ¿Te importa?

—Eh… no, claro. Quédate. Hablamos mañana.

Un poco sorprendida de que quiera quedarse sin mí, le doy un beso y hago bomba de humo sin mirar atrás. Prefiero no arriesgarme a cruzar mi mirada con la de Eduardo.

CAPÍTULO 17

—La inflación está empezando a estabilizarse, ¿lo habías notado? —me dice Borja mientras parte con esmero su hamburguesa de pollo con jalapeños, con cuchillo y tenedor, por supuesto. Yo asiento como si fuera una de esas personas que se preocupa sobre temas como la inflación, aunque lo único que noto ahora mismo es un leve latido en ambas sienes, consecuencia directa de los *gintonics* de anoche.

—Claro —respondo, y bebo un sorbo de vino para disimular la poca convicción de mi voz—. Se nota... en los yogures, sobre todo.

Borja se ríe con mi respuesta y acomoda la servilleta sobre sus piernas con una precisión casi exagerada, sosteniéndome la mirada con un interés atento y educado. Sus ojos, de un color cálido y suave, me transmiten calma, seguridad. No es el tipo de mirada que hace que se te acelere el corazón, pero sí esa que podría darte paz en una vida tranquila y ordenada. Su risa es breve, contenida, como todo en él. Me fijo en lo impecablemente planchada que lleva la camisa y en su porte que, aunque podría pecar de parecer algo estirado, hace que se le vea elegante hasta comiendo nachos con guacamole. Continúa preguntándome sobre algunos aspectos de mi vida financiera, y yo contesto asintiendo constantemente; no quiero parecer desinteresada, y mucho menos una ignorante, aunque por dentro me siento como una auténtica analfabeta en esa materia.

Creo que se da cuenta de que no le sigo mucho la conversación, así que cambia de tema y empieza a interesarse por mis últimas guardias, por mis aficiones, por mi familia... Y parece que, de verdad, le importa. Es un chico genial: educado, trabajador, con una voz grave y relajada que inspira confianza y que le da ese aire de intelectual. Además, sabe lo que quiere en la vida, y eso, hoy en día, es un auténtico tesoro. Y, por si fuera poco, ha llegado puntual a ambas citas, lo cual, para mí, es un *must*. Le veo futuro.

Igual no es el típico guaperas de cartel publicitario, pero hay algo en su forma de hablarme y de mirarme que me hace querer escucharlo... o, al menos, intentarlo.

Cuando terminamos de cenar, me sorprende invitándome a un cóctel en el *rooftop* más exclusivo de la ciudad. Nunca había estado allí y, la verdad, es una pasada. Las vistas son espectaculares y el ambiente, muy glamuroso. Nos pedimos un mojito cada uno y nos sentamos en unos sofás rodeados de antorchas que emiten una luz cálida y tintineante. Es superromántico. La música tipo *chill-out* flota en la atmósfera de la terraza, colándose entre las mesas como un susurro.

Borja me cuenta muchas cosas de su trabajo. Se nota que le encantan los niños y que se muere por tener uno. La velada transcurre de forma muy agradable y, tengo que admitir, que me lo paso bien con él. Es que me trata como una reina, y es evidente lo mucho que le intereso. Aun así, cada dos por tres, me asalta el recuerdo de Eduardo deslizando sus labios por mi piel, con esa fogosidad que me hace vibrar.

Joder. Pero es un niñato. Un niñato con olor a hombre... y a desastre. Borja no huele a desastre. Huele a colonia cara. A estabilidad. A futuro. Es el partidazo que necesito: el que me trae a

sitios preciosos como este y me ameniza la noche con buena luz y mejor compañía, como la adulta funcional que soy (o que debería ser). Solo que... en vez de mariposas, siento gases. O resaca. Sí, seguro que es la resaca de ayer. O el cansancio. O que simplemente soy idiota.

Cuando finalmente me acompaña a casa, saco las llaves y las hago girar con lentitud entre los dedos, dándole margen para que diga algo, cualquier cosa, que justifique alargar este momento. Quizá, sus labios se decidan a hacer algo más que sonreír y logren calmar este deseo inesperado que se ha encendido en mí sin permiso recientemente. Pero, una vez más, me planta un beso en la mejilla y se marcha, deseándome buenas noches. Me quedo a cuadros. ¡Estaba convencida de que me propondría subir! Que yo recuerde, eso suele ser el final de la mayoría de las segundas citas... al menos de las que van bien. Y esta ha ido bastante bien. Mejor que bien, diría yo. A ver, no había fuegos artificiales a nuestro alrededor, pero algo de química sí que se notaba. Quizá Borja sea de esos que prefieren no correr, que quieren hacer las cosas bien. Sí, debe de ser eso. Es que es perfecto.

Durante las siguientes semanas nos vemos en el trabajo y, algunas tardes, al terminar, quedamos para tomar un helado. Hablamos de pacientes, de noticias médicas, de libros, incluso de planes a largo plazo. Todo fluye con naturalidad. Y, sin embargo, mientras le escucho con toda la atención posible, hay una parte de mí que divaga, que se va a otra voz más caótica, a otra risa, a otra mirada menos adulta, con una energía distinta. Borja representa exactamente lo que siempre he dicho que buscaba. Pero nos está costando atravesar esa delgada línea que separa el cariño de la piel.

Quizá el problema sea que, después de tanto tiempo, ya no sé distinguir lo que deseo de lo que me conviene.

CAPÍTULO 18

—Pásame la crema, por fa —me pide Maca, tumbada en su hamaca bajo la sombrilla. Como buena dermatóloga, no deja que le caiga ni un rayo de sol sobre su piel blanca y nívea, y se embadurna en protector solar cada diez minutos, pese a estar a la sombra. Es alucinante.

Yo también estoy concienciada con los riesgos de la exposición solar, en serio, pero este año —no sé por qué— me apetece ponerme morenita. Estoy harta de parecer un fantasma y de que nada me quede del todo bien. Así que he decidido que, ahora que por fin ha llegado el verano, me dé un poquito el sol. A ver si

Sofía me pasa algo de su tono canela, que la muy cabrona ya está negra como el betún. Como todos los años.

—O te pones crema o te vas a achicharrar —añade Maca, sin moverse ni un centímetro de su sombra. Y tiene razón, pero hoy he decidido arriesgar la vida por un poco de color.

—Macarena, por el amor de Dios —espeta Sofía—. ¿Quieres salir de la cueva esa que te has montado? ¡Pareces un vampiro! De verdad, estáis más blancas que las paredes del hospital. Deberíais hacéroslo mirar.

—Oye, que yo este año estoy morena. Mirad. —Me levanto un poco la tira de la braguita con todo el orgullo del mundo—. ¡Hasta tengo la marca del bikini!

La raya blanca destaca impecable sobre mi piel. Sé que es una tontería, pero me hace ilusión. Normalmente no se me suele notar nada.

—Tienes razón, Ceci. Enhorabuena, has rejuvenecido diez años. Dale las gracias al vecino ese que te pone cachonda, que es la primera vez que te veo motivada a estar sexi.

—¿Cómo, cómo? ¿Tu paciente? ¿Qué pasa con él? —salta Maca, incorporándose en la hamaca con ímpetu mientras se retira las gafas de sol.

—Nada, tía. Que como a Sofía le parece que está bueno, ahora nos tiene que gustar a todas.

—A ver, chati —interviene Sofía con tono socarrón—, que os vi en la fiesta de su empresa. No quería decir nada porque sé cómo te pones, pero ahí había tensión sexual no resuelta. Y dado que con el pediatra no pareces avanzar, igual deberías empezar a... resolverla.

—¿Pero a ti te gusta ese chico? —pregunta Maca, confundida.

—Pues claro que no.

—¿Y qué pasó en la fiesta?

—Que estaban muy acarameladitos. Parecía que iban a follar ahí mismo.

—Para nada —digo, alzando las cejas—. Lo que pasa es que iba un poco pedo y él es un tiracañas. Hubo un momento en que bailamos más cerca de lo normal, vale, pero nada más. De hecho, me fui porque me aburría.

—Te fuiste para no tirártelo, bandida.

—¿Pero cómo se lo va a tirar? Si es un chaval, y encima es su… —Maca no consigue terminar la frase, porque Sofía la interrumpe.

—Sí, su paciente, ya me ha quedado claro. ¿Y qué más da? ¿Hay alguna ley que prohíba que se líen o qué?

—A ver, legalmente no pasa nada, pero éticamente…

—Éticamente, mis ovarios. Menuda tontería.

—Pues a mí me parece una línea inquebrantable —continúa Maca, en su debate con Sofía. Yo prefiero abstenerme de opinar. Diga lo que diga, voy a salir mal parada. Sofía gesticula imitando a Maca como si dijera "pamplinas", y así siguen enzarzadas un rato.

—Ceci, si te apetece tener algo con él, ¿por qué te frenas? —insiste Sofía—. ¿En serio es solo porque es tu paciente?

—Es que no me apetece. Qué pesada.

—¿Por qué lo niegas? ¿No vas a reconocer que te gusta un poquito? Te conozco como si te hubiera parido.

—A ver... Es cierto que desde que cené con él ya no me parece un tío tan bandarra. Y que está bueno. Pero no tiene ni treinta años, lo tengo en mi cupo de la consulta, es mi vecino... y yo ahora mismo estoy buscando algo estable en mi vida como para confundirme con estos líos. Prefiero ni planteármelo. No tengo tiempo para volver a colgarme de algo sin futuro. No otra vez.

—¿Cenaste con él? ¿Cuándo? —Maca no da crédito.

—Hace tiempo. Un día que me ayudó a montar un mueble y se nos hizo tarde. No os lo conté porque no me parecía relevante.

—¿Ese fue el día que os pusisteis *stoned* perdidos?

—¿Eso qué leches es? —pregunta Maca con tono de abuela. Yo, sinceramente, tampoco lo tengo muy claro.

—Colocados, hija mía, colocados. ¡Que tu amiga y él se fumaron un porro!

—¿Qué, quéee? —grita Maca, atragantándose con la indignación.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Sofía se empieza a descojonar.

—Me lo contó Sebas. Estaba esperando a ver si nos contabas algo, pero te lo tenías bien calladito, perra. ¡A ver cuándo te fumas uno con nosotras!

—Conmigo no contéis. Paso de drogarme como una yonqui.

—Lo sé, tía —contesto—. ¿Cómo te crees que me sentía yo al día siguiente?

—Ay, de verdad. Sois muy pardillas —dice Sofía, con los ojos en blanco—. Mira, Ceci, si no te interesa Eduardo, genial. Pero que sea porque de verdad no quieres. Que él está como loco contigo.

—No te preocupes por mí —respondo, absteniéndome de preguntar nada más al respecto. Prefiero no ir por ese camino—. Ahora mismo busco algo serio y creo que Borja podría ser el elegido. Solo que vamos conociéndonos poco a poco. ¿Un bañito?

Me levanto de la toalla llena de arena y salgo corriendo hacia la orilla. Estoy sofocada y necesito sumergirme. Mis amigas me siguen y nos metemos al mar, donde seguimos cotilleando como cotorras.

Sofía nos habla de su vida sexual, muy activa desde que queda con Sebas. Ya han repetido varias veces, aunque insiste en que "es solo físico" y que "Sebas es puro fuego latino". Yo no sé, pero le veo algo en la mirada que no cuadra con lo de "solo pasión". De todas formas, prefiero no decir nada. La conozco. Como se dé cuenta de que puede enamorarse, no lo vuelve a ver. Así de tozuda es Sofi.

Me meto a la ducha y dejo que la arena y la sal resbalen por mi espalda junto al agua fresca, absorta en mis pensamientos. ¿De dónde se habrá sacado Sofía eso de que Edu está como loco por mí? Seguro que me ve como una vieja. Vale, que solo le saco cinco años, pero en este momento de nuestras vidas eso parece un abismo. Él

está en modo fiesta, empezando su carrera profesional, descubriendo qué quiere en la vida… y yo estoy en otro canal. Incompatibles. Borja, en cambio, está en total sintonía con mi momento. Aun así, no me ha besado todavía. ¿Será que no le gusto? Pero entonces, ¿por qué no para de proponer planes? No me había tomado tantos helados en un verano en mi vida. Recuerdo que en una ocasión comentó que el sexo lo complica todo, que es mejor esperar, saber lo que sientes y, luego, ya... pasar a mayores. Me encantó esa forma de ver el amor. Tan profunda. Tan auténtica. Pero, jolín, creo que ya se está pasando un poco. Que yo seré todo lo anoréxica sexual que Sofía diga, pero empiezo a necesitar un poco de cariño... físico. Hablamos un montón, me da las buenas noches casi todos los días y me manda fotos de casi todo lo que come. Yo diría que ya estamos listos para pasar a la siguiente fase.

Me seco con la toalla y me miro al espejo. Ostras, ¡estoy supermorena! ¡Qué fuerte! Me quedo hipnotizada mirando mi reflejo y, no sé, por primera vez en mucho tiempo, me veo bien. Me veo guapa, sexi. Mis pechos pequeños pero firmes están blancos como la pared, pero la barriga, bastante planita de hacer tantos abdominales, está marrón marrón. Increíble. Y mis piernas, que no es que sean precisamente de infarto, parecen más delgadas gracias

al moreno. Brutal. Antes me veía más gorda porque estaba más blanca. Resulta que solo tenía que achicharrarme un poco, como dice Maca, para empezar a gustarme. Ay, madre... mañana mismo le pido que me revise todos los lunares.

Después de la ducha, me siento un rato en el escritorio a revisar las últimas publicaciones sobre el manejo de la diabetes, tan común en mis pacientes. Han salido nuevas guías de práctica clínica y tengo que ponerme al día. Su riesgo cardiovascular es altísimo y es importante tratarlos correctamente para implementar la prevención primaria antes de que sea demasiado tarde. Una vez que termino de leer y anotar los puntos clave en mi cuaderno de la consulta, me dispongo a ponerme el pijama cuando recibo un wasap:

<< El Mejor Vecino del Mundo: Tengo la mejor lasaña del mundo. ¿Cenamos? >>

Bua, ni de coña. Mejor ceno yo aquí, tranquila, con alguna peli y sin líos. Mientras pienso cómo decirle que paso, me llega otra notificación:

<< El Mejor Vecino del Mundo: No te asustes, que la ha hecho mi madre >>

Abro la nevera. Huevos y brócoli. Otra vez. Últimamente estoy intentando controlar mi dieta para compensar los helados de pistacho y stracciatella que me toca comer cada vez que quedo con Borja. Edu adjunta una foto del táper con la lasaña de su madre. Tiene una pinta brutal.

Sopeso mis opciones. No debería quedar con él. No tiene ninguna finalidad más que perder el tiempo con un chico que no me aporta nada.

No sé qué pensaría Borja, aunque, técnicamente, no tenemos nada claro aún. Además, no es como si hubiera intención de nada. Es mi vecino. Los vecinos a veces comparten comida... ¿no?

Evoco la fiesta de su empresa y... uff, no, mejor no voy. Aunque, pensándolo bien, tenemos tan poco en común que no hay riesgo. Solo es cuestión de no estar borrachos para no hacer tonterías. Mientras esté en mis cabales, no hay peligro.

Le contesto con una foto de mi brócoli y escribo:

<< Yo: Vale, va. Tiene mejor pinta que mi cena. >>

Edu responde con un emoticono de guiño y me dice que me pase cuando quiera. Rápidamente, me quito el pijama y me pongo un vestidito blanco de tirantes, muy veraniego. Mi vecino es tan rata que seguramente ni siquiera tiene aire acondicionado. Me calzo unas sandalias y me cepillo el pelo sin deshacer del todo las ondas que se me han quedado al salir de la ducha. En verano siempre se me riza un poco la melena, de tanta playa y tanta agua. Menos mal que hace tiempo que no me la corto y ya me llega por los hombros, porque cuando la llevo recién cortada y se me ondula un poco, parezco una seta. Pero ahora... me queda bastante aceptable, la verdad. Casi si darme cuenta, me sorprendo a mí misma poniéndome las lentillas. ¿Pero qué hago? Si con las gafas estoy más cómoda. Bueno. Da igual. Ya me las he puesto. Me miro una última vez en el espejo. Confirmado. El verano me sienta bien. Salgo de mi piso y toco al timbre de Edu.

CAPÍTULO 19

—¡Guau! ¿Te has metido en una tostadora o qué? —Eduardo me recibe con su media sonrisa de niño travieso.

—Muy gracioso.

—Va, no te piques, que sé que te encanta. Si lo decía como un cumplido. Estás que ardes, en serio.

—Ahora no intentes arreglarlo, listillo. He estado en la playa hoy y puede que me haya pasado un poco.

—Bueno, mejor así que en invierno, que estabas muy blancucha.

¿Será posible? Menudo cabrón. Aun así, no sé cómo lo hace, pero consigue que me ría. Eduardo tiene esa habilidad: lo suelta todo con ese tono medio irónico, medio encantador, y con esa mirada risueña de la que es imposible no contagiarse.

Nos sentamos a cenar y me sirve un poco de la lasaña. En efecto, está espectacular.

—Tu madre es una gran cocinera.

—En verdad es pésima —se ríe Edu—. La lasaña es lo único que sabe hacer, pero le sale cojonuda.

—¿Y quién hacía la comida en tu casa cuando eras pequeño? ¿Tu padre?

—¿Mi padre? Por favor. Ese no sabe ni hacer un café. Lo hacía Graciela, la interna.

—¿Teníais una interna?

—Pues sí, una mujer increíble que prácticamente me ha criado.

Me quedo un rato en silencio, analizando los orígenes de mi paciente. Tener interna me suena a otro mundo, uno mucho más pijo de lo que habría imaginado para Edu. Es verdad que el apellido cuadra, pero… Observo la camiseta con calaveras, el piercing en la oreja, los vaqueros raídos y las zapatillas desgastadas, y luego miro

la cajita de marihuana que guarda en la estantería, al fondo del salón, estratégicamente mal escondida. Nunca habría pensado que viniera de alta cuna.

—¿Qué pasa? ¿No habías oído la figura de la interna o qué?

—Sí, claro, aunque nunca había conocido a nadie que hubiera tenido una. Tu familia debe de estar muy bien posicionada.

—Pues sí, lo están, aunque ya te digo que eso no es garantía de nada… Ojalá me hubiera criado más mi madre y menos Graciela. Pero la vida es como es y no podemos cambiarla, así que me alegro de que, al menos, ella pudiera enseñarme algunas cosas.

—¿La empresa de tu padre va bien, entonces?

—Sí, él es muy bueno en los negocios y cada vez va mejor. Aunque a mí no me da muchas responsabilidades, y veces me trata de una forma… no sé, diferente al resto. Y no precisamente mejor. Supongo que no termina de confiar mucho en mis capacidades… Pero, en general, estoy contento allí y los compis son la hostia.

—Bueno, eres joven, ya irás medrando. Seguro que, si tu padre ve que te lo curras, poco a poco te dará tareas de mayor responsabilidad. Es así como funciona todo. Si trabajas bien, pues mejoras.

—Sí, por supuesto. Solo que no he sido precisamente un hijo ejemplar, les he dado bastantes disgustos a lo largo de la vida y eso cuesta de compensar. No todos hemos sido alumnos responsables como tú.

—Yo he sido muy repelente —comento con una risa tímida—. Siempre la empollona de la clase. Hasta que llegué a Medicina, claro. Ahí eso era lo normal. Pero ni siquiera así fue suficiente para mis padres. Así que tampoco creas que ha sido un camino de rosas.

—Bueno, pues brindemos por ello y cambiemos de tema. Ya está bien de hablar de la familia.

Me sirve un poco de vino en la copa y brindamos alegremente:

—Por la mejor lasaña del mundo.

Nuestras copas chocan en el aire con un leve tintineo y, durante un segundo, me olvido de que haber venido podría no ser buena idea. Me lo estoy pasando bien.

Seguimos charlando durante toda la cena: películas, series, música... Cualquier tema vale. No hay silencios incómodos, ni momentos forzados. Al contrario, es como si pudiéramos estar así durante horas, sin que se nos agotaran las palabras ni las ganas. Le cuento algunas cosas sobre mi trabajo, sobre ser médico y todo lo

que conlleva, situaciones divertidas con algunos pacientes y también los momentos dramáticos que a veces vivimos cuando las cosas no salen bien. Edu me escucha en silencio, muy atento, como si le hablara desde otro planeta.

—Me flipa todo lo que haces. En serio, admiro muchísimo tu trabajo y creo que tiene mucho mérito la paciencia y la dedicación que requiere. Eres la tía más inteligente que conozco.

—Pues claro que no, solo hay que ser trabajador. Y echarle horas de estudio.

—Qué va, eso lo dices así porque estás acostumbrada a ser tú. Pero te aseguro que no todo el mundo puede llegar a donde tú has llegado.

—No ha sido para tanto, en serio… Tampoco soy tan lista, si lo fuera, me iría mejor en muchas otras cosas, te lo aseguro…

—Me parece que no eres consciente de lo buena que eres. Créetelo, por favor, porque es la verdad.

Me emociono levemente al oír sus palabras. Sé que ser médico tiene su prestigio y que la gente puede admirar nuestro trabajo, pero nunca había sentido que fuera nada del otro mundo, ni que tuviera que estar especialmente orgullosa de estar donde estoy. Simplemente, es el camino que elegí. Punto. Pero sus palabras, no

sé, me hacen sentir bien, poderosa. Como si, por fin, empezara a ver que no lo estoy haciendo tan mal en la vida.

Lo cierto es que Marc siempre me decía cosas como que era una empollona, o que no tenía vida más allá de la medicina, que no sabía hacer otra cosa, que si muy lista para esto, pero muy torpe para lo otro… Viéndolo ahora en retrospectiva, Marc era un completo imbécil. ¿Cómo no me di cuenta a tiempo?

—¿Qué pasa, Ceci? ¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, no, para nada… Todo lo contrario. Nunca me habían dicho algo tan bonito.

—No jodas. Pero si no he dicho nada bonito, solo he dicho la verdad. ¿Con qué clase de gente te juntas? —Edu se ríe con inocencia mientras me mira con sus ojos verdes, en los que me quedo perdida durante una milésima de segundo que termina antes de lo que quisiera, cuando me rellena la copa de vino.

—Bueno, ¡pues brindemos porque te acabas de dar cuenta de que eres la puta ama!

Tras un alegre *chin-chin*, la conversación fluye durante un buen rato más entre copita y copita, aunque esta vez con cabeza, que no quiero liarla. Hasta que, sobre medianoche, Edu me sorprende con que tiene que irse.

—¿A dónde vas a estas horas?

—Es que algunos sábados trabajo en un club.

Ay, ay, ay. Que trabaja en un club. Me lo imagino como esos que te pasaban en lista en las discotecas y que repartían *flyers* cuando estábamos en los primeros años de la carrera. Los RRPP: relaciones públicas. Madre mía, si es que es un chiquillo. Y yo aquí, cenando con él.

—Verás, aparte del trabajo en la empresa, desde siempre me ha gustado lo de ser *DJ*. Ahora ya casi no lo hago, pero hoy justo me han llamado para ir un rato a pinchar en la fiesta de Romero, un colega, por sus treinta, y no podía negarme. ¿Me acompañas?

—Uy, sí, hombre, ¿qué pinto yo ahí? Qué va, qué va. Yo me voy a dormir.

Me levanto del sillón y me doy cuenta de que voy un poco piripi. Lo último que me apetece es dormir.

—Va, no seas tonta. Te prometo que te va a encantar. Puedes quedarte conmigo en la cabina. Está muy guay.

Edu pone música reguetón en un altavoz.

—¿A que ahora ya te apetece más?

Es cierto que la música automáticamente me anima.

—Yo es que no soy muy de reguetón —le digo—. Prefiero David Guetta o grupos que seguramente ni conozcas.

—¿Perdona? ¿No te estoy diciendo que me dedico a la música? Conozco todos los grupos, incluso esos de abuela que te gustan.

Entre carcajadas, cambia la música y pone "Emborracharme", de Lori Meyers. Ay, me encanta esa canción. Sonrío sin poder evitarlo. Entonces, con un gesto exagerado y un brillo travieso en los ojos, se planta en medio del salón y empieza a bailar como si estuviera en un escenario improvisado, sosteniendo su copa de vino a modo de micrófono. Me hace gracia. Me hace mucha gracia. Empieza a cantar en voz alta, desafinando aposta, mientras me lanza miradas cómplices para que me una. Yo me resisto, claro, me siento ridícula… pero poco a poco su entusiasmo me va contagiando. Cuando se me acerca y me extiende la mano, no puedo negarme. Me levanto, algo tímida al principio, pero en cuanto damos los primeros saltos sincronizados y entonamos juntos el estribillo, se me va pasando la vergüenza.

—Fluye, Ceci, fluye —me dice él.

Y yo fluyo. Me río, me muevo, canto. Cierro los ojos un segundo y me siento ligera, como si estuviera bailando en casa con

mis amigas. Cuando la canción termina, aún con la respiración entrecortada, vuelve el reguetón a sonar en el altavoz.

—Va, no me digas que no te apetece venirte ni un poquito. ¿En serio te vas a ir a dormir así, ahora?

—Está bien, te acompaño, pero solo un rato. Y porque tengo curiosidad de ver cómo es la mesa esa de las mezclas, o como se llame.

Edu se descojona al oírme, por lo visto no se llama así, o nadie lo llama así, o yo qué sé. No tengo ni idea de ese mundo.

—¡Toma ya! Pues cojo dos cascos entonces.

—No pensarás subirme a una moto.

—Pues nada, nos vemos allí, tú vas andando.

—¿Dónde es?

—Está cerca, a unos diez minutos en moto. Cuarenta y cinco a pata.

Me quedo un rato dudando sobre qué hacer. Nunca me he subido a una moto, ni pensaba hacerlo, me da mucho respeto. Entretanto, Edu me coge de la mano y me lleva hasta el garaje.

Me aprieto el casco todo lo que me permite mi diámetro cefálico y nos subimos a su moto, que arranca con un rugido leonino. Cierro los ojos con fuerza, acojonada. ¿Qué estoy haciendo?

Pienso en Sofía aplaudiéndome y diciéndome que por fin hago algo divertido y en Maca santiguándose, preguntando que si se me ha ido la pinza. Y me da la risa. Es que son tremendas las dos. Abro los ojos y descubro a Edu mirándome por el retrovisor y sonriéndome. Acelera un poco y adelantamos a varios coches. Ay, ay, ay. Vamos tan rápido que estoy a punto de gritarle que pare, que esto es una auténtica temeridad, pero entonces noto el aire cálido del verano recorriendo mis brazos y mi pecho descubiertos y… joder, me siento libre. Cagada, pero libre. Como si estuviera a punto de morir... pero pasándomelo increíble. La vida a veces es de lo más impredecible: ¿quién me iba a decir a mí esta mañana que hoy tendría mi primer paseo en moto?

Aparcamos frente a un local discreto por fuera, pero por dentro… alucinante. Luces como espadas láser, humo, ritmo, bailarines… Electrificante.

Edu se para brevemente a saludar a varios chicos, mientras intentamos llegar a la cabina del *DJ*. Su turno empieza a la una, así que aún queda media hora. Cuando llegamos allí, me presenta a algunos conocidos suyos como "su amiga Ceci, la doctora". Prefiero no pensar en que eso indica que él es "el paciente" y que estoy cruzando varias líneas al dejarme arrastrar por él a estos lares.

Como somos VIP, en seguida nos sirven copas de una botella de champán que tienen ahí mismo. Estoy flipando. La música comercial inunda la estancia, mientras todo el mundo baila y salta con la excitación propia de la fiesta. Edu me coge y me da varias vueltas sobre mí misma. Saltamos y nos reímos cuando nuestras rodillas chocan con el movimiento.

Por fin llega la hora y Edu se prepara para darlo todo a los mandos. Había visto la cabina del *DJ* varias veces, desde abajo, claro, pero esto es otra cosa. Estar aquí es estar en el epicentro, en el núcleo de la fiesta. Aquí todo vibra diferente. Edu está en su salsa: se mueve con esa seguridad suya de "yo controlo" que me saca de quicio pero, a la vez, tan encantadora. Lleva los cascos puestos en una sola oreja, con esa pose de *DJ* auténtico y, de vez en cuando, gira la cabeza para mirarme con expresión divertida. Me pasa uno de los auriculares y me lo pongo. Joder. Ahora lo escucho todo todo, hasta los sonidos más profundos, los que no se distinguen normalmente. La música arranca con temas conocidos, comerciales, de esos que todo el mundo canta sea de la edad que sea. Yo estoy ahí, a su lado, bailando como si fuera parte del espectáculo. Edu, al verme emocionada, me mira y me guiña un ojo, con cara de travesura. Poco a poco, el ritmo se vuelve más oscuro,

más profundo, con temática más bien tipo "bienvenida al trance". El bajo se me mete por los tobillos y va subiendo hasta alcanzar mi abdomen. Es tecno, puro y duro, pero elegante, casi hipnótico. Ya no es para cantar, es para dejarte llevar. Para perder la noción del tiempo y del cuerpo. Y yo... me dejo arrastrar. No sé si es la música, el estar en lo más alto de la sala o él. O todo junto. O ese momento en que se acerca y me pone ambas manos en los hombros, riéndose de cómo estoy bailando. Huele tan… a él, que me hace querer besarlo y empujarlo a la vez. Estoy en su órbita, en su mundo. Y no me apetece salir.

Seguimos así durante, qué se yo, dos horas al menos, dándolo todo. Cada cierto rato me coge las manos y hace como si fueran ellas las que mezclan la música, mientras, abajo, la gente grita enloquecida a nuestro ritmo. Es fascinante. Al terminar la sesión, llega un tal Mauro, un chaval de unos escasos veinte años, con una gorra echada hacia atrás, la cara llena de piercings y varios tatuajes en los hombros que, cómo no, lleva descubiertos con una camiseta de tirantes. Tiene un aspecto de estos modernos estrambóticos que me hace mucha gracia. Intercambian algunas palabras, chocan las manos amistosamente y Edu se retira los

auriculares, para que Mauro le releve tras colocarse unos cascos enormes sobre sus orejas multiperforadas.

—Bueno, ¿qué te ha parecido, doctora *DJ*?

—¡Bua, ha sido alucinante! ¡Nunca había estado con un *DJ*! O sea, en su cabina, me refiero, claro…

Edu empieza a reír al verme tan azorada.

—Eres muy divertida, Guerrera. Me encantas —me susurra al oído.

Me ruborizo como una chiquilla al sentir sus palabras recorrerme el cuerpo. El tecno no para, ahora en manos de Mauro, sonando a todo volumen, golpeándome en el pecho y expandiéndose por mi espalda con su ritmo regular. Es raro, porque normalmente odio este tipo de música, pero en este momento me parece perfecta.

—Mira, Ceci, este es mi colega Romero, el cumpleañero.

—Yeeeeee —nos saluda su amigo, que claramente se encuentra en la cresta de la ola—. Treinta he cumplido hoy, tíos. Soy un viejaaaaaazo.

Intento no llevarme las manos a la cabeza para disimular lo que pienso, y brindamos con entusiasmo con el anciano de treinta años.

—Por cierto, Eddy, ¿un poco de magia?

Edu me mira con timidez, como esperando que diga algo.

—Anda, mira, pues sí que hay quien te llama Eddy —digo para salir del paso, porque no tengo ni idea de qué narices están hablando y no quiero quedar como una ignorante.

—¿Quieres probar algo nuevo, Ceci? Si no quieres, nada, ¿eh? Solo pregunto.

—¡Claro! Me lo estoy pasando genial, lo que queráis —contesto, emocionada. Seguro que soy la más mayor de aquí, pero ahora mismo parezco una universitaria de primero. Qué risa.

Edu y Romero se miran divertidos y se apartan un poco. Yo sigo bailando con los ojos cerrados, moviendo la cabeza al ritmo de los bajos, hasta que regresan al cabo de un rato.

—Toma, pero muerde solo la mitad. —En la palma de su mano me muestra una minúscula pastilla.

—¿Qué es eso? —pregunto confusa.

—Pruébalo, te va a encantar.

Me quedo anonadada hasta que estallo en carcajadas.

—¿Pero tú te has vuelto loco? ¿¡Eso son drogas!?

—Sí… pensaba que habías dicho que sí. No sabías de qué te hablaba, ¿no?

—No tenía ni idea, no.

Nos echamos a reír, mientras él cierra el puño alrededor de la pastilla mágica.

—Pues nada, déjalo. Joder, si lo llego a saber, no me la tomo ni de coña.

—¿Ya te has tomado una? —Ay, Señor… estos chicos están fatal de la cabeza.

—Sí, pensaba que lo haríamos los dos. Como querías probar cosas nuevas…

—Bueno, sí, pero sin morirme en el intento.

Edu suelta una risotada y me explica que, con la dosis tan baja que me iba a dar, jamás me pasaría nada y que, además, él cuidaría de mí.

—Aquí la médico soy yo, te lo recuerdo.

—Creo que en este campo me defiendo mejor, doctora. No me lo podrás negar. Bueno, olvídalo, vamos a bailar.

Me termino el champán de un sorbo y continúo fluyendo con la música. Pero no puedo dejar de pensar en qué se sentirá con la pastillita esa. Ay, ay, qué miedo. ¿Y si me da una taquicardia? ¿O me deshidrato a lo bestia? Uy, no, no, olvídate, Cecilia, por favor.

Imagínate que te tienen que llevar al hospital medio comatosa… ¡a tu propio hospital! ¡Me muero!

Aun así, no sé qué pasa con la música o con el ambiente… Miro a todo el mundo tan entregado que me da muchísima curiosidad.

—Va, dame un poquito. ¡Pero menos de media! Media es mucho.

—¿Estás segura?

—¡Pues claro que no! —grito para que me oiga, mientras me río, salto y bailo.

—Está bien, toma.

Con su mano, introduce la pastilla en mi boca, dejando su dedo índice sobre mis labios y deslizándolo después por mi barbilla hasta llegar al cuello.

—Bueno, ahora a bailar. Y se acabó el alcohol, ya solo puedes beber agua —me indica.

Suelto un gritito, emocionada y nerviosa.

—Tranquila, yo estoy contigo. No tengas miedo. Tú ahora déjate llevar y disfruta.

Sus palabras me transmiten una extraña seguridad, así que me relajo y vuelvo a cerrar los ojos hasta perder la noción del

tiempo.

Y vaya si la pierdo.

Menudo subidón.

Llega de golpe, como un huracán que me envuelve y me inunda de energía. Mi cuerpo se mueve solo, a todo gas, perfectamente sincronizado con los latidos del tecno. La sensación es indescriptible, verdaderamente mágica, y la noche se pasa en un suspiro. Qué bien me siento. Edu, igual de feliz que yo, me coge de la cintura y nos quedamos así durante segundos que probablemente sean horas. Empezamos a hablar de todo: de la vida, de la música, de la felicidad, del día en que nos vimos por primera vez… Es como si no existiera el más mínimo filtro entre nuestra mente y nuestra voz.

Creo que pasamos horas conversando, sin dejar de bailar alocadamente ni un solo momento, mirándonos fijamente a los ojos como jamás nadie lo ha hecho. Todo es tan intenso y, al mismo tiempo, tan nítido… Estoy en una nube, pero también me siento centrada, elocuente, ingeniosa. Es raro… y maravilloso.

Le explico que, cuando lo vi aparecer en la consulta, llegando tarde y con esa pachorra suya, no se me pasó nada bueno por la cabeza, y que me dio muchísima pereza tener que atenderlo. Edu se

ríe con sinceridad; dice que lo notó en cuanto entró. Y también que, en cuanto me vio, supo que yo era especial. De esas cosas misteriosas que uno siente muy de vez en cuando y que apenas puede explicar. Yo me río porque, para mí, fue completamente diferente. Sin embargo, reconozco que mi imagen de él ha ido cambiando, y que, al final, igual no era tan plasta como pensaba. Al revés: ahora mismo siento una conexión emocional brutal con él.

—No me puedo creer que estemos aquí ahora mismo, tú y yo. Esto es un sueño —me grita al oído, alzando la voz sobre la música.

—Yo no me puedo creer nada de lo que está pasando. Creo que me he vuelto loca.

—¿Y te arrepientes?

—Para nada.

Edu me observa, ahora serio, penetrante, intenso.

—La vida es demasiado corta como para no probar ciertas cosas, créeme.

—Ja, ja, ja. Qué sabrás tú de la vida, ¡si no has cumplido ni los treinta!

—Más de lo que me gustaría, por desgracia. Por eso sé que hay que disfrutar cada minuto, cada segundo, como si fuera el último. Y quiero hacerlo contigo.

Paso mis manos por detrás de su nuca y, poco a poco, acerco mi cara a la suya, sin llegar a rozarlo. Seguimos moviéndonos juntos, como si la tierra se hubiera detenido y no existiera nada más a nuestro alrededor. Nuestros cuerpos, pegados, se transmiten el calor, haciendo que, paradójicamente, un escalofrío me recorra la espalda, desde arriba hasta la cintura, y desde ahí, todo mi ser.

Eduardo roza mis labios con el pulgar y me estremezco. Joder, esto es increíble. Estoy tan feliz… y tan excitada. Entreabre la boca y la acerca a la mía, despacio, sin dejar de mirarme a los ojos. Con suavidad, besa primero solo mis labios, deleitándose en ellos, jugando con ellos, mientras yo me deshago por dentro, deseando absorberlo todo.

Entonces, su lengua se sumerge en mi interior, voraz, buscando la mía. Sedientos, nos fundimos y nos besamos como nunca antes había besado a nadie: salvajemente, haciendo que mi deseo no deje de crecer. Joder, ¿esto es real? ¿Está pasando? No sé si mañana me arrepentiré, pero ahora no quiero pensar.

De vez en cuando, interrumpimos los besos para seguir hablando, diciendo todo eso que, en otra situación, jamás nos atreveríamos a decir, aunque sea la más pura verdad que llevamos dentro.

Después de no sé cuánto rato, Edu me coge de la mano y me lleva fuera del club, donde nos subimos a un taxi que aparece de la nada y llegamos a casa. En el ascensor, seguimos besándonos y tocándonos por encima de la ropa hasta llegar a nuestro piso, como si fuera la primera vez que lo hacemos con alguien. Entramos en mi casa y lo llevo directo al salón, chocando contra las paredes mientras gimo en su boca. Enciendo mis velas de lectura y ponemos un poco más de música. No sabría decir lo que suena porque solo puedo concentrarme en su piel, en su olor y en todo su cuerpo. Lo lanzo al sofá y salto sobre él, completamente excitada. Poco a poco, nos vamos desvistiendo, con la naturalidad con que lo harían dos personas que se conocen desde siempre, sin vergüenza, sin pudor. Jamás he sido así, siempre me ha dado muchísimo corte quedarme en pelotas delante de los tíos, pero esta vez no me importa. Me siento sexi y seductora al ver cómo me mira con deseo. Le quito el calzoncillo y me quedo obnubilada al verlo. Ese cuerpo… lo quiero para mí, dentro de mí. Edu desliza su boca por mi barriga, sin apartar la vista de la mía, mientras enredo mis dedos en su pelo para que siga bajando. Y lo hace, besando cada centímetro de mi piel a su paso. Con cuidado, me abre las piernas sin dejar de acariciar mi vientre con las manos y sigue más allá, dándome

mordiscos suaves por el interior de mis muslos. Joder. Estoy empapada. Siento su nariz hundiéndose levemente en mí, y su lengua… me devuelve una sensación dormida desde hace mucho tiempo cuando acaricia mis zonas más sensibles. Me encanta ver cómo sigue lamiéndome, recorriendo con su boca el centro de mi deseo, buscando enloquecerme de placer. Le agarro del pelo y le pido que pare. Quiero aguantar. Con el dedo sustituye a su lengua y se recuesta sobre mí, volviéndome a besar con furia, haciendo que me retuerza.

—No sabes cómo me pones, Cecilia. Desde que viniste a tocarme la puerta aquella noche, tan enfadada, te juro que solo puedo pensar en ti cada vez que me toco.

—¿Piensas en… esto?

—Esto es aún mejor de lo que imaginaba. Eres una diosa.

Sigue masajeándome, entrando en mí con los dedos, haciendo que me derrita. Su voz ronca suena tan sexi, tan ardiente… Clavo las uñas en su espalda y le acaricio con la otra mano, intentando devolverle una mínima parte de todo lo que yo estoy disfrutando. Cada vez estoy más mojada, y él, más duro. Observo su cuerpo, tan perfectamente delineado que parece sacado de un manual de anatomía. Y su rostro... simplemente perfecto.

Seguimos besándonos, hambrientos. Cuando creo que ya no puede mejorar, se incorpora y se coloca entre mis piernas, rodeando mi cuerpo desnudo con sus brazos. Y, de una embestida, me penetra con cuidado pero sin dudar, y yo grito de placer al sentirlo dentro. Entra, sale y vuelve a entrar, cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Cierro los ojos, gimo y le ruego que no pare. Sus jadeos alimentan mi deseo y me levanto un poco hasta quedar sentada sobre él, a horcajadas, sintiéndolo aún más profundo. Con las manos agarra mis caderas, de adelante a atrás, sin parar. Todo es tan húmedo, tan intenso…

—Joder, Ceci… —susurra—. Eres deliciosa.

Le acaricio y le muerdo el lóbulo de la oreja, mientras él lame mis pezones, y pierdo la cuenta de los movimientos. Cuando ya no puedo más, con las manos rodeando su cuello, echo la cabeza hacia atrás y juntos cabalgamos hasta alcanzar el momento álgido en que la electricidad recorre cada una de nuestras terminaciones nerviosas, liberando toda la dopamina que nos quedaba en el cuerpo.

Nos quedamos en silencio, con la respiración aún desacompasada y los cuerpos pegajosos. Me tumbo con la cabeza apoyada en su hombro, y él me acaricia la espalda con esos dedos

que hace diez minutos estaban en sitios que no voy a nombrar ahora mismo.

Necesito procesarlo. Todo. Respiro hondo. Intento razonar. Mala idea. Razonar no es compatible con estar colocada y desnuda encima del vecino.

Ay, Dios. ¿Pero qué he hecho? ¿Estoy loca? ¿He perdido la cabeza? Vale. Calma. A ver. Repasemos. He salido con Eduardo, he ido a una fiesta tecno, he bailado en una cabina de DJ, he tomado una droga recreativa de procedencia incierta, me he desnudado como una ninfómana y me he acostado con él como si fuera el último hombre sobre la Tierra. Y lo peor de todo es que ha sido… absolutamente increíble. O sea, que genial, Cecilia. Lo has bordado.

—¿Estás bien? —me pregunta Eduardo, con la voz más dulce del mundo, como si no acabara de empotrarme contra el sofá.

—Mmm… No lo sé. Probablemente me arrepienta mañana, pero ahora mismo solo puedo pensar que ha sido la mejor mala decisión de mi vida.

Él se ríe, me besa la frente y se da la vuelta. Yo cierro los ojos y, conforme todo baja, me voy quedando dormida.

CAPÍTULO 20

El teléfono suena sin cesar, con una vibración que me resulta muy molesta. ¿Qué hora es? Uff, no puedo con mi vida, estoy agotada. Solo quiero seguir durmiendo. Aunque con el calor que hace… imposible.

Como puedo, cojo el móvil del suelo, miro la pantalla y veo diez notificaciones de WhatsApp y doce llamadas perdidas, algunas de Sofía y otras de Rosario. Mierda. ¿Qué día es hoy?

Empiezo a leer los mensajes en los que preguntan como locas que dónde estoy, que están en el restaurante esperándome para comer. No entiendo nada. Trato de orientarme en tiempo y espacio,

y poco a poco, las cosas van reordenándose en mi cabeza. Joder, que es domingo. Que habíamos quedado en el sitio del *poke*. ¡Y ya son las tres de la tarde! Mierda, mierda, mierda.

Me incorporo en el sofá —¿por qué demonios he dormido en el sofá?— y me topo de frente con un culo perfecto. Vale. Ya me acuerdo. Eduardo. Desnudo. Durmiendo a pierna suelta en mi salón como si fuera lo más normal del mundo. Madre mía, Cecilia. Tú has perdido el norte. Eso sí, me lo pasé tan bien anoche… ¡Pero que me drogué! Ay, ay, ay. ¡Soy una drogadicta! Bueno, esto es una fase… Ya está. Lo hecho, hecho está. Y fue increíble. A ver, no voy a volver a hacerlo, ni de coña… pero es cierto que fue bastante guay. Nunca había sentido esa euforia, esa sensación de bienestar. Es algo único.

¿Que estoy un poco loca? Pues sí. ¿Que creo que fue una buena experiencia? También. ¿Que mejor no se lo cuento a nadie porque parece que me hayan abducido el cerebro? Obvio. Pero bueno, he de decir que me alegro de haberlo probado. Edu tiene razón, la vida es muy corta y hay que aprovecharla. Sin pasarse, claro. Que todo tiene un límite.

Edu. Eduardo. ¿Qué narices hago ahora con él? Esta ahí dormido, tan plácidamente. ¿Y Rosario y Sofía? ¿Qué les digo? Jamás he llegado tarde a nuestra comida dominguera y, desde

luego, nunca las he dejado plantadas. Joder, si es que las drogas… están guays, pero mira cómo le arruinan la vida a uno… Qué mal, qué mal… A ver cómo me las apaño ahora.

Le mando un mensaje a Sofía diciéndole que lo siento muchísimo, que me he quedado dormida pero que estoy bien, que hagan marcha. Es que no tengo fuerzas ahora para ir. Y no quiero ni mirarme la cara, debo de tener unas ojeras… Además, me duele todo.

Me responde indignada que no se lo puede creer, que qué hago durmiendo a estas horas, me dice, que menudo susto llevaban, que estaban a punto de venir a mi casa a buscarme… Si es que las tengo muy bien acostumbradas.

Me acurruco en el sofá, confusa. ¿Y Borja? El hombre bueno, sensato, con los cafés descafeinados y las conversaciones inteligentes. El que no me ofrece pastillas, sino meriendas y cócteles en *rooftops*. ¿Se supone que esto estaba permitido? ¿Debería sentirme culpable? ¿Se puede ser infiel con alguien si ni siquiera lo has besado?

Vale, respira. No es que hayas engañado a nadie. Técnicamente. Moralmente... bueno, moralmente es otra historia. Y

ahora mismo no estoy capacitada para pensar en todo eso, así que mejor me meto a la ducha.

Intento hacer bastante ruido para despertar a mi vecino, a ver si hay suerte y cuando salga se ha ido a su casa, que me muero de la vergüenza ahora mismo. Bajo el chorro de agua, empiezo a repasar la noche de principio a fin, desde la cena, hasta la discoteca y nuestro final feliz en el sofá. Vaya tela. ¿Esa era yo? Madre mía, nos dijimos de todo, hablamos durante horas… Y el sexo fue… otro nivel. Yo, que nunca me había acostado con alguien que no fuera mi novio, y ahora pienso en las guarradas que hice anoche… o peor… ¡las cochinadas que dije! ¡Qué corte, por favor! Lo más fuerte es que en ese momento me daba igual, me parecía maravilloso todo. Vaya tela, aún no me lo creo.

De pronto, siento unas manos en mi espalda.

—Buenos días, doctora. Qué madrugadora eres.

¿Pero qué hace? Edu se cuela en la ducha conmigo, completamente desnudo, esta vez sin rastro de sustancias tóxicas en el cuerpo que alteren nuestros neurotransmisores. Me quedo paralizada, sorprendida, mientras sus labios encuentran mi cuello y me acaricia los pechos con sus manos suaves. Poco a poco, vuelvo a sentir cómo todos mis miedos se disipan. Me doy la vuelta, y sin

pensar demasiado, me dejo llevar hasta perdernos otra vez, cubiertos de espuma y pasión.

Cuando vuelvo a la habitación, me encuentro un mensaje de Sofía:

<< Sofía: A ti te pasa algo y no me lo quieres contar... >>

Le contesto con varios *stickers* y, cuando veo a Edu entrando en el cuarto, con la toalla envolviendo la cintura de su cuerpo de revista, le escribo un breve "ya hablaremos". ¿Soy yo o este chico cada día es más guapo? Me miro en el espejo de mi dormitorio, con miedo a ver mi aspecto en comparación con el suyo, pero reconozco que no me veo tan mal como esperaba. Parece que el sexo y la ducha han compensado los estragos de la droga.

—¿Pues sabes qué? —interrumpe Edu mis pensamientos—. Llevo un tiempo con dolor de rodilla cuando salgo a correr. ¿Tú podrías mirármelo? ¿O pedirme una radiografía o algo así?

Ay, no. No. No. No. Por un momento me había olvidado de nuestra relación médico-paciente. Pero su pregunta me cambia el chip al instante. ¿Cómo la he podido liar tanto? Siento un calor que

me sube por el pecho e inunda mi cara, que esta vez nada tiene que ver con la excitación sexual.

—¿Estás bien?

—Madre mía, Edu, ¿pero qué hemos hecho? Si eres mi paciente, ¿cómo se me ocurre acostarme contigo? Joder, esto está mal, muy mal…

—Ceci, tranquilízate, que no es para tanto. ¿Qué más da?

—Claro que sí, como alguien se entere… Seguro que me echan.

—¿Pueden echarte por eso?

—Bueno, no… o sí… ¡no lo sé! Pero sé que no está bien. Esto no puede repetirse.

—¡Pero si lo hemos pasado increíble! Sería un pecado no repetirlo. —Eduardo se acerca a mí con la sonrisa ladeada e intenta abrazarme con delicadeza, pero yo me escabullo y empiezo a vestirme lo más rápido que puedo.

—Lo siento, Edu, pero esto ha sido un error. Y no volverá a pasar. Por favor, vete.

Él me mira con cara confusa, sin entender mis palabras. Parece dolido, pero tampoco se lo piensa mucho. Coge sus cosas y se dirige hacia la puerta.

—Yo sí que lo siento —dice mientras la abre—. Creo que te equivocas. Ayer vi a una Cecilia capaz de superar todos sus miedos, pero supongo que era cosa del momento.

—¿Me estás llamando aburrida? —No puedo evitar alzar la voz, ofendida.

—Pues claro que no, aquí la única que te llama aburrida eres tú misma. Yo creo que eres la hostia. El problema es que tú no quieres verlo.

Y así, sin decir nada más, sale de mi casa dejándome con cara de idiota y envuelta en un auténtico torbellino.

Me quedo un rato a medio vestir, sentada en el borde de la cama, sin saber bien qué pensar de todo esto. Acabo de echarlo de mi casa, así, sin más. Me da pena, realmente se le veía decepcionado. Pero probablemente haya sido lo mejor. Una cosa es hacer alguna locura de vez en cuando, y otra muy distinta, es no tener los pies en la tierra. No puedo volver a dejarme llevar de esta manera. Ya lo he probado y ha sido genial, pero se acabó. No pienso engancharme a algo sin futuro. Porque, si quiero avanzar, no puedo dejarme arrastrar por el camino de las drogas y el sexo desenfrenado.

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada, mirando al vacío. Pero sé que si me quedo más tiempo en casa voy a terminar volviéndome loca con las voces de mi conciencia y no estoy preparada para eso. Así que me visto, agarro la bolsa de tela y me voy al súper. A comprar víveres... y dignidad, si es que queda algo.

Como esto es lo único que puedo controlar en este momento, acabo haciendo la compra para toda la semana. Muy bien, Ceci, previsora. Me dispongo a pagar en la caja, cuando una voz conocida me hace congelarme.

—¿Cecilia?

Me giro y me quedo muerta. ¿En serio? Ahí está Marc. Sí, Marc, el cabrón que me dejó por aburrida y se fue con otra, mandando mi autoestima al suelo. La persona que más daño me ha hecho en la vida y también aquel a quien más he querido. Y ahí estoy yo, con una bolsa de lechuga en la mano, el corazón detenido y la serotonina inexistente. Nunca pensé que el pasado pudiera ser tan inoportuno.

—Hola, Marc… Cuánto tiempo. ¿Cómo estás? —Intento aparentar normalidad hasta que veo que, detrás de él, se asoma ella. Ella, la que me suplantó. La que le gustó más que yo. Pero no

solo eso, no. Hay algo más. Algo que me deja sin respiración, que se clava en el centro de mi alma como un puñal bien afilado—. ¿Ese… ese bebé… es…?

—Eh, sí… Es Marc *junior*. Mi hijo. Tiene cinco mesecitos.

Joder. Intento echar cálculos, pero me cuesta horrores concentrarme. A ver, si lo dejamos hace dos años y hay un bebé de cinco meses en ese carro… ¡No tardó ni un año en preñarla! Yo aquí probando drogas de diseño, echando un polvo intergeneracional con un paciente, sin rumbo a nada, y él, siendo padre modelo. Estupendo.

—Enhorabuena. Me alegro de que te vaya tan bien —miento.

—Gracias. ¿Tú cómo estás? Sigues viviendo por aquí, ¿no?

—Sí, donde siempre.

—Nosotros hemos venido porque mis suegros también son de este barrio. Qué coincidencia, ¿verdad?

—Inaudito.

Nos quedamos en silencio, mientras la otra hace como si no me hubiera visto, fingiendo estar ocupada con su bebé. Qué momento tan incómodo. Hacía muchísimo que no me encontraba con Marc, de hecho, soñaba con no volver a verlo nunca más, pero desde luego jamás hubiera imaginado un encuentro como este. No

consigo seguir fingiendo, así que solo me queda agarrar la bolsa con firmeza y salir de allí lo más erguida posible, como si tuviera una vida maravillosa, intentando que no vean mis ojos humedecidos.

¿Marc es padre?

¿En serio?

Joder. Tengo que volver a quedar con Borja. Necesito un adulto que ponga orden en mi vida cuanto antes.

CAPÍTULO 21

Llevo una semana huyendo de mí misma. Y de mis amigas. Especialmente de mis amigas. No contesto a los wasap*s*, ignoro sus llamadas, y hasta he considerado fingir que me han secuestrado para desaparecer del mapa. Por las mañanas, evito bajar al café para no encontrarme con Maca, alegando que llevo retraso en la agenda. Y sí, puede que también haya evitado cruzarme con Borja, aunque él no tenga culpa de nada. Pero es que verlo me da cargo de conciencia. Que no somos nada, lo sé, pero… ¿no éramos algo? La verdad, ni lo sé… Solo sé que no quiero ver a nadie. Y que no puedo decir en voz alta que me drogué, que me metí en la ducha

con mi paciente y que, posiblemente, fue la mejor noche de pasión de mi vida. Porque, si no lo digo, ¿existió?

Pero, joder… Mi cuerpo sigue recordando cada puñetero segundo… Y sin embargo, cada vez que me acuerdo, me entra una culpa que me retuerce el estómago. Me siento como una médica sin ética… sin profesionalidad alguna. ¿Cómo pude hacerlo? ¿Y cómo pudo haber sido tan… brutal? Fueron las drogas, está claro. Me dejé llevar por la química y ahora me he quedado con secuelas. Secuelas que me generan *flashbacks* constantes de aquella noche, aquella maldita noche en que me salté todas las normas establecidas hasta ahora en mi vida y en que, a la vez, sentí el mayor placer que existe en este mundo. Cómo nos reímos. Y cómo lo hicimos. Fue de película, aunque no de las de la sección normal. Más bien de las de la sección prohibida del videoclub… Ay, por Dios, qué abuela soy. Seguro que Edu ni recuerda los videoclubs…

Y por si no tuviera suficiente, lo de Marc. Con su novia. Y con un bebé, joder. ¿Cómo es posible? ¿Tan rápido? Me quedé petrificada, sinceramente. Y no por él, porque, a decir verdad, verlo no me removió ningún tipo de sentimiento, y eso me tranquiliza. Está superado. El problema es que verlo ahí, siendo padre, con su esposa perfecta y su vida de ensueño… solo me recuerda lo que yo

alguna vez creí que sería mi futuro. Ya no siento amor, no. Pero sí envidia. Mucha envidia. ¿Por qué para mí es tan difícil? ¿Qué hago yo mal? Bueno, muchas cosas, desde luego… Liarme con quien no toca, esquivar a mis amigas y esconderme detrás de mis gafas para no enfrentar la realidad.

Al final, como era de esperar, sucede. Termino cruzándome con Borja justo en un momento en que estoy saliendo de mi consulta. Prácticamente nos chocamos, así que no tengo escapatoria. Se le ve tan... Borja. Tan bien. Me hace un gesto con la cabeza y me sonríe con alegría.

—¡Hombre! La doctora fantasma —me dice con su humor sencillo, sin rastro de reproche.

—¡Borja! ¡Perdón! He tenido unos días... intensos —respondo, como si hubiera estado ocupada con gestiones adultas y no recuperándome de una maratón emocional.

—Se nota, se nota. Te hemos echado de menos abajo —añade con un tono tan amable, que me hace sentir aún más culpable.

Charlamos unos minutos. Me cuenta algunas cosas superficiales, como que está preparando una charla para dar en un

colegio y que ha aprendido a hacer torrijas porque su madre le pasó una receta familiar. Joder. Es perfecto. Para culminar la escena, un nene de unos ocho años se acerca a nosotros cojeando sutilmente y le tira de la bata con entusiasmo. Borja, con la mayor ternura que he visto jamás, le choca al grito de "campeón" y el niño se va superemocionado. Siento que me derrito al ver ese gesto tan simple pero tan entrañable. Borja está aquí, es real, es buena persona, está disponible, quiere lo mismo que yo… ¿Por qué no paro de hacer el tonto?

Después de eso, le sonrío, me despido con un "a ver si nos vemos pronto" y sigo mi camino. Pero ya no dejo de pensar en él durante todo el día. En lo fácil que sería. En lo lógico que suena. Y, sí, algo se remueve dentro de mí.

Así que, por la tarde, mientras estoy en el sofá con el portátil, después de debatirme entre mi sensación de culpa y mis ganas de reconectar con la parte de mí que no se descontrola, con esa versión adulta y sensata de mí misma, cojo el móvil y abro su conversación. Me quedo un rato mirando la pantalla. Tengo que hacerlo. Si él no se lanza, tendré que ser yo.

<< Yo: ¿Cenamos esta noche? ¿Peli y sofá..? Tengo ganas de verte. >>

Si con esto no lo pilla, yo ya me bajo de la vida.

Por primera vez, veo que tarda en responder. ¿En verdad no querrá acostarse conmigo? Tras unos largos minutos, recibo la respuesta:

<< Borja: ¡Claro! ¿Quieres venir a mi piso o voy yo al tuyo? >>

Uff, menos mal. Claramente, al suyo. Solo me falta que se encuentre con Edu en el ascensor. Me da algo. Sobre todo ahora que estamos raros, que no hemos vuelto a hablar ni coincidir desde el domingo. Borja acepta y me dice que vaya esta misma noche, pero pronto, que mañana hay que madrugar. Muy Borja.

A las ocho de la tarde estoy allí, lista para la acción. Llevo mi mejor vestido, ropa interior sexi y depilación milimétrica. Quiero que Borja lo note. Que capte la indirecta. Que entienda que esta vez no es una cita cualquiera. Que esta vez hay intención.

Cuando abre la puerta, me invade un olor maravilloso: mezcla de albahaca, limón y algo más que no consigo identificar. Me recibe con una sonrisa amable, casi nerviosa. Está guapo. Lleva una camisa azul claro y vaqueros oscuros, el pelo peinado con la raya a un lado, y un perfume discreto. Se nota que se ha esmerado. Espero que también lleve sus mejores calzoncillos.

En cuanto pasamos al salón de su preciosa casa, con suelo de mármol y decoración minimalista, veo que ha preparado un rodaballo al limón y una ensalada de burrata con pesto que me deja impresionada. Está todo perfectamente emplatado, y hasta ha encendido unas velas. ¿Es que este hombre no tiene ni un solo fallo?

—¿Te gusta? —me pregunta mientras me sirve una copa de agua.

—¿Estás de broma? ¡Deberías presentarte a *MasterChef*!

Él se ríe, encantado, y me invita a sentarme a la mesa. Empezamos a cenar mientras la conversación fluye con facilidad. Borja habla de cómo es la vida en Madrid, del proyecto de investigación en obesidad infantil que está empezando y de lo cara que está la vivienda últimamente. Creo que vuelve a mencionar algo de la inflación—no sabría decir si es la segunda o la tercera vez que lo hace; he perdido la cuenta—. Hablamos también de Maca, de su

obsesión con que no le dé ni un rayo de sol, y de cómo esta semana no he podido verla mucho por lo apretada que tenía la consulta. Me cuenta también varias tonterías que han dicho algunos de sus pacientes, esas genialidades que solo pueden ocurrírsele a un niño con fiebre y sin filtro, algunas tan tiernas que me arrancan carcajadas sinceras.

Este chico es un regalo: educado, amable, comprometido, limpio, cocinitas… Cecilia, reacciona. Es el tipo de hombre al que hay que cuidar.

Y sin embargo… no puedo evitar sentir que estoy interpretando un papel. Como si estuviera esforzándome. ¿Por qué se siente todo un poco… forzado? De todas formas, me obligo a seguir. Porque Borja se merece, como mínimo, una oportunidad. Y porque tengo que demostrarme que no estoy enganchada a la fantasía de una noche bajo sustancias químicas. Esto es la vida real. Y en la vida real estos pequeños detalles son los importantes, los que hay que valorar.

Así que le pregunto si tiene vino y, aunque no lo veo muy convencido, acabamos abriendo una botella de un tinto que parece carísimo. Con algo de alcohol corriendo por nuestras venas, parece que nos relajamos un poco y finalmente, pasamos al postre: torrijas

caramelizadas. ¿En serio? ¿Cómo le ha dado tiempo a todo? Si hubiéramos dicho de cenar en mi casa, no hay duda de que habría pedido algo a domicilio. Qué hombre tan apañado. Es perfecto. El chico que cualquiera querría como padre de sus hijos.

Al terminar, Borja se levanta a recoger la mesa. Me insiste en que no me mueva, que soy su invitada y yo obedezco, sin dejar de mirarlo mientras coloca cada cosa en su sitio. Es muy meticuloso. Justo lo contrario a Eduardo, que seguramente ahora estará durmiendo con un calcetín perdido en medio del salón y los platos de la cena por recoger.

Cuando regresa a la mesa, me mira con una mezcla de cariño y… ¿deseo? Total, que sin pensarlo más, me lanzo. Sin previo aviso. Le planto un beso en toda la boca, de esos de tornillo. En mi cabeza, un beso de película. Él me lo devuelve con la misma intensidad, pero enseguida algo se tuerce. No sé si es su lengua o la mía, pero no nos entendemos. Nos movemos al sofá, a ver si cambia la cosa, y volvemos a intentarlo. Vamos, Cecilia. Que este chico es un tesoro. Solo tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar. Rodeo sus hombros con mis brazos y me inclino sobre él, para tratar de darle fogosidad a la escena. Pero seguimos desacompasados, torpes. Aun así, lo

intento. Juro que lo intento. Pienso en su estabilidad, en su madurez, en su torrija perfecta. Este es el hombre que querrías que tus padres conocieran, Ceci. El hombre que sabría dónde están tus llaves cuando las pierdes. El que no se olvida de apagar las luces al salir.

Pero nada. Cero mariposas. Cero chispa.

—¿Quieres hacerlo? —me pregunta, como si estuviera pidiendo la cuenta.

—¿Así, sin más?

—Bueno, me gusta ser claro. Y si va a pasar, prefiero estar preparado.

Me quedo un poco bloqueada, no esperaba esa pregunta. Juraría que estas cosas pasan sin comentarlas previamente. Pero bueno, en un arranque de valentía absurda, digo que sí. Es lo que quiero, ¿no?

Doy un largo sorbo al vino que queda en mi copa y volvemos a la carga con los besos y caricias. Parece que la cosa va mejorando, así que empiezo a desabrocharle la camisa, poco a poco, intentando parecer juguetona, sexi. Pero, no sé por qué, me siento muy poco sensual. Lo peor es que, en cuanto cierro los ojos, la cabeza se me va. Ya no pienso en Borja. Pienso en él. En el chico alocado de ojos

verdes. En su sonrisa traviesa, en sus manos descaradas, en su maldito olor. Y entonces lo tengo claro: no puedo seguir con esto. No sería justo.

Me disculpo y me meto al baño un momento, porque no se me ocurre otra forma de parar. En cuanto vuelvo al salón, lo hago sujetándome el estómago como si me doliera.

—Lo siento, Borja, pero me encuentro fatal —miento, fingiendo cierto dramatismo—. Creo que no me ha sentado bien el rodaballo. O sea, estaba buenísimo, pero a veces el pescado me cae un poco mal, ¿sabes…?

Borja me mira raro. Sé que no cuela. Lo veo en su cara. Pero no dice nada, no insiste. Solo asiente, como el caballero que es. Me ofrece llevarme a casa y yo, por supuesto, acepto. Joder, soy lo peor. Pobre Borja.

Durante el trayecto apenas hablamos. Yo voy torturándome mentalmente, sintiendo que no merezco su comprensión, que lo he usado como un salvavidas emocional. No sé qué pasa conmigo. ¿Qué es lo que realmente quiero? Cuando detiene el coche frente a mi portal, me mira con tanta decepción como ternura. Me parte el alma.

—No te preocupes, Cecilia —me dice algo serio, pero con delicadeza—. Si uno no está listo, está bien saber parar. Yo tengo claro lo que quiero. Cuando lo sepas tú, tal vez tengamos una oportunidad.

Asiento avergonzada, triste. Me despido con un "lo siento" susurrado y un beso en la mejilla que me sabe fatal. Me duele. Aunque no sé si me duele más por él… o por mí misma.

CAPÍTULO 22

Me despierto con una especie de resaca emocional. No hay alcohol en sangre, pero sí un cóctel de culpa, frustración y confusión. Estoy tumbada boca arriba, con las sábanas revueltas y el pelo enredado, sin ningunas ganas de salir de la cama. Suspiro. En fin. Otro día que no puedo bajar al bar de Ambrosio. Ya no solo por Maca, que ya era suficiente drama en sí mismo, sino que ahora también tengo que esquivar a Borja. El hombre que me cocinó un rodaballo espectacular, me ofreció un tinto reserva y se llevó como respuesta una intoxicación inventada. Muy bonito todo.

Por suerte, es viernes, y lo único que tengo planeado este fin de semana es esconderme bajo una manta y buscarle sentido a mi vida entre capítulos de alguna serie mediocre.

Me quedo un rato quieta, mirando al techo, sin mover ni un dedo, con la sensación de que todo lo que me rodea está tambaleándose. Y yo, en el centro, sin nada a lo que agarrarme que no sea una taza de café con leche. Así que, me levanto a por ese café, mientras noto un pinchazo familiar en la tripa, que me recuerda que, efectivamente, la regla se avecina. Otro óvulo perdido en la batalla. Un recordatorio biológico de que el tiempo pasa, y yo sigo sin saber adónde voy. Me concentro en el desayuno para no pensar más en eso y, justo en ese momento, vibra el móvil. Lo cojo sin muchas ganas, esperando alguna notificación absurda del trabajo, y entonces lo veo:

<< Sofia: Comida hoy en la floristería. SOS. >>

Me quedo un rato mirando la pantalla, con el corazón acelerado. Mi amiga y yo tenemos un código: si ponemos SOS es que realmente es una emergencia y hay que hacer lo que sea por estar ahí para la otra. Me pregunto qué le pasará. ¿Estará bien

Rosario? Espero que no sea nada grave, aunque me preocupa cómo insiste.

<< Sofía: Vienes verdad?? >>

<< Yo: Sofía, obvio. Acudo cuando salga de trabajar >>

Intento tranquilizarme. Probablemente no sea nada grave. O sí. No lo sé. Estoy demasiado vulnerable para evaluar la situación.

Cuando termino mi jornada, salgo corriendo a toda prisa hasta que llego a la floristería, esperándome lo peor. Por mi cabeza circulan varias opciones horribles: que a Rosario le hayan detectado una manchita en algún sitio (que es como me lo contaría Sofía), que cierren el negocio porque ya nadie compra flores, que la loca de amiga haya decidido irse a vivir a Costa Rica con Sebas para experimentar nuevas aventuras… ¡Cualquier cosa es posible! Qué mal… y yo, mientras, escondida toda la semana.

Cuando entro, no puedo quedarme más confundida. Allí están Sofía, Maca y Rosario, las tres cuchicheando entre ellas, con varias bandejas de sushi desplegadas sobre el mostrador, entre ramos de

peonías y margaritas. Está todo lleno de makis, nigiris, gyozas, edamame… y un ambiente muy tenso.

—Mira quién ha salido de su cueva —dice Maca sin mirarme del todo, colocándose una orquídea en el pelo, como suele hacer Rosario.

—¿Alguien ha muerto? Porque este ambiente huele a intervención —digo, intentando hacerme la graciosa.

—¿Quieres empezar tú o abrimos nosotras el melón? —pregunta Sofía con tono socarrón.

Suspiro. Así que era esto. Bueno, estaba claro que lo de ignorarlas no iba a funcionar eternamente. Al menos, siento un gran alivio al descubrir que el problema era yo y que nadie está terminal ni pensando en mudarse al otro lado del charco.

Dejo mis cosas con calma y me siento frente a ellas. Las tres me miran impacientes, dando a entender que son todo oídos.

No sé por dónde empezar. Me tomo unos segundos, indecisa, pensando en qué palabras usar para contarles mis locas y absurdas peripecias de los últimos días. No creo que exista una forma suave de hacerlo, así que, finalmente, lo suelto todo. La discoteca. El polvo interestelar. La ducha. Cómo lo eché después. Borja y su rodaballo. El beso sin fuegos artificiales. Mi rechazo a un polvo adulto con una

excusa barata. Mi cabeza hecha un batiburrillo de dudas… Todo. Bueno, casi todo.

Mis psicólogas me observan en silencio, como si estuvieran viendo una película de ciencia-ficción. Maca, de hecho parece que esté viendo un extraterrestre en vez de a mí, su amiga recatada y cuadriculada que jamás se dejaría llevar por la lujuria.

—Vale —dice al fin Sofía—. Primero: lo de Edu… ¡madre mía! Segundo: ¿por qué no nos lo habías contado antes?

—Exacto, ¿por qué nos estabas ignorando? ¡Somos tus amigas! —añade Maca indignada—. ¡Esto es muy fuerte!

—Lo sé… y lo siento. Pero es que estoy fatal, tías. Me siento como… como si hubiera perdido el código deontológico.

—O sea, ¿como si tuvieras… coño? Felicidades, estás viva —exclama Sofía sin filtro, para variar.

—Lo que quiero decir es que… no puedo. Es mi paciente y está mal. Además, no estoy como para perder el tiempo con chiquilladas.

—Bueno, chica —interviene Maca—. Técnicamente no hay nada ilegal.

La miro, ojiplática. ¿Maca defendiendo esto? El mundo se tambalea.

—¿Tú no eras la que me decía que ni se me ocurriera cruzar esa línea roja?

—A ver, sí, pero… también soy consciente de que no todo tiene por qué ser blanco o negro. Y si vieras cómo se te ha iluminado la cara mientras nos hablabas de él… Eso, Cecilia, no te pasa desde… bueno, desde aquel idiota.

No hace falta que diga su nombre. Todas sabemos a quién se refiere. Rosario asiente e interviene con su voz de sabiduría.

—Mira, a veces cerramos puertas por miedo. Pero no puedes vivir así, esperando a que todo encaje perfecto. ¿Te hace bien? ¿Te respeta? ¿Te hace reír? Pues igual no es tan grave.

—Y si solo quieres pasar un buen rato, también está bien, ¿eh? —añade Sofía, lanzando una *gyoza* al aire y atrapándola de milagro—. No hace falta casarse con cada polvo decente que te eches.

—Lo que no puedes hacer es obligarte a sentir cosas por alguien solo porque creas que es lo que toca —continúa Rosario—. Y tampoco debes dejar de sentir porque no entrara en tus planes. Borja será todo lo estupendo que quieras, pero está claro que ese chico no te gusta. No como el otro.

—A veces surgen cosas que uno no espera, Ceci —suspira Maca—. Puede que lanzarse a la piscina de vez en cuando no sea tan peligroso.

Las tres asienten, como si tuvieran clarísimo lo que tengo que hacer. Pues anda que ellas… Pero bueno, es verdad eso de que "consejitos vendo que para mí no tengo". A mí me pasa lo mismo cuando intento ayudar a mis amigas, que recomiendo cosas superlógicas y supermaduras que luego yo no haría.

—Lo que tienes que hacer es priorizarte —añade Sofía, con la boca llena, señalándome con los palillos—. Deja de pensar en lo que está bien o mal, y empieza a pensar en lo que tú necesitas.

Me quedo callada. Porque tienen razón. Me paso la vida poniéndome normas, límites y excusas. Y luego me quejo de que nada me emociona y de que me preocupa ser una aburrida.

—Entonces… ¿vuelvo a quedar con él?

—Si te apetece, ¿por qué no? —responde Sofía, tras lo cual se queda callada unos segundos, pensativa—. Lo único que no me encaja es cómo te lo pasaste tan bien bailando tecno. ¡Si lo odias!

Miro al suelo sin saber bien qué decir, probablemente sonrojada.

—¿Ceci? —Con el dedo índice me levanta la barbilla, obligándome a mirarla a los ojos. Maldita bruja.

Respiro hondo. Tengo miedo de decirlo en voz alta, porque, si lo digo, entonces es real. Y si es real... entonces quizá soy peor persona de lo que pensaba.

—Vaaale, hay una parte que no os he contado.

Las tres vuelven a poner su cara de estar en el cine, esperando la traca final de la película. Así que, tragándome la vergüenza como puedo, termino contándoles mi fugaz acercamiento a las drogas. Evito el contacto visual con Maca, no me atrevo a ver su cara acusadora.

Sin embargo y contra todo pronóstico, las tres empiezan a descojonarse. Están flipando, y es que, probablemente, es lo último que hubieran esperado de alguien como yo. Incluso Maca se ríe y me imita al imaginarme colocada bailando con gafas de sol en modo "trance".

—No pienso volver a hacerlo, pero reconozco que no estuvo mal. Me lo pasé increíble.

—Joder, cabrona, pues claro que sí. Cada vez me gusta más este Edu. A ver si aprendes un poco de esta golfilla, Macarena.

—Uuu, quita, quita… —se ríe esta.

Poco a poco, entre tanta risa tonta, mi ansiedad va desapareciendo. Me siento superrelajada tras haberlo soltado todo. Realmente me he quitado un peso enorme de encima.

—Dios, qué falta me hacía esto —murmuro, mirando a mi alrededor, contemplando este lugar que tanto me gusta.

—Hay algo terapéutico en contarlo todo entre flores y sushi —dice Rosario, alzando su copa.

—A ver si abrimos consulta —añade Sofía—. "Psicofloristas. Se atienden traumitas y dramitas con aroma a jazmín."

Nos reímos tanto que me atraganto con el arroz. ¿Qué haría yo sin ellas? Me deleito en el silencio que sigue, uno cómodo, de esos que solo se dan cuando estás rodeada de gente que te quiere. Y en medio de ese silencio, Maca respira hondo.

—Bueno… ya que estamos de confesiones —dice, con una seriedad que nos hace girarnos a todas—. Yo también tengo algo que contaros.

Su tono cambia por completo el ambiente.

—He dejado a Raúl.

Nuestras reacciones son de lo más dispares. Sofía empieza a celebrarlo con aleluyas y abrazos, mientras yo le pregunto que si está bien, pensando que estará superjodida. Rosario se queda

callada, al fin y al cabo, no conoce tanto a Maca, aunque esta no parece sentirse incómoda contando sus cosas en su presencia.

—Estoy bien, de verdad. Le echo de menos, pero he sentido un gran alivio al tomar la decisión. No estábamos bien y era cuestión de tiempo.

—¿Pero cuándo ha pasado? —pregunto.

—Hace dos semanas.

—Tía, ¡te habrás sentido solísima! Perdón por no haber estado más pendiente, tendríamos que haber estado ahí para ti.

—Pues no pareces alguien que haya pasado dos semanas en crisis —interviene Sofía—-. Estás estupenda, vamos. ¿Algo más que quieras confesar?

Maca se ríe tímidamente y se muerde el labio inferior como si se debatiera por dentro.

—Joder, Sofi, ¡deberías ser pitonisa! Está bien, está bien. Estoy… estoy conociendo a otra persona.

—¿Quéééé? —exclamamos al unísono.

—¡Pero cómo que estás conociendo a alguien! ¿Desde cuándo? ¿Quién es? —No puedo ocultar mi incredulidad.

—Tranquilas, que no es tan emocionante como parece. Solo estamos hablando. Ni siquiera sé si va a salir algo de ahí.

—¿Pero qué dices? Eso es aún más interesante, tía —apunta Sofía, con los ojos iluminados—. ¿Es alguien del trabajo? ¿Lo conocemos? ¿Es guapo?

—Sofía… —Maca suspira, conteniendo la risa—. No voy a decir nada más. Os juro que si cuaja os lo contaré, pero por ahora… es algo muy inicial.

—Ay, venga ya, que somos nosotras —protesto—. ¡Danos al menos una pista! ¿Empieza por A?

—Cero pistas. En serio. No quiero gafarlo.

—Vale, vale —interviene Rosario con su tono zen —. La dejamos respirar.

—Bueno, pero si la cosa va a más, exigiremos datos —lanzo sonriente.

—Y fotos —remarca Sofía, con el dedo en alto.

—Oye, creo que deberíais venir más a la floristería —comenta Rosario mientras se levanta a recoger las cajas de comida japonesa —. El diván donde no existen los secretos.

—Definitivamente —respondemos las tres a coro, entre risas. Menos mal que me han engañado con el "SOS". Era completamente necesario.

CAPÍTULO 23

Llego a casa feliz y emocionada por la comida. No sé qué pasará a partir de ahora, pero me siento más ligera, como si algo se hubiera recolocado dentro de mí. Me alegro por Maca. Y por mí también.

Entro al baño y me quedo mirando el estante donde están mis cosas de maquillaje. Hace siglos que no lo uso, y me pica la curiosidad. No sé, de pronto me apetece arreglarme, aunque no tenga plan. Empiezo a probar el colorete, la raya de ojos, las sombras… el pintalabios clarito que tanto me gustaba años atrás. Me queda bien con el tono moreno que me está dejando el verano. Me

pongo las lentillas, algo de rímel, y me despeino la melena lo justo para tapar las tres canas que asoman por la raíz. Nada mal.

Abro el armario en busca de esa versión olvidada de mí misma que guardo en la parte más profunda de los cajones. Saco una minifalda vaquera que se dejó Sofía hace tiempo, un par de tops ajustados, algún que otro vestidito… Y me voy probando todo, como en un pase de modelos. Las prendas ganadoras: la faldita y una camiseta beige de encaje con la espalda descubierta que ni recordaba tener. Me miro al espejo y me río al verme, porque parezco una universitaria. Pero me gusta. Coqueta, viva, luminosa. Y no sé si es eso lo que me da el empujón, o si simplemente necesitaba este momento para atreverme, pero de pronto lo tengo claro. Cojo el móvil, abro la conversación y, sin pensarlo más:

<< Yo: ¿Tienes planes esta noche? >>

Me arrepiento en cuanto lo envío. Bueno, no. Bueno, sí. Bueno… ¡ya está hecho! Está en línea… Cinco minutos. Diez.

Jolín. ¿Y si no quiere saber nada? ¿Estará molesto? Yo si fuera él lo estaría, pero bueno, a ver si hay suerte y no se parece en nada a mí.

Ay, si es que no tenía que haberle escrito… Aunque pienso en su sonrisa… y no puedo evitar que se me dibuje una a mí. Tras un buen rato, acepto la derrota. Justo cuando me quito uno de los pendientes para empezar la retirada, suena la notificación.

<< El Mejor Vecino del Mundo: Depende. ¿Qué me ofreces? >>

Yiiii. Suelto un gritito y doy saltitos de alegría por la habitación, hasta que pienso en que podría oírme a través de las paredes y me tapo la boca con las manos. Estoy como una regadera.

<< Yo: Tengo una idea, pero necesitamos la moto. >>

<< El Mejor Vecino del Mundo: Está en el taller >>

Mierda. Todo el romanticismo… a la basura.

<< El Mejor Vecino del Mundo: ¿Te sirve el coche? >>

<< Yo: Me sirve. >>

<< El Mejor Vecino del Mundo: Hora? >>

<< Yo: Ya >>

<< El Mejor Vecino del Mundo: Vale. En diez minutos en el garaje >>

No sabía que tenía coche. Se nota que, en el fondo, es un niño de papá, eso sí, versión rebelde. Pero qué bien nos viene. Me pongo colonia, me ato las sandalias, cojo las cervezas más frías que tengo en la nevera, y bajo a la hora pactada.

Un viejo Ford Fiesta negro bastante destartalado me hace una señal con los faros y me subo, con el corazón en la garganta. Respiro hondo antes de cerrar la puerta. Sé que esto no es una cita formal, ni un reencuentro dramático, pero hay algo en el aire que me dice que hoy va a ser un día especial.

—Buenas, doctora —me saluda sonriente—. ¿Ya está usted más tranquila?

Me muerdo el labio inferior, visiblemente avergonzada. Me río, niego con la cabeza y él, cómo no, se ríe también. Menos mal que no nos parecemos nada, no.

—¿Y bien? ¿A dónde quiere la señorita que la lleve?

Tecleo la dirección en el GPS, sin contestar.

Salimos del garaje y nos adentramos por las calles abarrotadas de la ciudad, entre cláxones y contaminación.

—¿Dónde vamos? —pregunta Edu. Yo sonrío, disfrutando del raro placer de tener el control.

—Tú solo conduce. El GPS lo sabe.

—¿Ni una pista?

—No. Calla y disfruta de mi espontaneidad, que esto no se vive todos los días.

—Desde luego que no. Me tienes intrigado —confiesa lanzándome una mirada de reojo, una mezcla entre divertido y alerta, mientras acelera un poco más.

Poco a poco, el paisaje cambia. Salimos del torbellino del centro, el tráfico se disuelve y la ciudad se va quedando atrás, como si nos quitáramos capas de ruido. Hay un silencio entre nosotros, pero no es incómodo, sino expectante. El camino se va estrechando entre curvas suaves y árboles altos que recuerdan a alguna peli romántica de sobremesa. Conducimos por una carreterita de montaña, con la brisa de verano y el olor lavanda entrando por la

ventanilla, despeinándome el pelo de forma muy poco sexi. Pero no me importa. Huele a libertad.

—¿Seguro que no me vas a empujar por un barranco? —bromea Edu mientras tomamos una curva.

—Dependerá de cómo te portes.

Nos reímos. La dirección que puse en el GPS nos lleva a un hueco en la montaña que descubrí por casualidad hace varios años y que no había vuelto a visitar, supongo que porque no tenía con quién compartirlo. Edu detiene el coche en un pequeño ensanchamiento de tierra, aparca y baja sin preguntar más. Yo hago lo mismo. Me alegro de no haberle contado nada, porque su expresión lo dice todo.

—Guau.

No añade nada más. Y no hace falta. Tiene la mirada perdida en el horizonte, en ese punto exacto donde el sol se va fundiendo con el mar, tiñendo el cielo de naranja, rosa, azul… como si alguien hubiera pasado el pincel de acuarela frente a nosotros. Y mientras, yo me quedo embobada mirándolo a él. Con las gafas de sol, la camisa blanca remangada y los pantalones beige, parece sacado de una revista. Joder. Qué rabia que me guste tanto.

—¿Dónde estamos? —pregunta, casi en un susurro—. ¿Esto es legal?

—Lo dudo —respondo mirando a mi alrededor. No hay ninguna señal que indique que se pueda aparcar ahí ni que esto sea un mirador, pero no importa—. Es precioso, ¿a que sí?

Saco las cervezas y nos sentamos en el borde de una piedra, con las piernas colgando como dos chiquillos.

—¿Y este cambio de actitud? —lanza sin mirarme, mientras da un sorbo a su botellín.

—Supongo que el otro día me pasé un poco. Y quería compensarte. ¿Lo he conseguido?

—Si esta es la recompensa, igual dejo que me eches de tu casa más veces, Guerrera.

Con la sonrisa torcida y la mirada fija en el infinito, me pasa el brazo por los hombros y yo apoyo la cabeza en su pecho. Nos quedamos en silencio, un silencio que nos arropa. El sol se va poniendo en un suspiro, pero el calor permanece.

—Por cierto —dice de repente—. Ya me empadroné en el piso nuevo. Así que, oficialmente, ya no soy tu paciente.

Se me escapa una carcajada que intento disimular, pero no puedo. Edu se quita las gafas de sol y me mira con esos ojillos

divertidos pero sensuales que me desarman.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —contesto, siguiéndole el juego.

—Pues que, digo yo, que ahora podré besarte sin que me acuses de corromper tu profesionalidad, ¿no?

Me lo suelta sin pestañear y yo noto cómo se me aprieta el estómago. Me quedo mirándolo, con una tímida sonrisa que intenta disimular la oleada de nervios que me recorre entera. Él se inclina hacia mí, despacio, aproximándose centímetro a centímetro hacia lo inevitable.

La luz anaranjada del atardecer, ya sin sol, baña su rostro y lo hace parecer aún más irreal. Los tonos tibios que tiñen el cielo parecen fundirse con nosotros, como si el mundo se hubiera puesto de acuerdo en bajar el volumen y dejarnos a solas. Edu mantiene su mirada sobre la mía, mientras acorta la distancia, y siento su aliento cálido justo antes de que me roce con sus labios. Es un roce suave, apenas un susurro, como si estuviera pidiendo permiso. Me tiemblan un poco las manos, pero ya no hay dudas. Dejo que su boca se enrede con la mía con esa certeza de quien sabe exactamente lo que quiere. Poco a poco, el beso se vuelve más profundo, más lento y más consciente que cualquier otro. No hay prisa. Solo un vaivén

pausado, íntimo, en el que nuestras bocas se reconocen. Sus dedos acarician con calma mi mejilla, como si trataran de memorizarla, y yo le rodeo el cuello, dejando que la tensión que había cargado durante estos días se diluya poco a poco en ese contacto. Nos besamos como si fuera la primera vez y, a la vez, como si lleváramos toda la vida haciéndolo. Pero esta vez sin química, sin trampas, sin distorsiones. Solo él y yo, en medio de la nada, bajo la magia de un atardecer perfecto.

CAPÍTULO 24

Vale. Oficialmente hemos cruzado la línea. Y no la de tontear un poco o comernos juntos unas pizzas, no. La de entregarse al 100%, la de darlo todo y no dejarse nada, la de hacerlo como si mañana nos fueran a prohibir el sexo para siempre y hubiera que aprovechar hasta el último minuto. Y es increíble. He descubierto zonas de mi cuerpo que no sabía ni que tenía, que desconocía que podían despertarse de esta manera. Lo mejor de todo es que no hay normas. No hay etiquetas. Solo deseo, piel, y ese punto exacto entre el vicio y la adoración que me deja en modo gelatina. Nunca me había sentido así. Libre. Deseada. Tan yo y tan otra a la vez. Porque,

que Edu es el tío más bueno con el que me he acostado está claro, pero que yo no me sienta horrorosa a su lado, como suele pasarme, tiene todavía más mérito. Él me hace sentir como la versión más deseable de mí misma, una que desconocía.

¿Puede que se me haya ido un poco la olla con tanto sexo y tanto vinito por aquí y cervecita por allá? Sí. Pero a la vez estoy más en forma, más guapa, mas brillante. Además, por fin me han nombrado coordinadora de residentes del hospital y de los nuevos adjuntos del centro de salud, algo que tenía que haber pasado hace tiempo, pero que no había tenido el valor de reivindicar. En cambio, ahora me siento más poderosa que nunca, como si pudiera con todo. Porque puedo. Siempre he podido, pero me daba cosa hacérselo ver al jefe. No sé, sentía que igual no era tan buena. Pero lo soy. Joder, claro que lo soy. Soy la que más artículos publicados tiene, la que mejores resultados presenta en sus agendas, la doctora a la que muchos pacientes piden cambiarse, y jamás he faltado al trabajo. Me lo merecía desde hace tiempo, pero en la vida eso no lo es todo. A veces hay que saber cómo obtener lo que uno merece. Y para eso hay que echarle narices, qué le vamos a hacer. Algo de lo que yo carezco. O carecía.

Edu está impresionado. Me encanta la cara que se le pone cuando le hablo de mi trabajo. Yo no creo que sea para tanto, pero él me ve como una superheroína sin capa. Y, para qué engañarnos, eso me pirra. No puedo evitar recordar a Marc diciéndome que me explotaban, que tragar con todo es de idiotas, que total para lo que ganaba… No sé, siempre menospreciaba mi trabajo. Y cuando tu trabajo es tu pasión, como en mi caso, que alguien lo reduzca a los ceros de la nómina, jode mucho. Muchísimo. Porque me hacía sentir idiota. Pero ya no. Eso se acabó.

Así que, afortunada en el trabajo y entretenida con alguien que me hace temblar… Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Pero no quiero olvidarme de mantener los pies en la tierra. Lo que tengo con Edu no es más que una aventura, una historia increíble, sí, pero de verano. Nada más.

—Tenemos que prometer algo —le digo, mientras me pongo la ropa interior tras pasar la noche juntos—. Nada de enamorarse, ¿vale?

Él se descojona nada más oírme, como si hubiera dicho una tontería.

—¿Y si ya me he enamorado de tus braguitas de encaje? —bromea.

—En serio, Edu. Esto es lo que es. Lo pasamos bien, nos desahogamos, nos olvidamos del mundo. Pero hasta aquí. Sin dramas. Sin planes de boda.

—Pero bueno, doctora. ¿Con quién se cree usted que habla? Si soy el rey de la falta de compromiso. —Como siempre, su cara de pillo hace que no sepa si puedo tomarlo en serio—. Que sí, Ceci. Prometido. Cero sentimientos. Solo sexo increíble. Qué tortura... ¡Me vas a matar!

Con las dos manos, me agarra de la cintura y consigue que caiga en la cama, sobre él, donde empieza a hacerme cosquillas y a besarme por todo el cuerpo. No puedo parar de reírme, y terminamos los dos haciendo la croqueta entremezclados con las sábanas. Finalmente, nos quedamos exhaustos, mirándonos a los ojos, de una forma en que pocas veces se mira a alguien. Él me acaricia la frente y aparta un mechón de pelo de mis mejillas, colocándolo tras mi oreja. Aunque no quiero, me pierdo en sus ojos verdes, como si de un océano se tratara, y termino sumergiéndome en ellos, dejando que me bese de esa forma que me encanta, con tanta pasión como ternura, con la sensación de querer que no pare nunca, hasta que terminamos de nuevo enredados, sin poder dar marcha atrás, insaciables.

Con la lengua dibuja círculos alrededor de mi ombligo, desde donde baja hasta alcanzar mi zona más sensible. Cuando estoy a punto de llegar, no me deja, haciéndome sufrir como solo él sabe. Me monto sobre él y lo hacemos, sin perder el contacto visual en ningún momento, y una vez más, estallamos juntos, como si todo nuestro cuerpo se liberara en una única sacudida de electricidad.

JO-DER. ¿Cuántos orgasmos se puede llegar a tener al día? Yo creía que uno era el tope, pero me equivocaba.

En cuanto me recupero (todo lo rápido que se puede después de algo así), me visto a toda velocidad. Toca volver a la consulta. Con el pelo enmarañado, los labios hinchados y las piernas tambaleantes, pero con una sonrisa que no me cabe en la cara, salgo de casa para empezar el día.

Doy lo mejor de mí con los pacientes, encantados de que les escuche y me preocupe por ellos. Cuando el reloj marca las tres, ya hemos dado más recetas que una abuela. Mientras termino de redactar una última interconsulta, oigo al personal de limpieza arreglando la consulta de al lado. El murmullo habitual de la sala de espera se ha ido disolviendo y ya no queda casi nadie en el centro,

clara señal de que toca cerrar el chiringuito. Miriam, la enfermera, que lleva varios días mirándome con cara de saber algo que yo no, se soma por la puerta y por fin, lo suelta, con ese acento sevillano que le sale más fuerte cuando se emociona:

—Niña, ¿a ti te pasa algo? ¡Que se te ve una alegría en el cuerpo que no es normal!

—¿Yo? Pero qué dices, Miriam. Estoy igual que siempre.

—¡Qué va, qué va! Tú estás... tú estás tonta perdía. ¡Tú te has echao un noviete, que a mí no me engañas! ¡Venga, suelta prenda!

No puedo evitar reírme. Intento disimular, pero ella ya me ha calado.

—¡De novio nada, mujer! Pero bueno… digamos que estoy entretenida últimamente.

—¡Ay, ya lo sabía yo! Si es que se te nota, criatura. Estás hasta más guapa. Vamos, que se te ve el brillo, el arte y hasta las ganas. Aprovecha, mi arma, y no lo sueltes, ¿eh? Que los bribones buenos no se encuentran todos los días.

Me guiña un ojo y se va tan pancha, dejándome con una sonrisilla tonta en la cara y también con ese leve vértigo de saber que, por muy entretenida que esté, no debo perder la cabeza.

Salgo del trabajo con idea de reunirme con mis amigas, cuando recibo un mensaje bastante escueto de Maca diciendo que no podrá venir, que anda muy liada, pero que nos debe una. Pero bueno, ¿y esta? Muy bonito, dejándonos tiradas a última hora. Eso no se hace. De hecho, es algo que Maca (la Maca de toda la vida, no la Maca extraña y despistada que es últimamente) jamás haría.

En cuanto estoy con Sofía, veo que piensa igual.

—Maca no viene —me dice indignadísima, mostrándome la pantalla de su móvil con el aviso de nuestra amiga.

—Lo sé, me acaba de escribir también. Un poco más y ni avisa.

—Yo alucino, ¿es que estamos en una simulación? ¿Desde cuándo Maca, la ultracuadriculada, decide no venir a última hora y ni siquiera nos da una explicación superrebuscada?

Me encojo de hombros y le pongo mi cara de mayor incredulidad posible.

—Te digo una cosa —continúa Sofía—. Esta se trae algo entre manos.

—Será por el chico ese con el que dijo que está quedando, ¿no? Porque lleva semanas con cara de felicidad cada vez que la

veo.

—¿Con cara de "me han comido bien", te refieres?

—¡Sofi! —la reprendo entre risas—. Qué bestia eres.

—¡Pues dime que no! Maca no está normal. ¡Si hasta fue a la peluquería para hacerse mechas!

—Ya, y juraría que el otro día llevaba brillo de labios. ¡Brillo!

Las dos nos partimos de risa por algo tan estúpido pero a la vez tan significativo para alguien como Maca.

—Tía, solo espero que realmente todo esto sea por un tío, y no algo peor —añade ella.

—¿Peor cómo qué?

—¡Pues que se haya apuntado a una secta! Porque solo eso justificaría ese cambio tan radical.

Qué risa me da Sofía, por favor.

—¿A quién se estará tirando? —pregunto al aire—. Porque, sea quien sea, no están esperando al matrimonio, ya te lo digo yo. Que tiene el cutis mejor que el mío.

—Y eso ya es decir, ¡cabrona! ¡Que tú estás que te sales con tu vecino-paciente-portento!

—Lo que no entiendo es por qué lo esconde… ¿Por qué no nos lo quiere contar?

Sofía se queda pensativa un segundo, con mirada de Sherlock Holmes.

—Tiene que ser algo muy jugoso para que no lo desvele. ¿Un compañero de trabajo? ¿Su jefe? Ya sabes que eso para ella podría ser suficiente para suponerle un drama y llevarlo en secreto, con sus lemas absurdos de no mezclar amor y trabajo.

—Tía, espero que no, su jefe es un viejo asquerosillo.

—¡Ya lo tengo! Un hombre casado. ¡Eso lo explicaría todo!

—No sé si veo a Maca capaz de estar con un tío casado… Ya sabes lo estricta que es con el tema de las infidelidades.

—Ya… pues… ¿un cura? —continúa Sofi alzando las cejas—. ¿O alguno de Tinder?

—¿Maca en Tinder? ¡Si ella es antiapps! Recuerda lo que te dijo la última vez que quedaste tú con uno de ahí: "Tinder es el lugar perfecto para psicópatas con buena foto de perfil."

Nos miramos divertidas. Aunque me inquieta bastante desconocer al misterioso amante de mi amiga, reconozco que el secretismo me tiene enganchada como si de una telenovela se tratase.

—Bueno —dice Sofía, cambiando el tema—, ¿y tú qué? ¿Cómo va tu adicción a Eduardo "Manos-Ligeras"?

Cómo no, se parte de la risa ella sola con su propio chiste.

—Ay, no me hables. No sé qué me pasa con ese hombre. Es verlo y pierdo la mitad de mi coeficiente intelectual.

—O sea, que el sexo te tiene enganchada.

—Increíble. Nivel… adrenalina intravenosa. ¿Y tú con Sebas, qué?

—¿Con Sebas? Pues nada, quedamos de vez en cuando, nos divertimos, nos lo montamos donde se pueda… todo igual.

—Pues Edu me dice que a Sebas lo ve muy feliz. Y yo a ti también, pillina. Que tampoco parece que te canses de repetir.

—Qué va, qué va, no me líes. No hay nada serio. Lo que pasa es que nos lo pasamos bien, así que, mientras se pueda, ¿por qué no repetir? Pero sin compromiso, ¿eh?

—Ya, ya. Bueno, pues entonces estás como yo. Hemos prometido no enamorarnos, porque está claro que no estamos en el mismo momento vital y sería un desastre, así que todo bien.

—Claro. Porque eso a ti siempre te sale fenomenal —comenta Sofía con ironía.

—Uy —replico indignada—. ¿O sea que tú sí que puedes, pero yo no?

—Ceci, que nos conocemos. Solo digo que hay que estar hecho de una pasta muy concreta para separar lo físico de lo emocional, no todo el mundo puede. Y tú… tú te ilusionas de verdad. Y eso no es malo. Solo que duele más cuando no sale bien.

—Pues creo que te equivocas. Y lo voy a demostrar.

Y así seguimos un buen rato, peleándonos por si somos o no capaces de no enamorarnos de los tíos a los que nos tiramos, y teorizando sobre Maca y lo mucho que un buen polvo puede cambiarle a una la piel. Menos mal que, en este manicomio de deseos y dudas, al menos nos tenemos las unas a las otras. Por si las cosas no salieran como esperamos.

CAPÍTULO 25

Los siguientes días tengo que hacer grandes esfuerzos por no escribir a Edu. Si le pides a alguien que no se enamore de ti, luego tienes que ser consecuente. No se puede estar en misa y repicando. Así que aprovecho para centrarme más en el trabajo, que no es poco, y así evitar pensar en él.

Lo que me jode es que él tampoco me escribe, que es lógico, pero parezco una tonta mirando el móvil a cada rato que pasa. ¿Me he convertido en una adolescente de la noche a la mañana? Eso parece… De todas formas, es mejor así, sí. Un poquito de espacio nos vendrá bien. Que, aunque sea un niñato inmaduro e

irresponsable, también es divertido y amable, y no quiero confundirme. Tengo mis sentimientos a raya y eso no debe cambiar.

Pasamos toda la semana sin saber el uno del otro, hasta que, el sábado, tras volver de mi carrerita mañanera, me lo encuentro en el ascensor, haciendo lo propio.

—Guerrera, ya pensaba que te habías cambiado de edificio. ¿Qué tal la semana?

—Muy bien, de aquí para allá, con mucho trabajo —intento disimular, como si apenas hubiera tenido tiempo de pensar en él—. ¿Y tú?

—Igual, con líos de curro. —Salimos del ascensor y se dirige rápidamente hacia su puerta—. Bueno, ya nos veremos —se despide, levantando ligeramente la mano.

Sin darme opción de contestar, se mete en su piso y cierra tras él. Joder. Me esperaba un poco más de conversación, sinceramente. Aunque parezca algo tonto, me quedo dándole vueltas un buen rato. ¿Se habrá cansado de mí? ¿Estará con otra?

¿Por qué me importa tanto? Si esto no es más que un entretenimiento hasta que encuentre al amor verdadero… al futuro padre de mis hijos.

Un rato después, mientras yo sigo con mis múltiples pájaros en la cabeza, suena el timbre de casa. Nerviosa, me miro en el espejito del recibidor e intento arreglarme el pelo lo más rápido posible, mientras me echo por encima un poco de ambientador. Huelo a perro mojado después de la sudada que me he pegado hoy. Miro por la mirilla para asegurarme de que, en efecto, es él, y abro la puerta con el aspecto más relajado posible.

—Hola, doctora. Perdona que te moleste, pero no sé qué pasa con el agua, que no me sale caliente. ¿A ti también te está pasando?

—No lo sé, aún no me ha dado tiempo a meterme a la ducha. Vamos a ver.

Nos dirigimos al cuarto de baño, donde enciendo el grifo, que inmediatamente echa agua caliente.

—Parece que está todo en orden, ¿quieres ducharte aquí?

—Te lo agradecería, si no te importa.

—No, claro que no…

Eduardo empieza a desvestirse sin que me de tiempo a salir y, en menos de un minuto, me encuentro ante su cuerpo semidesnudo, tapado únicamente por los calzoncillos. Madre mía… qué cuerpazo tiene, con esa piel morena y esos abdominales perfectos. Mi mirada se desliza por su pecho amplio y fuerte, siguiendo el recorrido de

una gotita de sudor que resbala por la línea alba, esa que baja del ombligo y se pierde bajo la cinturilla de los bóxers…

—¿Estás bien? —me pregunta, sacándome de mi hipnosis. ¿Que si estoy bien? Joder, si me arde todo el cuerpo…

— Ajá —respondo, intentando aparentar indiferencia, cuando por dentro ya estoy fundida.

Edu, con la sonrisa ladeada, da un paso hacia mí, lento. Su piel brilla ligeramente por el sudor bajo la luz del baño y, por un momento, me pregunto si podré resistirme. El aire se espesa entre nosotros, cargado de feromonas que se cuelan por cada una de mis terminaciones sensoriales.

—¿Quieres ducharte tú primero? —pregunta con naturalidad.

—Podemos ahorrar agua… —contesto embobada, sin pensar, y, en cuanto lo digo, me dan ganas de meterme dentro del grifo y desaparecer por las cañerías. Pero él sonríe.

—Ahorradora. Me gusta.

Y ya está. Un paso más, y sus brazos rodean mi cintura. Se acerca y me besa, despacio, mientras sube sus manos por mi pecho hasta llegar a mi cuello, agarrándolo con firmeza pero sin fuerza. Mis dedos encuentran la goma de sus calzoncillos y suelto una risita ahogada al notar que Edu está más que listo. Excitada, dejo que me

bese con mayor intensidad, sintiendo su lengua junto a la mía, mientras yo acaricio su miembro al ritmo de nuestra respiración. Nos movemos torpemente hasta la ducha, riéndonos entre beso y beso, y el agua empieza a caer sobre nosotros. Sin apenas esforzarse, me quita la camiseta mojada y el sujetador deportivo, y yo le quito los calzoncillos con menos gracia, pero sin perder ni un minuto.

El agua cae sobre nosotros como una cascada que lo envuelve todo. Su piel resbala bajo mis dedos, cálida, húmeda. Edu coge un poco de gel y me enjabona, dejando que la espuma lo cubra todo. Cuando sus manos recorren mi pecho, un escalofrío me sacude. Con suavidad, acaricia mis pezones, ahora completamente despiertos, y yo echo la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por esa mezcla de deseo y diversión. Me alza con facilidad y me apoya contra la pared, sujetándome como si no pesara nada. Nuestros cuerpos se buscan sin esfuerzo, con una conexión inmediata. Se desliza dentro de mí y lo hacemos. De la manera más salvaje y posesiva que lo he hecho nunca. Grito, sin filtro, sin pudor, mientras me aferro a sus hombros con uñas y alma, a punto de explotar de placer. Cuando la ola incontrolable me alcanza, mi cuerpo se retuerce con espasmos, uno tras otro, y yo cierro los ojos, perdiéndome bajo el agua. Edu no se detiene. Me besa el cuello, el

hombro, la boca. Me hace el amor como si cada rincón de mi cuerpo le perteneciera. Y cuando él también llega, me abraza y me aprieta contra él, con un gemido suspirado en mi oído que me funde y hace que vuelva a sentir el clímax por segunda vez, más intenso, más prolongado y más increíble todavía que el primero. Permanecemos así unos segundos, temblorosos, con el agua aún cayendo, tratando de recuperar el aliento.

Joder. Esto no me había pasado nunca. Dos seguidos. Terminamos de ducharnos entre risas y salpicaduras de jabón, besándonos y jugueteando como adolescentes. Mientras me seco, pienso en cómo me he lanzado con eso de "ahorrar agua"… Es que ni lo he pensado al decirlo. Qué vergüenza, madre mía. Hasta ahora había sido siempre él quien se había insinuado y yo solo me había dejado llevar, pero hoy ha sido mía la iniciativa. Qué loca. Aunque, pensándolo bien, ha sido él quien ha venido pidiendo entrar en mi ducha…

—Una pregunta, ¿de verdad no tienes agua caliente? —pregunto con una sonrisa picarona.

—Ups… me has pillado. Puede que ni la haya probado.

—¡No te creo! —Incrédula, empiezo a reírme a carcajadas—. ¡Menudo caradura!

Edu se contagia de mi risa mientras me pide perdón por no haber podido contenerse.

—Es que te he visto tan sexi en el ascensor… pero no sabía si tu querrías, así que he probado suerte y… ¡bingo! Ha salido la guerrera que llevas dentro.

Le lanzo la toalla a la cara, a lo que él responde persiguiéndome por toda la casa para matarme a cosquillas, y acabamos los dos en el sofá tirados, agotados, pero satisfechos. Muy satisfechos.

—¿Comemos? Tengo lasaña de mi madre.

—Oye, tú le pides a tu madre que te haga lasaña para atraerme, ¿me equivoco?

—Me niego a responder sin la presencia de mi abogado —replica en modo teatral. Hay que ver lo payaso que es y cómo me hace reír el condenado.

—Si es que eres Eduardo "Manos-Ligeras", ya lo decía Sofi —confieso entre risitas.

—Oye, ¿de dónde os habéis sacado ese mote, pájaras? ¡Me encanta! Y me duele que no se me hubiera ocurrido a mí primero.

Pasamos a su piso para comer la deliciosa lasaña de su madre, que no defrauda. Al terminar, mientras Edu prepara cafés,

me paseo por el salón, mirando la decoración, bastante escasa como buen piso de hombre. Hay un par de marquitos de fotos y algunos trofeos y medallas por ahí colgados, de carreras de todo tipo: triatlón, de obstáculos, de montaña… Este chico hace de todo.

Me detengo al ver una fotografía de Edu de jovencito —no tendría más de quince o dieciséis años— junto a otro chiquillo, algo más alto, los dos abrazados y levantando los pulgares, con una sonrisa orgullosa.

—¿Cuántos años tenías aquí? —pregunto divertida—. Menudo renacuajo.

Edu se gira al oírme, pero en cuanto me ve con la foto en las manos, su rostro se ensombrece en cuestión de milisegundos. Rápidamente vuelve a centrarse en la máquina de café.

—Dieciséis —responde, sin mirarme—. ¿Quieres azúcar?

—No, ya sabes que no me pongo nada —contesto un poco desconcertada. Él lo sabe, claro que lo sabe. Se lo he dicho más de una vez, incluso le he reñido porque él se echa azúcar y sabe que no es recomendable. ¿Por qué lo pregunta ahora? Vuelvo a mirar la imagen. El otro chico se parece mucho a él.

—¿Es tu primo?

Edu esquiva mi mirada y coloca las tazas sobre la mesa, indicándome que me lo beba mientras él toma un sorbo como si fuera un chupito.

—¿Estás bien, Edu?

Se queda en silencio, cabizbajo. El ambiente se vuelve diferente, más denso. Tardo un par de segundos en entender que he metido la pata. Tal vez no debería haber preguntado nada…

—Perdona —añado—. No quería meterme donde no me llaman.

Edu deja la taza y respira hondo, como quien intenta juntar las palabras antes de soltarlas.

—No pasa nada, Ceci. Es solo que… es un tema complicado. Es mi hermano. Álvaro.

—¿Tu hermano? No sabía que tenías uno… ¿Es que estáis peleados? —pregunto, imaginándome que aquí debe de haber un buen drama familiar.

—No, no es eso… —Hace una pausa—. Verás, mi hermano murió hace años en un accidente de moto. Esa fue la última foto que nos hicimos juntos.

Me quedo callada, con la taza caliente entre las manos, pero con el corazón frío como el hielo. No esperaba esto.

—Jo, Edu… lo siento muchísimo —digo bajito con la voz temblorosa.

Él asiente y continúa:

—Fue hace muchos años… Pero sigue ahí. Siempre está ahí.

Se queda en silencio, muy serio, con la mirada fija en la taza. Nunca lo había visto así y se me hiela la sangre. No sé si tocarle el brazo, si dejarle espacio o si cambiar de tema.

—¿Era mayor que tú? —pregunto finalmente.

—Dos años. Álvaro era... el bueno. El listo. El que hacía todo bien. Buen estudiante, responsable, deportista. Un hijo diez y el mejor hermano mayor que se pueda tener. Acababa de matricularse en Medicina, ¿sabes? Iba a ser médico, como tú.

Edu se pasa la mano por la nuca y suspira. Su voz suena cansada, como la de alguien mucho mayor.

—Cuando murió, yo… no sé, dejé de intentarlo. Me rebelé y me metí en todo lo que no debía. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve hacer las cosas bien? La vida es muy injusta. Mis padres estaban tan rotos que no podían con otra cosa, así que… me dejaron ir. La única persona que estuvo ahí para cuidarme fue Graciela, nuestra interna. Si no llega a ser por ella… Aun así, me convertí en el desastre oficial de la familia.

Lo dice sin dramatismo, pero yo lo siento. Siento cada palabra.

—Lo siento mucho Edu… ¿Y ahora cómo estás?

—Ahora intento arreglar las cosas. Pero mi padre no confía en mí. Me metió en la empresa solo para ver si hacía algo de provecho, pero... se nota que no espera gran cosa. Siento que sigo siendo el error de repuesto.

Me dan ganas de abrazarlo, pero no lo hago. Me da miedo que se rompa.

—Edu, no pienses así. No puedo ni imaginarme lo duro que tuvo que ser para ti, y está claro que tus padres no lograron estar a la altura de una situación tan complicada… Pero ahora creo que eres una persona increíble. Eres amable, bueno, divertido… y, ya ves, estás aquí, viviendo tu vida, con un trabajo, un piso… Has conseguido muchísimo y aún te queda mucho por crecer.

—Gracias, Ceci. En serio, oír eso de alguien como tú es muy reconfortante. Aunque, no sé… Sigo siendo bastante desastre. Estoy intentando mejorar, por eso pedí cita contigo. Porque quería cuidarme más, sentar un poco la cabeza… Pero no es fácil. Y no sé si lo será algún día.

—Pues claro que sí. Lo estás haciendo bien. —Pongo mi mano sobre la suya e intento trasmitirle todo el calor y cariño que puedo. Me destroza verle así.

Edu es de esa gente que siempre está feliz, con buena cara, con un chiste o una sonrisa para todo el mundo… pero está claro que solo es una máscara. Y cuando vemos a ese tipo de persona en sus momentos más vulnerables, es impactante. Porque el contraste con su actitud habitual es tan grande, que uno no sabe cómo reaccionar.

—Al principio, estuve como dos meses encerrado en casa sin querer salir ni ver a nadie. Solo hablaba con Graciela, que fue quien consiguió animarme para que acabara el bachillerato. De todas formas, mi rendimiento era nefasto y mi comportamiento daba pena, de hecho, me pasaba el día en el despacho del director. Aunque supongo que la gente sentía lástima por mí y no fueron tan duros como podrían haber sido… —Edu hace una breve pausa para coger aliento y prosigue—. Después, al poco tiempo, empecé a beber, a salir de fiesta sin límites, a consumir de todo… Me dejé absorber por el mundo de la noche, mientras que, durante el día, solo dormía. Llegó un momento en que mis padres empezaron a levantar cabeza, bueno mi padre, porque mi madre nunca llegó a recuperarse… Me

cogió de las orejas y me obligó a meterme a una carrera. Y así fue como estudié Administración de Empresas, aunque me costó unos cuantos años más de lo normal, claro. Porque yo seguía compaginándolo con los excesos de la noche, aunque al menos ya solo lo hacía los fines de semana. Y hace dos años, cuando terminé, mi padre me metió directamente a su empresa. Me imagino que, con mi expediente tan justo, no tenía esperanzas de que pudieran contratarme en ningún otro sitio.

—¿Y cómo te sentiste con tu primer trabajo?

—La realidad es que me ayudó mucho. Tener horarios y cierta responsabilidad me obligó a centrarme un poco en la vida. Aunque fuera mi padre, tenía claro que no iba a pasarme ni una, así que no podía cagarla. No quería defraudarle más.

—Qué bien, cómo me alegro…

—Me gustaría que confiara más en mí, que me diera algo más de responsabilidad en la empresa, porque siento que solo me manda proyectos fáciles por el miedo a que la líe. Pero bueno, no le culpo. Sé que la confianza hay que ganársela.

—Estoy convencida de que eso llegará.

—Sí, ojalá… Además, al entrar conocí a varios compañeros que son de puta madre. Algunos eran muy deportistas, así que

empecé yo también a hacer más deporte, creo que incluso un poco patológicamente, porque me obsesioné y ahora no hay día en que no salga a correr o vaya al gimnasio o haga algo. Siento que, si dejo de hacerlo, voy a recaer de nuevo. Es mi vía de escape.

—Pues es muy buena vía de escape, te felicito —le digo con una sonrisa sincera.— Creo que has madurado mucho, Edu. Has pasado por cosas terribles y, aunque no haya sido fácil, estás superándolas. Estoy orgullosa de ti.

Edu me mira con timidez, creo que agradecido por mis palabras, pero sin perder la expresión de tristeza.

—Gracias — dice en voz baja—. Además del deporte, dejé de salir tanto de fiesta, e intenté dejar de fumar, pero me era imposible. Hasta que te conocí. Aquel día, cuando te vi en la consulta, tan joven pero tan impresionante, tan segura… sentí que tenía que hacerlo. Cuando te dije que por ti lo haría, era en serio. No me refería a que lo hiciera para complacerte a ti, sino que lo conseguiría gracias a ti. No sé por qué, pero me motivaste.

Ahora soy yo la que se siente abrumada. Emocionada, noto cómo se me caldean las mejillas y se enrojecen. Nunca pensé que pudiera tener ese tipo de influencia sobre él. Al contrario, lo vi tan chulo, tan bromista… que no lo tomé en serio en absoluto. Y, aun

así, él está agradecido. Me siento fatal y, al mismo tiempo, me alegro muchísimo.

—No es que haya dejado la fiesta, pero ahora salgo más ocasionalmente, como una persona normal, y consumo algo de vez en cuando, pero solo en ocasiones muy especiales. Como cuando lo hice contigo. Te diría que fue una de las mejores noches de mi vida.

—Para mí también lo fue —confieso tímidamente—. Aunque no creo que vuelva a hacerlo. Estuvo bien probarlo, pero no quiero necesitar eso para sentirme así. Creo que puedo ser feliz de verdad sin engaños químicos y sin poner en riesgo mi estabilidad emocional.

—Lo sé, yo pienso lo mismo. Me alegro de que lo probaras y de que ahora tengas las cosas tan claras.

Tras un breve lapso de tiempo en que ambos nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro, con las manos entrelazadas y el alma totalmente expuesta, Edu interrumpe el momento:

—Bueno, cambiemos de tema, que no quiero arruinarte el día.

—No lo haces, al contrario. Me alegro de que me lo hayas contado. Sé que no es fácil hablar de estas cosas, pero creo que ahora te conozco un poco más. Te entiendo mejor.

Él me sonríe y acaricia mi mano. No sé por qué, pero de pronto me encuentro diciendo:

—Yo también fui la hija perfecta. O al menos lo intenté. Notas excelentes, ni una falta en clase, deporte regular… Hacía todo bien. Si alguien se resfriaba en casa, yo ya tenía el termómetro a mano antes de que estornudara.

Él me mira, curioso, como si no esperara este cambio de guión.

—¿Y cuál era el problema?

—Que mis padres eran demasiado exigentes. Y fríos, muy fríos. Para ellos "el esfuerzo es amor", así que nunca había una palabra bonita, un gesto de ternura… nada. Eso era para débiles y consideraban que yo tenía que ser muy fuerte. Porque, por lo visto, para tener éxito en la vida, hemos de ser de hierro.

—Joder… Qué duros.

—Sí, y eso que soy hija única. Siempre que oigo eso que dicen de que los hijos únicos son más mimados… Te juro que me dan ganas de echarme a llorar. Ojalá fuera una hija única de esas.

—Vaya, lo siento, Ceci…

—La realidad es que me metí en Medicina para sentir que valía. No es que no tuviera vocación, siempre me ha gustado el

cuerpo humano y el contacto con la gente… Pero necesitaba sentir el agradecimiento de aquellos a los que pudiera ayudar, supongo que para así rellenar un poco el vacío con el que crecí… Y también quería que mis padres sintieran orgullo por verme convertida en médico. Sin embargo, aunque lo logré… no bastó. —Dirijo la mirada al suelo, fijándola en una de las baldas del parqué, absorta en sus irregularidades mientras continúo—. Cuando quedo con ellos, lo único que hacen es preguntarme si he publicado, si estoy en la lista de los mejores médicos, si tengo posibilidades de ascenso… Es insoportable. Para colmo, pasó lo de Marc y... todavía me desmontó más el chiringuito.

—¿Quién es Marc? —pregunta Edu sorprendido.

—Mi exnovio. El chico que parecía que iba a ser para siempre. Estuvimos juntos varios años. No es que mis padres lo adoraran, le respetaban, sí, pero les parecía demasiado viajero y me torturaban con eso. Me preguntaban constantemente acerca de su trabajo, si ganaba bien, si tenía opciones de medrar… Y la verdad es que Marc tenía un buen trabajo, estable, pero no era ningún *workaholic*, precisamente. Iba, fichaba en la oficina, hacía lo que tuviera que hacer y se iba. Así que eso es algo con lo que mis padres me comían la cabeza…

—¿Y qué pasó con él?

—Me dejó por otra. Otra menos aburrida.

Lo suelto así, sin pensar, sin miramientos. Pero en cuanto lo digo, siento ese nudo en el centro de mi pecho, que me recuerda el sentimiento de traición y el dolor que, casi olvidado, no termina de desparecer.

—Pues vaya con Marc. Menudo capullo.

—Ya. Cuando me dejó, mis padres, encima, parecían adorarlo más que nunca. Que cómo había podido perderlo, me decían. Nunca supieron que me engañó. Yo tampoco quise contarlo: me daba vergüenza. Para ellos, la culpa era mía. Imagínate cómo quedó mi autoestima después de aquello… —Trago saliva para poder continuar, asumiendo cada una de mis palabras—. Desde entonces, cada vez que quedo con ellos, me preguntan si salgo con alguien. Ahora que me va bien en el trabajo, les preocupa enormemente mi situación amorosa. Es más, mi madre está empeñada en presentarme a los hijos solteros de sus amigas, siempre y cuando tengan un buen sueldo y una buena clase social, claro.

—Joder, Ceci. Parece agotador. Espero que no tomes en serio nada de eso que te dicen. Tiene delito tener una hija tan increíble como tú y no estar contento con eso.

—No soy tan increíble, Edu. Me he convertido en una persona controladora, obsesiva y desconfiada. Tú crees que eres un desastre, pero yo también me siento así muchas veces.

—Normal, con esa presión familiar… Pero, Cecilia, no lo eres. Seguro que tendrás tus defectos, como todos, pero eres una mujer alucinante. Y muy divertida. El Marc ese es un idiota que no te merecía si no supo verlo. Y tus padres… solo les perdono porque te han parido. Si no fuera por ellos, no te habría conocido.

Se me escapa una sonrisilla al escucharle. Hablar con él me está pareciendo mejor que cualquier sesión con la psicóloga.

—Ojalá pudieras verte a través de mis ojos —continúa—. Créeme, tu autoestima subiría muchos, muchísimos puntos.

Se me humedecen los lagrimales, complacida por tanto halago. Suena sincero y de verdad me hace sentir mejor.

—Oye, eres bueno escuchando — intento decirlo con humor, pero se me clava en la garganta.

—Lo mismo digo, Guerrera.

Y ahí estamos los dos, con nuestras heridas expuestas sobre la mesa, junto al café ya frío. Más desnudos que nunca, compartiendo una intimidad más vertiginosa que cualquier ducha conjunta.

CAPÍTULO 26

Creo que esto se me está yendo de las manos. Desde que nos sinceramos, todo ha cambiado. Ya no hay día en que no hablemos, en que no nos veamos, aunque sea solo un rato. Casi sin darnos cuenta, hemos terminado compartiendo cama muchas más noches de las que sería prudente reconocer. Y sí, me encanta. Pero también me asusta. Porque esto no era lo que tenía pensado cuando nos besamos en aquella fiesta. Qué desastre. Yo pensaba que podía darme una alegría al cuerpo, disfrutar un poco antes de volver a lo serio: la búsqueda del verdadero amor, el que algún día se convierta en el padre de mis hijos. Para mí, esto no era más que algo físico,

sin compromiso, una etapa. Pero lo cierto es que la historia se ha complicado y, aunque no seamos novios ni nada por el estilo, Edu ha pasado de ser una aventura espontánea a convertirse en mi rutina favorita.

Porque Edu es tan… tan. Me encanta su cuerpo, sí, pero también su risa, sus manos, su voz. Sus ojos. Podría pasarme horas mirándolo sin cansarme. Y el sexo con él es... otra dimensión. Inagotable, vibrante. Pero es que después, cuando terminamos, nunca nos falta tema de conversación. Las risas están aseguradas, por supuesto, pero además ya no solo hablamos de tonterías. Siento que estoy conociéndolo de verdad. Hemos atravesado la superficie, y reconozco que, debajo de esa piel morena, hay una persona adorable. Porque Edu es una buena persona. Lo más curioso es que él también está empezando a conocerme, y eso que a mí me cuesta abrirme. Incluso ha descubierto algunos de mis peores defectos, y no parecen molestarle.

Así que sí: Sofía tenía razón. Yo no sirvo para el sexo sin sentimientos. No sé cómo lo hace la gente. ¿Es que no hablan después? ¿Es que no les surgen esos momentos en que, sin querer, acaban aflorando intimidades peligrosas? Porque, joder, yo no quería, juro que no tenía la más mínima intención de llegar hasta

aquí, pero me parece inevitable que acabe pasando. A nosotros, desde luego, se nos ha removido todo.

Y eso me inquieta. Porque no quiero que me importe. Ya lo dejamos claro: esto no es amor. Así que no debería estar dejándome llevar por lo que tenemos, porque realmente, ¿tiene algún futuro? Él no tiene ni treinta, y yo cada día estoy más cerca de los cuarenta. Mi reserva ovárica no para de gritarme que no me líe, que no tengo tanto tiempo, mientras mi mente la ignora y se va de fiesta con un jovenzuelo, como si la biología fuera una broma.

Edu no está preparado para nada serio. Él tiene sus propias batallas que librar, sus objetivos, su reconstrucción personal. Desde luego, no está en un momento en el que pueda pensar en las mismas cosas que pienso yo.

Y, aun sabiendo eso, aquí estoy, malgastando óvulos cada mes en vez de buscar lo que realmente necesito.

Aun con todo, reconozco que me lo estoy pasando bien. Demasiado bien. Paseos en moto, cervecitas a la luz de la luna, días de playa con helado, noches de carcajadas y sábanas sudadas… Momentos geniales con una persona que no es perfecta, pero que me está enseñando otra forma de estar en el mundo. Una forma más ligera. Menos comedida.

Por si fuera poco, Edu se entiende muy bien con mis amigas. La otra noche salimos a cenar con Sebas, Claudia (que reconozco que es simpática y ya no me pone tan nerviosa, puesto que no parece tener interés en Edu ni él en ella) y otro amigo suyo, que, por cierto, parecía muy interesado en Maca. Fuimos a picar algo por el puerto y después a un pub de la zona. Fue una noche perfecta. No sé, sentí que todo estaba en orden. Pese a la diferencia de edad entre su grupo y nosotras, todo el mundo encajaba de maravilla. Aguantamos hasta las tantas, bailando, riendo… ¡acabamos viendo el amanecer en la playa con cervezas! Quién nos ha visto y quién nos ve. Sofía estaba encantada, dándole las gracias a Edu todo el rato por habernos hecho salir de nuestro enclaustramiento social a Maca y a mí. Obviamente ella acabó yéndose a dormir con Sebas, yo me fui con Edu, y Maca rechazó al pobre amigo y se fue sola a casa. Quién sabe si tenía al amor secreto esperándola… Sigue con el misterio, por mucho que la interroguemos. Ni con el alcohol suelta prenda, la cabrona. Por lo que nos ha contado, sigue quedando con ese misterioso chico y parece que la cosa va lenta pero segura, aunque aún no se siente preparada para contárnoslo.

Yo creo que tiene miedo. Después de lo de Raúl, supongo que no se atreve a creérselo del todo y quiere ser prudente. La entiendo.

Cuando terminas una relación larga en la que habías puesto todas tus expectativas, pierdes la fe en que otras puedan funcionar. Es como si, cada vez que empiezas algo con alguien, estuvieras esperando a que fracase. Así que, a veces, simplemente decides no contarlo. Por si acaso.

Supongo que, en el fondo, es por eso que no me preocupa tanto estar dejándome llevar con lo de Edu. Porque sé —o eso quiero creer— que algo pasará y todo acabará. No creo que vaya a ser más que un amor de verano. Pero mientras dure, voy a disfrutarlo. Porque sé que no es mi plan de vida, pero, joder, qué bien me siento fuera de él.

No sé muy bien en qué momento se me ocurrió que una escapada juntos era buena idea. Bueno, sí lo sé: cuando apareció Edu en mi cocina, en calzoncillos, sosteniendo un aguacate en una mano y tomate en la otra, y diciendo "me encantaría secuestrarte un par de días", mientras me daba besitos por el cuello. Y claro, una, que últimamente se derrite con cualquier cosa, asintió sin pensarlo.

Y aquí estamos: aprovechando las vacaciones de agosto, en el coche, con el aire acondicionado a tope, y una *playlist* hecha por él con una mezcla de reguetón, indie y temazos de los 2000 pensados para mí, rumbo a un pueblecito pesquero que, según él,

está recomendado en Instagram. Él, como buen chaval de su edad, es adicto a esa red social —por no hablar de TikTok, que esa ni sé cómo funciona—, así que saca toda la información cultural de ahí. Pues allá que nos vamos.

Tras un par de horas de viaje, por fin se despliega ante nosotros el pueblo como una maqueta perfecta, con muchas barcas y mucho encanto.

Avanzamos despacio por calles empedradas, bordeadas de casas blancas con postigos de colores, abrazadas por buganvillas fucsias que trepan por las fachadas como si quisieran colarse por los tejados. El sol lo baña todo con su luz dorada, dando una sensación de estar dentro de una postal.

Finalmente, aparcamos y nos encaminamos hacia la casita que hemos alquilado. El mar brilla con ese azul que solo existe cuando estás de vacaciones y el pueblo entero huele a sal, a crema solar y a calma.

La casa es pequeña, pero acogedora y pintoresca. De esas que crujen un poco al andar y te hacen sentir que estás en otra dimensión. Tiene una pequeña terraza con vistas a la bahía, y una cama enorme vestida con sábanas blancas y lisas, que no me pasa

desapercibida. Las gaviotas cruzan el cielo con sus graznidos lejanos, mientras la iglesia ameniza el momento con sus campanadas suaves y, de fondo, el ronroneo de las olas del mar completa una banda sonora perfecta.

Dejamos los trastos en la entrada y, sin pensarlo mucho, me tumbo en la cama. Estoy agotada, sí, pero también agradecida. Rodeada de naturaleza, paz y la brisa que entra por la ventana, siento que estoy exactamente donde debería estar. Aunque no tenga ni idea de adónde me lleva esto.

Edu se acerca emocionado por el entorno idílico en el que nos encontramos y no tardamos ni cinco minutos en estrenar la cama.

Los días se suceden como en una película. Snorkel en preciosas calas escondidas, helados absurdamente caros, cervezas y vino blanco al atardecer, y sexo como solo sucede cuando no hay estrés ni presión. Paseamos sin rumbo fijo, comemos pescado fresco en diferentes chiringuitos, y nos sentamos en la arena a mirar barcos pasar, sin prisa, sin obligaciones.

Y yo… me doy cuenta de que nunca me había sentido así. Ni siquiera con Marc. Es esta mezcla de libertad y deseo. De ternura y risa. De vivir el presente sin pensar en lo que vendrá. No quiero que se acabe.

La última noche, después de cenar, damos un paseo largo, sin destino. Hablamos de todo: de la infancia, de lo que significa hacerse mayor, de nuestros amigos, de los miedos, de los nudos que nos ha dejado el pasado, convirtiéndonos en las personas que hoy somos. Le hablo de Marc, de los complejos que me quedaron después, de cómo me ha costado salir de ese pozo que es la inseguridad. Edu me cuenta que lleva un tiempo en terapia. No es la primera vez, claro; cuando murió Álvaro pasó por varios psicólogos, pero entonces nada funcionaba. Ahora, en cambio, parece que lo está encajando de otra manera. Supongo que la ayuda solo sirve cuando uno está dispuesto a recibirla.

—Por primera vez me siento como un adulto responsable, ¿sabes? No sé, este año han cambiado bastante las cosas. He tenido buenos resultados en el trabajo, parece que mi padre cada vez confía más en mí, y, por fin, siento que estoy sentando la cabeza. Y quería darte las gracias.

—¿A mí? ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Todo.

Nos quedamos callados, en silencio. Como si el aire que respiramos supiera que no hace falta añadir nada más.

—Te lo digo en serio, Ceci, nunca había pasado tanto tiempo con alguien, y menos con alguien como tú. Tú me haces querer ser mejor.

Mientras pronuncia esas palabras me mira con una intensidad distinta, como si pudiera leer mi alma a través de mis pupilas. No puedo explicar lo que siento, pero es único. Edu sonríe, me coge la mano y nos quedamos parados, descalzos sobre la arena, con los pies medio hundidos y la brisa jugando con mi vestido. La noche está tan oscura que casi no distingo el mar. Solo se escucha el murmullo de las olas y el crujido de las barcas que mece la marea.

Nos vamos acercando poco a poco, despacio. Edu me toma la cara con ambas manos, se inclina sobre mí y me besa. Sin prisa, sin hambre. No hay lengua al principio, solo el calor de sus labios sobre los míos. Es un beso lento pero decidido, que va de menos a más, como una canción que empieza en un susurro y va creciendo, nota a nota, hasta desbordarte por dentro con toda su potencia. Cuando por fin nuestras lenguas se encuentran, me da un vuelco el estómago. Le agarro la camiseta por la nuca, él me aprieta contra su

pecho, y siento que soy suya, y que él es mío, y que, de repente, no sé qué hora es, ni qué día, ni nada. No sé si quiero sentir todo esto, no lo sé. Pero ya es tarde…

Cuando nos separamos, apenas respirando, nos damos cuenta de que hemos llegado a una cala apartada, completamente vacía. Edu empieza a quitarse la ropa sin pensarlo dos veces y me mira con esa chispa que le delata, animándome a hacer lo mismo.

—¿Pero qué dices? ¿Y si viene alguien?

—¿Quién va a venir? ¡Estamos solos, Ceci! ¡El mundo es nuestro! —grita, a viva voz, con los brazos en alto, riéndose como un niño travieso—. ¡Al agua, Guerrera!

Me quedo quieta unos segundos, dubitativa. Y entonces lo decido. A la mierda, voy con todo. Me quito el vestido, el suje y las braguitas, suelto las sandalias, y con un grito entre risa y locura, me lanzo corriendo al mar, donde él ya me espera en la orilla.

Nos bañamos desnudos, con el agua tan clara que parece fundirse con el cielo. La luna se refleja sobre la superficie y, por un momento, juro que flotamos entre las estrellas. Nos besamos, nos reímos como críos, chapoteamos, saltamos entre las olas que nos acarician sin pudor, y sé con certeza que no querría estar en ningún otro lugar del mundo.

—¿Sabías que eres preciosa? —dice, mientras me sostiene en brazos. Yo me aferro a él como un koala, sumergidos los dos hasta el cuello, flotando como podemos—. Quiero que se te quede grabado ahí dentro para siempre —añade, tocándome suavemente la frente con un dedo—. Que eres increíble, Cecilia Guerra. Ojalá todo el mundo tuviera la suerte de conocerte. Ese Marc no valía ni para mirarte. Y aun así, te hizo dudar de ti. Eso es lo que más me jode.

Pese al salitre que me escuece en los ojos, los mantengo bien abiertos, decidida a no perderme ni un milímetro de este momento.

—Gracias, Edu. A veces necesitamos ayuda para quitarnos ciertas vendas de los ojos y tú lo has hecho conmigo. Puede que seas más joven, que creas que eres un desastre, que no te veas como el hombre adulto en el que quieres convertirte… pero a mí me has salvado. Me has enseñado que puedo divertirme, que no todo es blanco o negro, que la vida hay que vivirla con intensidad. Estaba atrapada en la idea de seguir el plan establecido, de cumplir con todo lo que se esperaba de mí… y no me daba cuenta de que esto, justo esto, era lo que necesitaba. Gracias.

Lo siguiente que sé es que el tiempo se detiene, que el influjo de la luna lo hechiza todo y que me pierdo en sus caricias. Me toma

en brazos con esa firmeza suya que hace que me sienta liviana, me deja con cuidado sobre la arena húmeda, boca arriba, y se tumba sobre mí, sin dejar de mirarme. Bajo la luz plateada de una noche estrellada, primero acaricia mi rostro, luego mis pechos, y recorre mi cuerpo entero con los labios, haciéndome sentir deseada, hermosa, poderosa. Separa mis piernas con delicadeza y se acomoda entre ellas, haciéndome vibrar con el solo roce de su piel mojada sobre la mía. Y me penetra lentamente, como si siguiéramos meciéndonos sobre las olas, como si navegáramos a la deriva, rumbo a ese punto donde el cielo se funde con el mar. Aprieto mis muslos contra sus caderas, queriendo más, queriendo todo. Queriéndolo a él. Él entrelaza sus dedos con los míos, sujetando nuestras manos a ambos lados de mi cabeza, y me besa. Largo. Profundo. El placer nos alcanza como una ola imparable, mientras sentimos esa descarga suave y deliciosa que nos deshace al mismo tiempo, y todo se diluye entre nuestros jadeos. Cierro los ojos y nos quedamos inmóviles, en silencio, acompañados únicamente de su respiración, la mía, y la dulce melodía del mar.

CAPÍTULO 27

El viaje de vuelta se pasa volando, en contra de mis fervientes deseos de que se prolongue todo lo posible. En el camino en coche nos entretenemos con la música: yo le enseño mis canciones y cantantes favoritas, bastante femeninas y profundas todas, y él a mí los suyos, mucho más rockeros y cañeros. Tan cierto y estereotípico a la vez. Me quedo dormida a mitad de trayecto y él no me despierta hasta que llegamos. Nos despedimos en el rellano, conscientes ambos de que, después de cinco días juntos, debemos mantener nuestro espacio y dormir cada uno en su piso, antes de que terminemos estirándonos de los pelos.

Aun así, las siguientes semanas pasamos mucho tiempo juntos, sin necesidad de decirnos grandes cosas, porque todo está dicho. Todo fluye, sin dramas, sin peleas, sin ataduras tampoco. Vamos al cine, vemos series en casa, quedamos con nuestros amigos y, una vez terminadas las vacaciones, volvemos a nuestros trabajos con fuerza, con ganas, renovados.

De vuelta a la rutina, bajamos bastante la intensidad y el ritmo de nuestras quedadas, pero sin dramas ni reproches. A mí, sinceramente, me viene bien tener tiempo para mí, para Maca y Sofía, y para retomar nuestras comidas de los domingos con Rosario. También vuelven las inevitables comidas con mis padres, claro. Pero ya no me dejo tratar como si siguiera siendo una niña, ni como si su insistencia fuese necesaria para que yo mejore en mi trabajo o en mi vida personal. Después de unos cuantos cortes inesperados por mi parte, y de varias frases tipo "madre mía, tu hija, cómo está últimamente" o "no se le puede decir nada" o "qué carácter tiene esta niña, oye", la verdad es que me dejan bastante tranquila y, poco a poco, empezamos a hablarnos como los tres adultos que ya somos. Y, oye, ya no me caen tan mal. Supongo que es más fácil entenderse cuando dejas claros ciertos límites.

En lo laboral, consigo por fin, y no sin esfuerzo, terminar el artículo que tenía a medias, y logro publicarlo en una de las mejores revistas europeas. Y, como guinda, por fin empiezo a ver reflejados en la nómina los extras por ser coordinadora.

Edu también está contento en la empresa. Gracias a sus ideas y buenos resultados, empieza a ganarse el respeto del equipo, alejándose poco a poco de esa imagen de "el hijo del jefe" que tanto le pesaba. De los cigarrillos no se ha vuelto a saber nada, así que parece que, poco a poco, todos vamos cumpliendo metas.

A finales de septiembre es su cumpleaños, así que todo apunta a que entrará en la treintena con buen pie. De hecho, está organizando una fiesta por todo lo alto, con amigos, familia y un despliegue logístico que incluye DJ, catering y local alquilado. Por supuesto, allí estaremos las tres Marías: Maca, Sofi y yo.

Tengo cierta curiosidad por ver a sus padres, bueno, por ver cómo son, porque no tengo pensado que haya ningún tipo de presentación formal. Ni falta que hace. Ellos ni siquiera saben que existo, así que no tengo que pasar por ese mal trago. Al fin y al cabo, llevamos solo unos meses quedando. Sería precipitado. ¿Para qué complicarlo?

Tengo que reconocer que últimamente uso más Instagram, influencia directa de Edu, claro. Lo utilizo para coger ideas para su fiesta e incluso para inspirarme a la hora de elegir qué ponerme. Gracias a eso, he acabado comprándome un vestido rojo espectacular y unas cuñas altísimas con las que no parezco tan minúscula como de costumbre. Porque sí, con mi metro sesenta escaso, suelo ir más plana que una carpeta mientras el resto desfila sobre tacones imposibles. El local para la fiesta y el catering los han alquilado sus padres, así que debe de ser un sitio bastante exclusivo. Además, la música y el DJ ya están cerrados, gracias a los innumerables contactos de Edu en el mundo de la noche. Todo está listo.

Una noche tonta, a pocos días del gran evento, abro Instagram para distraerme un rato antes de dormir. Y, cómo no, me topo con lo de siempre: mis compañeros del colegio y de la universidad subiendo fotos de ecografías prenatales, bebés recién nacidos y lunas de miel. Mientras tanto, yo sigo mirando modelitos y consejos de maquillaje moderno. Me detengo en el perfil de una chica que fue una de mis mejores amigas, aunque con el tiempo nos fuimos distanciando. Ella estudió Magisterio, se quedó trabajando en

el cole de su pueblo de toda la vida, se casó y ya va por el segundo hijo. Yo, en cambio, me metí en Medicina: seis años de carrera, uno para el MIR, otros cuatro de residencia, para formarme como médico de familia, empollando sin parar, viajando para hacer rotatorios en los que pudiera aprender más, y, por fin, cuando tuve tiempo para conocer a alguien, empecé con Marc, que me acabó saliendo rana. Y ahora aquí estoy, ayudando a organizar fiestas de "felices 30", mientras ella ya tiene la vida montada, con dos retoños y un marido adorable. Joder. Mejor no pensar en la imagen de mi próximo cumpleaños con los "felices 36".

Treinta y seis.

Casi se me había olvidado lo del recuento ovárico… pero ahí sigue. Siempre presente. Me pregunto si Edu querrá tener hijos. Y cuándo. ¿Cuánto puedo esperar yo? Me gustaría preguntárselo, pero ¿cómo narices se plantea eso sin sonar como una loca desesperada? ¿Cómo se le suelta algo así a un chico de veintinueve años con el que ni siquiera llevas medio año quedando? Sorpresa: no se puede.

Cierro Instagram y me meto en la cama, resignada. Estas preguntas no tienen respuesta hoy. Ya me preocuparé por ello más adelante. Ahora, lo único que quiero es no estropear el momento mágico que estoy viviendo.

Los días previos a la fiesta intento no pensar demasiado y seguir con mi rutina. Edu está ilusionado, especialmente cariñoso, y yo… yo no podría ser más feliz.

—Sabes, no sé si Claudia podrá venir a la fiesta —me dice una tarde, mientras nos tomamos una cervecita en mi balcón.

—¿Ah, no? ¿Qué ha pasado?

—Su hermana mayor está a punto de parir. Vive en Madrid, y si se pone de parto, quiere irse para estar en el hospital. Así que no sabe si podrá venir o no.

—¡Vaya! Qué ilusión, ¿no? ¡Va a ser tía!

—Sí, está muy emocionada.

—¿Y a ti? ¿Te gustan los niños?

—¿A mí? Claro. ¿A quién no?

—Quiero decir… si te gustaría tener.

—Ah, eso… —se queda callado un momento—. No sé, la verdad. Nunca me lo he planteado en serio.

—Ya.

El silencio se instala entre nosotros. Edu se apoya en la barandilla y se queda mirando el tráfico, dejando que el ruido de

fondo sustituya a la respuesta que no me ha dado.

—Pero si tuvieras que decir algo... ¿crees que serás padre algún día?

—Pues no lo sé, Ceci. Es una de esas cosas que ya pensaré cuando sea mayor.

Su respuesta me atraviesa como un alfiler. Él, en cambio, da un largo trago de su cerveza, indiferente, sin mirarme siquiera. No sé si me molesta que no se lo haya planteado… o que yo no pueda permitirme no hacerlo.

—Por cierto, ¿ya sabes qué braguitas te vas a poner mañana? —suelta de pronto, como si esto no acabara de pasar—. Dime que no vas a llevar. ¡Podríamos hacerlo en el baño a mitad de la fiesta!

Pongo los ojos en blanco y suspiro, intentando no dejar que se me note el bajón.

—Pero si estarán tus padres allí...

—Lo sé, por eso tiene más morbo.

—¡Ay, calla, cochino! —le digo riéndome, dejándome llevar por su ligereza. Mejor no complicar las cosas. Mejor quedarme aquí, en este instante, donde todo aún funciona.

CAPÍTULO 28

—Maca llega tarde —le digo a Sofía enseñándole la pantalla del móvil con el mensaje en el que avisa—. Así que vamos tirando.

—No puedo creerlo.

—Hay que decirle que vuelva con Raúl. Desde que lo dejaron, es un desastre.

—Prefiero desastre que con ese —replica Sofía—. Casi mejor le compramos un reloj.

—Tienes razón.

—Como siempre. Por cierto, estás tremenda con ese vestidazo. Buena elección, *Guerrera* —me dice con sorna,

remarcando el "Guerrera", en una ridícula imitación de Edu.

Le contesto con un manotazo en el culo. Madre mía, qué duro lo tiene, la muy cabrona. ¡Pero si hacemos la misma cantidad de deporte! Bueno, últimamente me gana, que yo reconozco que me estoy pasando un poquito con las cerves y he sustituido algunos días de gym por sexo desenfrenado, lo cual, parece ser que no es tan efectivo para mis glúteos como yo creía. Pillamos un taxi y nos dirigimos hacia el salón donde se va a celebrar la fiesta.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta mi amiga.

—¿Se me nota mucho?

—Bastante, estás muy callada. ¿Qué te preocupa?

—Van a estar sus padres.

—No jodas. ¿En serio? ¡Ni se te ocurra presentarte!

—¿Por qué no?

—¿Que por qué no? ¡Porque estás genial con Edu! ¿Es que quieres cagarla? Los padres solo lo enmarronan todo.

—Sofía, Rosario me contó el otro día que había conocido a Sebas, así que déjate de tonterías.

—A ver, tía, Rosario no cuenta. Y fue de casualidad, que me vino a recoger a la floristería y la muy perra salió a cotillear. Pues ya no tuve más remedio que presentarlos.

—Bueno, la idea no es presentarme ni nada, tranquila. Pero aun así, me pone un poco tensa la idea de ponerles cara, después de todo lo que me ha contado Edu.

Por supuesto, Sofía está al tanto de la historia del hermano de Edu. Como habíamos empezado a juntarnos bastante con su grupo, preferí contárselo para que no metiera la pata con su verborrea habitual. Al final, resultó que ya lo sabía. Sebas se lo había contado. Esos dos dirán lo que quieran, pero yo los veo cada día más enchochados.

Cuando llegamos, no puedo evitar sentirme superobservada. Sofía, con su vestido negro, corto y escotado, deja al aire ese par de piernas de infarto que tiene. Y yo, gracias a mis cuñas kilométricas que acompañan mi vestido rojo midi, de cuello *halter* y espalda al aire, por una vez en la vida, no parezco un *hobbit* a su lado. Bajamos del taxi como dos estrellas de *Hollywood* y varias personas en la puerta del local se giran. Aunque imagino que sobre todo se fijan en ella, me siento parte del espectáculo, y camino como si fuera a comerme el mundo.

Hasta que una señora de unos sesenta años, guapísima y elegante, nos cruza la mirada al llegar a la puerta. Me observa de arriba abajo, como si me estuviera analizando.

—Bonito vestido —comenta con un tono seco, pero cortés, con la sonrisa ladeada, tras lo cual sigue caminando con la mirada al frente.

—Gracias —susurro, aunque la mujer ya no me escucha.

—Uau, qué estilazo tiene esa mujer. Parece Isabel Preysler en sus buenos tiempos —murmura Sofía, mirándola descaradamente conforme se aleja.

—No hagas esas comparaciones, tía, que aquí a las únicas a las que se nos ocurriría mencionar a Isabel Preysler es a nosotras y a esa buena mujer; estos treintañeros no sabrán ni quién es.

—¿Cómo no van a saber quién es? Serán jóvenes, pero tienen tele, ¿no?

—Mmm, te diría que la mayoría solo miran Instagram y TikTok.

—Pff. Pues mira, prefiero ser una carca. Llevemos nuestra vejez con orgullo, Ceci.

Sofía se ríe como si nada, tan segura, tan brillante… Y así llegamos a la fiesta. La esperadísima fiesta. Veo a Edu entre los invitados, saludando a unos y a otros sin descanso. En cuanto nos ve, se acerca enseguida. Me da un beso rápido en la mejilla, casi protocolario, y justo entonces aparece un señor trajeado que le

reclama para presentarle a alguien. Edu me lanza una sonrisa breve antes de desaparecer con él, y yo me quedo de pie, con una sensación un poco tonta en el estómago.

Nos servimos un par de Martinis y nos acomodamos en una de las mesas altas del salón. Los invitados no dejan de llegar. Enseguida aparecen Sebas, Maca, Claudia y varios amigos más del grupo. Tras un rato, los camareros empiezan a desfilar con bandejas repletas de exquisiteces: *steak tartar*, croquetas crujientes, montaditos de foie, tiradito de atún, minihamburguesas, delicias en miniatura… incluso hay un cortador de jamón y un puesto de quesos de todas las variedades. Todo un despliegue.

—Joder, menudo nivel tiene tu novio —comenta Maca, con la boca llena de brandada de bacalao.

—No es mi novio —respondo, aunque se me escapa una sonrisa—. Pero sí, yo también estoy flipando.

—Se nota el apellido compuesto —añade Sofía.

—¿Cuál era? —pregunta Maca.

—Muñoz de la Rúa —contesto, alargando cada sílaba con tono aristocrático. Las tres nos reímos, encantadas de estar allí, en una fiesta que parece más una boda, rodeadas de buena comida, buen vino y muy buen ambiente.

—La empresa les va genial —interrumpe Claudia, que por lo visto estaba escuchando—. Y, bueno, Isabel, la madre de Edu, viene de buena familia. Así que no podías esperar un antro.

—¿Se llama Isabel? ¿Como Isabel Preysler? ¡Qué fuerte! —exclama Sofía, y cruzamos una mirada cómplice.

—¿Esa no es la abuela de los Ferrero Rocher? —pregunta un amigo de Edu, que se ha unido a la conversación.

—¡Ni se te ocurra llamarla abuela! —salta Maca, escandalizada—. Esa mujer siempre será joven.

Claudia asiente con seriedad, como si fuera una causa justa que defender.

—Vale, vale, tranquila —responde el chico, encogiéndose de hombros.

Las tres nos reímos, conscientes de la brecha generacional que sale a veces cuando estamos con ellos, si bien la mayor parte del tiempo es imperceptible. Claudia se ríe con nosotras, como una más del equipo. Creo que es algo mayor que Edu y Sebas, pero ni idea. En cualquier caso, no se despega de nosotras en toda la noche.

Edu reaparece poco después y pasa un buen rato con nosotros, relajado, feliz, disfrutando de su día. Aunque su

cumpleaños real es mañana, todos lo felicitan ya entre brindis y abrazos. Yo me río, bromeo, pero sin dejar de contar los minutos: a las doce en punto pienso apartarlo un momento del bullicio. Tengo algo que me hace mucha ilusión darle.

Cuando ya han salido la mayoría de platos, el tintineo de una copa retumba en las paredes del local. El señor trajeado de antes se ha colocado en medio de las mesas, con la clara intención de pronunciar unas palabras.

—Ejem, ejem —carraspea—. Buenas noches a todos. La mayoría ya me conocéis, pero, para los que no, soy Alfonso, el padre del cumpleañero. Hoy es un día muy especial, así que quería compartir unas palabras…

Así que ese era el padre de Edu. Cuando ha pasado antes por aquí me había parecido muy serio, pero ahora que lo veo ahí, hablando de su hijo, lo veo a él. Veo a Edu en sus ojos. Tiene la misma expresión afable y divertida y, aunque el traje le da clase y porte, se le ve bastante jovial.

—Antes de nada, os agradezco a todos que hayáis venido. La vida no es fácil, y es importante aprovechar cada ocasión para celebrar. Hoy celebramos el cumpleaños de nuestro querido hijo…

ese, ese que veis ahí —dice mientras señala a Edu—, no te escondas, cabroncete.

Se ríe, y con él, todo el salón. Edu está rojo como un tomate, pero sonríe con esa expresión suya, mezcla de travesura y encanto.

—Eduardo ha pasado por mucho. Todos hemos pasado por mucho —añade, rodeando con el brazo a la señora elegante que, ahora puedo confirmarlo, es la madre de Edu. Sus ojos están ligeramente humedecidos—. Pero hoy puedo decir que me siento afortunado de que ese hombre en el que se ha convertido sea mi hijo. Enhorabuena, Eduardo, eres un crack.

El uso de "crack" en boca de un hombre con pinta de empresario serio arranca varias risas cómplices.

—Porque has demostrado que vales, que eres fuerte, que sabes superarte cada día —añade, mientras varias cabezas asienten con emoción—. Y, aunque a veces podamos ser un poco duros contigo, debes saber que estamos muy orgullosos. ¡Felicidades, hijo!

Alfonso alza la copa de vino y concluye:

—Brindemos por ti, por él y por todos los aquí presentes.

Todos levantamos nuestras copas y brindamos, entre aplausos y sonrisas. Edu se acerca a su padre y le da un abrazo sincero. No me pasa desapercibido cómo su madre se seca con

disimulo una lágrima del pómulo justo antes de que Edu la envuelva también entre sus brazos. Está claro que tienen a Álvaro presente en cada momento de su vida. Qué dolor tan inmenso. Supongo que uno no supera algo así… solo aprende a caminar con ello.

Edu coge el micrófono y añade unas palabras de agradecimiento a sus padres, por confiar en él, por darle la oportunidad de desarrollarse en la empresa, por estar celebrando este día con él y con toda la gente a la que quiere, que está hoy aquí. En ese momento, durante un milisegundo, me mira y me guiña un ojo, y yo me siento como una grupi deshaciéndose de emoción ante el rockero del escenario. Pero lo disimulo, claro, y nadie más se percata, menos mal. Si no, me muero de la vergüenza.

Todo el mundo aplaude, se ríe y se acerca al cumpleañero. Los amigos de Edu no tardan en mantearlo, momento en el cual tengo que apartar la vista porque a mí me da muchísima impresión cuando los tíos hacen eso. Siempre tengo la sensación de que el manteado se va a quedar paralítico en una de las sacudidas.

La fiesta continúa y, una vez servida la tarta, empieza la barra libre y la música toma protagonismo. Mis amigas y yo bailamos y

nos divertimos con Edu y sus amigos. Mantenemos las distancias, pero la verdad es que no paramos de hacernos ojitos. Hasta que, de pronto, me doy cuenta de que Isabel, su sofisticada madre, también me observa. Por un momento, nuestras miradas se cruzan fugazmente, y ella me sonríe. Le devuelvo la sonrisa con timidez y trato de no volver a establecer contacto visual, aunque está claro que me tiene calada. Qué fuerte, es que a las madres no se les pasa ni una. Tienen ese superpoder de detectarlo todo cuando nadie más lo haría.

Se acercan las doce, así que busco a Edu y le pido que me acompañe. Para que no nos vean, aprovecho el momento en que su madre está hablando con unas señoras, todas igual de distinguidas que ella, y su padre está fumándose un puro en la zona de la terraza con otro tipo. Entramos a una salita que hay al lado de las cocinas, donde veo que Edu ha dejado la chaqueta y algunos regalos que ya han debido de darle otros invitados.

Llevo el paquetito guardado en mi bolso desde que salí de casa y, de pronto, me pongo un poco nerviosa. ¿Y si no le gusta? ¿Y si le parece cursi o fuera de lugar? ¿Y si se ríe, no en plan bien, sino en plan incómodo? No es que sea gran cosa, pero... es personal. Y eso siempre da vértigo.

—¿Qué pasa, Guerrera? ¿Es que ya no podías aguantarte? —bromea con su sonrisa pícara.

Trago saliva y me obligo a actuar como si nada.

—Te he traído un regalo. Esto es un cumpleaños, ¿no?

—Ceci, no hacía falta. Pero gracias, me hace mucha ilusión. No me lo esperaba.

—No te emociones, ¿vale? No es nada. Solo… algo útil. Por si en algún momento no me tienes cerca para decirte que no la cagues —le digo de coña, sacando la lengua.

Le doy una cajita pequeña envuelta en papel de regalo. Entusiasmado, con la expresión de un niño en Navidad, abre el paquetito con delicadeza.

—Me encanta. Es simplemente perfecto —susurra en cuanto lo ve.

Edu saca el pequeño artilugio de su envoltorio y lo observa detenidamente. Es una brújula pequeña, clásica, que por la parte de atrás tiene un grabado en el que pone:

" Confía en tu camino "

—La compré durante el viaje, en la tienda de antigüedades marinas, ¿te acuerdas?

—Pues claro, me encantó esa tienda. De hecho, vi las brújulas, ¿sabes? Me tenían fascinado. ¿Cómo…?

—Te vi mirándolas. Luego te fuiste corriendo a la heladería a pedir que te dejaran usar el baño porque te meabas encima —le refresco la memoria dándole un poco de humor al momento—. Entonces me acerqué a ver qué mirabas con tanto interés, vi esta y me encantó. Así que la compré.

—Jo, tía, es el mejor regalo que podían hacerme. De verdad. Me flipa.

Edu se queda unos segundos en silencio, emocionado, pasando su mirada de mí y a la brújula, y de la brújula a mí, y finalmente me abraza. Fuerte. Al separarse, me da un beso en la frente.

—Eres la mejor, Cecilia Guerra. Te qui…

Siento pánico cuando empiezo a oír esas palabras. No estoy segura de lo que va a decir, pero no quiero averiguarlo. No ahora. No aquí.

—Bueno, bueno —lo corto, nerviosa—. No nos pongamos sentimentales. ¿Te apetece ver tu regalo de verdad?

—¿Cómo?

Ante la mirada confusa de Edu, me levanto el vestido lentamente, en plan sexi.

—¡No te creo! —Edu se descojona cuando ve que no llevo ropa interior—. Eres mi diosa. Ven aquí que te voy a comer enterita, Guerrera.

Y así, tras pasar el pestillo al cuartito, nos lo montamos en mitad de la fiesta, cumpliendo todas las fantasías del cumpleañero.

La noche avanza entre mojitos, risas y bailoteos. Hacia las dos de la mañana, Edu se aparta un momento de la fiesta acompañado de sus padres. Los tres se quedan junto a la puerta de salida, conversando en voz baja. No alcanzo a oír lo que dicen, pero observo cómo se abrazan antes de que el matrimonio abandone el salón.

Edu regresa con un brillo especial en los ojos. Está feliz. Bailamos juntos, ahora más relajados, sin necesidad de disimular. Ya solo quedamos los más cercanos, y no hay nada que esconder.

—Te he visto muy bien con tus padres —le susurro al oído mientras nos movemos al ritmo de la música.

—Ha sido increíble. Esta fiesta está siendo… brutal. Y no sabes cuánto me alegro de que estés aquí.

Me acaricia la mejilla con el pulgar, y yo le sonrío, igual de feliz de estar a su lado.

—Mira lo que me ha regalado mi padre —añade, sacando algo del bolsillo.

—¿Qué…? —empiezo al ver que saca las llaves de un coche. Pero no de cualquier coche, no. De un Mercedes.

—Es el coche de empresa. ¿Te acuerdas que era el único que tenía que ir con su tartana todos los días? —dice riéndose—. Por fin me han dado uno decente. El mío ya estaba para el desguace.

—¡Uau, Edu! Eso es increíble. ¿Ves? Te has ganado tu sitio. Sabía que lo conseguirías.

—Joder, pues yo pensé que no iba a pasar nunca. Que sería siempre el enchufado sin mérito, el hijo del jefe en el que nadie confía…

—Pues ya ves que eso solo estaba en tu cabeza, tonto. ¡Si eres un crack!

Nos reímos a carcajadas y, justo entonces, empieza a sonar "Emborracharme", de Lori Meyers. La reconocemos al instante.

—¿Te acuerdas? —me dice, y yo asiento con una sonrisa. Y bailamos como nunca. Saltamos, gritamos, cantamos hasta quedarnos afónicos, recordando esa primera noche en que todo empezó, gracias, en parte, a esa canción.

De tanto beber, me toca ir al baño. Voy un poco piripi —como diría nuestra Isabel Preysler particular— y me quedo medio absorta mientras espero a que se libere uno. Justo al lado, frente a la puerta del baño de chicos, hay dos tíos que me suenan. Creo que son compañeros de la empresa de Edu. Hablan entre ellos en voz baja, como si susurraran… pero se les oye todo. Supongo que están tan borrachos como yo.

—Tío, hay que ser idiota. No me lo creo.

—Que sí, que no es coña. Me lo ha dicho Pepe.

—¿Pepe? Joder, si lo ha dicho Pepe, es que va en serio. ¿Y es en Lisboa?

—Sí, para liderar el proyecto ese de… —no alcanzo a oír bien el nombre—, como jefe de departamento. Sería un año o dos. A ver, que el tío es un máquina, no me sorprende que se lo ofrezcan a él.

—¿Pero entonces lo va a rechazar?

—No, no. No está claro aún. Pero dice Pepe que se ha pillado por una tía y que igual no se va.

—¡No jodas! ¿La amiga de la rubia esa que está tan buena?

—Creo que sí.

—Joder. Hay que ser pringado para dejar pasar una oportunidad así. Y encima por culpa de la pava esa.

—Bueno, también te digo: siendo el hijo del jefe… ya le caerán más cosas. Pero hay que estar colgado.

—¡Y que lo digas! A mí Sara me puede decir misa, que si me ofrecen eso me voy sin pensármelo. Ella que se las apañe.

—Hostia, la Sara te mata. Pero oye, que yo estoy soltero, que me lo den a mí. Le voy a dejar caer a Alfonso que no tengo ataduras…

Siguen ahí, susurrándose a gritos, copa en mano, medio borrachos, medio en serio. Pero yo ya no escucho más.

Me quedo paralizada.

¿Qué acabo de oír?

Vuelvo a la fiesta como flotando, mareada, confusa. La música suena, las luces giran, y Edu está ahí, riéndose con sus amigos, haciendo el payaso como de costumbre. Como si nada.

Busco a Sofía y a Maca entre la gente, necesito hablar con ellas. Pero no aparecen. ¿Dónde se han metido estas golfas justo cuando más las necesito?

Tras recorrer el local con la mirada, salgo también a la terraza, pero ni rastro de mis amigas. Me apoyo en la barandilla y dejo que el aire fresco golpee mi cara, a ver si ordena mis ideas. Hablaban de Edu. No hay duda. ¿Lisboa? ¿Un proyecto? ¿Una decisión que podría cambiar su vida? ¿Y yo? Empiezo a tiritar. No sé si tengo frío, miedo… o todo a la vez.

Camino de un lado a otro por la terraza, rumiando pensamientos que no me llevan a ningún sitio, cuando me fijo en una zona más oscura, al fondo. En una esquina apenas iluminada por las guirnaldas del borde de la barandilla hay dos siluetas. Muy juntas. Diría que… sí, se están besando. Me acerco unos pasos, en parte para distraerme, en parte por puro cotilleo. Y entonces, cuando mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad, reconozco un perfil inconfundible y una melena que reconozco al instante.

¡Es Maca!

Ay, pillina, por fin voy a conocer a tu misterioso amante, a tu príncipe azul secreto. Me acerco un poco más, sigilosamente, hasta que… No. No puede ser. ¿Qué coño…? Junto a ella, agarrándola por

la cintura y comiéndole toda la boca, veo la figura de una persona alta y delgada, con una coleta rubia y larga, perfectamente peinada… Mi cerebro empieza a cortocircuitar. No puede ser. Pero es… ¿Claudia?

Me quedo completamente a cuadros. El mareo etílico desaparece de golpe. Incluso se me olvidan Lisboa, Edu y sus puñeteros compañeros del baño.

¿Maca y Claudia? ¿¿MACA Y CLAUDIA??

Vale. Necesito sentarme. O que alguien me eche agua en la cara. Esta noche está siendo muy rara. Empieza a parecerse sospechosamente a un sueño. Aunque ahora empiezan a cuadrarme muchas cosas: el misterio, las evasivas para no contárnoslo, que Maca estuviera tan segura de que Claudia no tenía nada con Edu cuando le pregunté, y que esta intentara comportarse hoy como una más de nosotras, obviamente intentando ganarse nuestra confianza, … Joder, pues claro. ¡Era ella todo el tiempo! No puedo contener un miniataque de risa. ¿Maca, lesbiana? ¿Claudia, su *crush* secreto? La vida es una caja de sorpresas. Madre mía, Sofía va a flipar.

Sin darme cuenta, me he quedado ahí plantada, mirándolas descaradamente y riéndome. Pensaba que las risas solo estaban

sonando en mi cabeza, pero me da a mí que no, porque, de pronto, Maca y Claudia se separan de golpe, como pilladas en medio de una travesura adolescente. Nos quedamos las tres congeladas, mirándonos.

—Cecilia, espera… No es lo que parece —suelta Maca, en automático, con los ojos como platos. Y ahí sí que me da un auténtico ataque de risa, al que se acaban uniendo tanto Claudia como la propia Maca, dado lo absurdo de sus palabras, tan grande, que se vuelve cómico.

—Chicas, de verdad… no hace falta que os escondáis. —Me acerco a ellas y las abrazo, ante sus miradas perplejas—. Siento haberos chafado el morbo de ir en secreto, pero os juro que me alegro muchísimo.

Maca me mira, con los ojos brillantes.

—Siento no habéroslo contado antes. Pero es que… no sé. Todo esto es muy nuevo para mí. Supongo que necesitaba entenderlo primero yo, antes de poder decirlo en voz alta.

—¿Así que Claudia es tu misterioso príncipe azul? —pregunto, mirándola con cariño.

—Eso parece —responde ella con una sonrisa—. Aunque preferiría ser su princesa azul, si no es mucho pedir.

Nos echamos a reír las tres, ahora con complicidad total. Y ahí nos quedamos un buen rato, comentando la situación, que para mí no podría ser más inesperada. Entre confesiones y risas, me cuentan su historia: cómo se gustaron desde aquella primera fiesta, cómo siguieron hablando después, cómo la cosa fue cogiendo forma sin que Maca supiera muy bien cómo procesarlo. Nunca se había planteado su sexualidad, tanto tiempo con Raúl… pues ni lo había pensado. Pero al ver a Claudia, supo que esto era diferente. Y entonces lo entendió todo. Claudia, por su parte, ya sabía desde hacía tiempo que le gustaban las mujeres. Pero con Maca no tenía claro si estaba flirteando de verdad o si no era más que una ilusión imposible. Hasta que, sin darse cuenta, estaban demasiado metidas como para que fuera solo una fantasía y ahora están de lo más consolidadas. Vamos, que no es un tonteo chorra, no. Esto va en serio. Y se les nota. En cómo se miran. En cómo se hablan. Qué fuerte.

—Tenemos que contárselo a Sofía. Va a flipar.

—¿Sí? ¿Tú crees que le parecerá bien?

—Pero, Maca, ¿en qué mundo vives? ¡Pues claro!

—Eso le digo yo todo el rato, pero es cabezota —interviene Claudia, con gesto cómplice.

—Maca, ¿por qué pensabas que nos iba a importar? Nosotras solo queremos que seas feliz. Con quien sea. Mientras no sea Raúl, claro —añado, teatral, levantando una ceja. Ella se ríe, ya más tranquila.

—Lo sé, lo sé, perdona… Supongo que soy yo misma la que no acaba de aceptarlo del todo. O sea, sí lo acepto pero no sé… Se me hace raro contarlo.

—Pues quítate eso de la cabeza, mujer, que estamos en el siglo XXI.

Trato de quitarle hierro al asunto, aunque la entiendo. Menudo batiburrillo mental debe de tener después de haber estado tantos años metida en una relación de lo más clásica. Pero, mira, así es la vida. Nadie nos puede decir dónde estaremos mañana. Y eso es lo bonito, ¿no? La intriga por saber cómo continuará nuestra historia.

En ese momento, como invocados por un hechizo, aparecen Sebas y Sofía, acarameladitos, paseando por la terraza. En cuanto nos ven, se acercan sin imaginar lo que se viene.

—Oye, Sebas, Edu te estaba buscando —miento con descaro para quedarnos solas. Una mentirijilla necesaria.

Sebas se mete de nuevo a la fiesta y Sofía se planta frente a nosotras con su mejor energía.

—¿Qué pasa, *bitchesss*? —suelta alegremente.

—Nada, todo bien… —empieza Maca, echándose hacia atrás, dubitativa.

—¡Maca! —le increpo—. No seas tonta, va. Es Sofía. Podrías estar haciendo una orgía y le seguirías pareciendo una mojigata. Así que, no te cortes.

Las tres nos reímos. Sofía nos observa con una ceja levantada, sospechando que algo se cuece.

—Está bien —dice Maca, inspirando hondo—. Le estábamos contando a Ceci que mi misterioso príncipe azul… es, en realidad, mi princesa azul.

Sofía parpadea. Trata de unir puntos, pero no termina de llegar. Así que Claudia, sin mediar palabra, le planta un morreo a Maca. De esos que no dejan lugar a dudas.

—¡Uaaaaa! —grita Sofi, de emoción pura—. ¡Lo sabía!

—¿Cómo que lo sabías? —Preguntamos, a la vez, Maca y yo.

—Os juro que lo pensé el día ese que estábamos en la playa viendo el amanecer. Cuando el pesado ese, tu amigo —mira a Claudia—, le tiraba la caña a Maca y ella no paraba de mirarte a ti

en plan "sácame de aquí". ¡Os prometo que ese día se me pasó por la cabeza!

—¿Y por qué no dijiste nada? —pregunto yo asombrada por sus superpoderes de bruja.

—Pues porque no estaba segura —responde con un encogimiento de hombros—. Y pensé que, si era cierto, tenías que ser tú, Maca, quien lo contara. Sabía que necesitarías tu tiempo. Y me alegra ver que lo has hecho.

—Bueno, no me ha quedado más remedio, Ceci nos ha pillado de pleno.

Descojonadas, nos abrazamos las cuatro, en grupo, con el alivio que aparece cuando un secreto deja de serlo y todo sigue estando bien. Viendo las cosas desde la perspectiva actual, Claudia es una chica estupenda. Y se la ve muy pillada por Maca. Bueno, a las dos.

Aprovechando que estamos de confesiones, les cuento lo que he escuchado en los baños. Necesito ver si Claudia sabe algo.

—Sí, Cecilia, más o menos es así —confirma, con naturalidad —. Hace un par de semanas surgió una oportunidad en Lisboa. Tenemos varios clientes importantes en Portugal, y la empresa ha

abierto allí una nueva sucursal. Alfonso quiere que Edu la lidere. ¿No te ha contado nada?

—No. Pensaba que lo del coche de empresa era lo que le tenía tan contento.

—Eso también —responde con una sonrisa comprensiva—. Pero lo del coche es lo de menos. Verás, Edu entró en la empresa como el hijo del jefe, y Alfonso, que es un jefe de puta madre, no quiso que lo vieran como un enchufado, así que le puso las cosas bastante difíciles. Mucho más que al resto. Nada de coche, ni extras, ni tratos especiales… Podría decirse que lo ha tenido un poco explotado. Edu cree que era desconfianza, pero yo siempre he pensado que era una estrategia: quería que, cuando llegaran oportunidades como esta, nadie pudiera cuestionarlas. Y lo ha conseguido: Edu se ha ganado el respeto de todos. Hasta le dimos el pin de "empleado del semestre", que es una chorrada interna, pero se lo ganó con creces.

—¿Y qué pasa con Lisboa?

—Pues que Alfonso lo quiere allí. Se supone que era confidencial, pero en esta empresa los secretos no existen... y Pepe es un bocazas. Seguro que lo ha soltado él.

—¡Sí! ¡Han nombrado a ese tal Pepe!

—Estaba claro. Pepe es el compañero de despacho de Edu y siempre lo casca todo, el desgraciado.

—Entonces, ¿tú crees que..? ¿Crees que lo aceptará? —titubeo. Me tiemblan un poco las piernas. Bueno, me tiembla todo el cuerpo.

—Creo que aún no lo ha decidido, Ceci. Tiene hasta final de mes para responder. Por lo que me dijo... no parece que quiera irse, precisamente ahora. Pero tampoco estaba convencido, no sé. No tenía claro qué hacer.

—Ah, ya… —suspiro tratando de disimular mi ansiedad—. ¿Y por qué no querría irse? Si es la oportunidad con la que soñaba.

Claudia me mira como si la respuesta fuera obvia.

—¿Tú qué crees?

No sé qué pensar. Es que no quiero hacerme ilusiones. ¿En serio dejaría pasar algo así por mí?

—Está loco por ti, Cecilia —continúa—. Nunca lo había visto así con nadie. Pero también es una gran oportunidad.

Me quedo callada, tratando de mantener la compostura. A ver, Ceci, no te adelantes. Está dudando, ¿no? Eso es bueno.

—La pregunta es… —añade Claudia, mirándome de lado—, ¿tú qué harías? Si fuera al revés, ¿te irías? ¿Tú qué sientes por él?

Dirijo mi mirada a Sofía, que me la devuelve con cara de "te lo dije".

—Pues, yo… Le quiero, claro que le quiero. No se lo he dicho nunca porque… creo que no hace falta. Los dos lo sabemos. Solo que… esto es muy reciente como para dejar pasar algo así.

—¿Y estarías dispuesta a irte con él? ¿O a esperarle? Supongo que, como mínimo, tendrá que estar allí un par de años.

Pienso en él. En su olor, su forma de mirarme, su risa estúpida y su manera de tocarme. Pienso en lo feliz que soy junto a él, y en que, sin duda, soy la mejor versión de mí misma desde que estamos juntos. O al menos una muy buena. Pero luego me imagino viviendo en otro país, después de todo lo que he conseguido aquí, en el mejor momento de mi carrera… Y recuerdo mi edad… y mi recuento ovárico y las ganas que tengo, porque no puedo ocultarlo, de que alguno de esos óvulos evolucione algún día. No digo hoy, ni mañana, pero ¿dos años? ¿Cómo voy a esperar ese tiempo? ¿Estoy dispuesta, como dice Claudia?

—No te ralles, tía. No tienes que resolverlo hoy, ya lo hablaréis —interviene Sofía, con su instinto de rescate bien afilado, a la vez que Maca me coge de la mano con ternura, consciente de la crisis que se me viene encima.

—Sí, Ceci, no quería agobiarte —se disculpa Claudia—. Es que como has preguntado…

—No, no, tranquila. Te agradezco la información. En serio. Y me alegro mil de lo vuestro. Ah, y enhorabuena también por lo de tu sobrinita.

—¡Gracias! Mañana mismo nos vamos a Madrid, que ya le inducen el parto a mi hermana y queremos estar allí cuando nazca la peque.

Habla en plural, mientras le pasa un brazo sobre los hombros a Maca. Pues sí que van en serio, sí.

Les dedico una sonrisa y regresamos juntas al salón para continuar la fiesta hasta las tantas. Me esfuerzo por seguir el ritmo, por dejarme llevar, por fingir que sigo allí y no atrapada en mi cabeza. Entre chupitos, cubatas y bailes torpes, intento silenciar el bucle mental que me atormenta, pero ya no hay forma de detenerlo. Qué ironía, le he regalado a Edu una brújula y ahora soy yo la que no puede estar más perdida. "Confía en tu camino", decía. Qué risa. ¿Qué camino? Joder. Me prometí no enredarme, no enamorarme. Que esto no era nada serio, una diversión, un entretenimiento… Algo que, antes o después, podría terminar… Y creía que lo tenía controlado. ¿Por qué me asusta tanto perderlo ahora?

CAPÍTULO 29

Han pasado dos días desde la fiesta. Y no hemos hablado del tema. Quiero sacarlo, preguntarle que qué narices piensa hacer con su vida, pero no me atrevo. Y él tampoco suelta prenda. Y, claro, estamos un poco raros… O, al menos, yo lo estoy. ¿En serio va a tomar la decisión sin hablarlo conmigo? ¿Se marchará sin saber a dónde podría ir lo nuestro? O, peor aún… ¿va a dejar pasar la oportunidad de su vida por mí, sin saber lo que opino yo?

Me estoy volviendo loca… No puedo dormir ni concentrarme en nada. Y no paro de mirar su perfil de Instagram cada cinco minutos. Como si fuera a subir una historia publicando su decisión.

La verdad es que no sé ni qué plazo tiene para dar una respuesta, ni si la habrá dado ya. Ojalá no hubiera oído aquella conversación… Sé que el resultado sería el mismo, que no saber no cambia las cosas, pero al menos no estaría sufriendo de esta manera. ¿Por qué el amor es así? ¿Por qué siempre acaba torturándome?

Me acerco a tomar un café en la floristería. Necesito terapia. Allí están Rosario y Sofía, la primera atendiendo a unos clientes, la segunda metida en el despacho, supuestamente "teletrabajando". En cuanto llego y ven mi cara, las dos dejan a un lado sus quehaceres y se sientan conmigo. Saben que necesito apoyo. Rosario prepara tres cafés y yo dejo que el olor a lirio y jazmín impregne mis sentidos. Pero ni siquiera aquí, en este oasis, consigo relajarme.

Pongo a Rosario al corriente de mi situación y les pido que me asesoren, porque estoy perdida. Completamente perdida.

—Venga, Ceci, si ya lo dijo Claudia. Edu no quiere irse. Seguro que se queda contigo.

—¿Pero cómo va a estar tan colgado de rechazar esta oportunidad de oro? Con lo importante que es para él su trabajo y todo lo que implica…

—Tal vez Edu vea las cosas de una forma distinta a ti, que ya estás en otra etapa de la madurez —explica con voz calmada Rosario

—. Es un chico de treinta años, enamorado, que acaba de reflotar tras haber tocado fondo en su vida, creyendo que el amor puede con todo.

—Es un romántico —añade Sofía—. Confía en eso.

No me entienden… Parece que yo quiera que se quede, cuando la realidad es que me da tanto vértigo una opción como la otra.

—Veréis, me aterra la idea de que se vaya, de que lo nuestro termine. Justo ahora, que estamos tan bien. Pero creo que aún me da más miedo que se quede… por mí.

Las tres nos quedamos en silencio, hasta que Rosario interviene.

—Yo dejé una vez que alguien eligiera quedarse… por mí. Me sentí especial. Importante. Hasta que vi en sus ojos que se lo reprochaba. Y yo también lo hacía, aunque no lo dijera.

—Espero que no estés hablando de mi padre…

—No, Sofi, tu padre se fue porque era un cobarde. Pero antes tuve un novio que tocaba en un grupo. Al principio siempre estaba de gira, pero, poco a poco, lo nuestro fue creciendo y empezó a renunciar a tanto viaje para estar conmigo. Al final, claro, no logró

triunfar tanto como él había soñado y eso fue algo que nunca superamos.

—Ah, ¡el rockero!

—Ese. Tu padre llego después, justo cuando yo me encontraba en un momento muy vulnerable.

—Eso es precisamente lo que me aterra —les explico—. No quiero que se vaya. Pero si se queda… sé que se arrepentirá, y lo nuestro acabará sufriendo las consecuencias.

—Tienes que hablar con él antes de que sea demasiado tarde —apunta Rosario—. Debéis dejar clara vuestra situación, si de verdad esto está escalando de esta manera y tú no estás tranquila.

—No tengas miedo, Ceci. Lo que tenga que ser será, pero no te quedes con esto dentro —continúa mi amiga, mientras coloca su mano sobre mi pecho.

—Cecilia, eres una persona que, desde niña, ha tenido claros sus objetivos y ese es un poder muy valioso. Utilízalo.

—¿Y qué le digo? ¿Que no quiero que se vaya, pero tampoco que se quede? ¿Y si me pregunta si me voy con él?

—Pues tendréis que analizar qué es lo que queréis cada uno, de forma sincera. Si para estar con alguien debes renunciar a tus sueños, entonces no es el adecuado —expone Sofi—. Y eso que yo

no creo en que exista "el adecuado", pero sí el inadecuado, eso seguro.

—Podrías haber seguido los sueños de Marc pero ahora estarías frustrada, ¿lo sabes no? —interviene Rosario.

—Sí, pero Marc no era Edu.

—Por supuesto. Ni tú eras la misma que eres ahora.

Cierro los ojos mientras doy un último sorbo a mi café. Tienen razón, lo sé. No sirve de nada evitar el tema. Sé que Edu no se atreve a sacarlo, pero yo no puedo permitir que lo nuestro se emborrone por no atrevernos a hablar.

—Gracias, chicas. Necesitaba vuestros sabios consejos, como siempre. Tengo que irme.

Sofía me acompaña hasta la puerta de la floristería para despedirme. Le doy un beso, dispuesta a marcharme, cuando me susurra:

—He visto cómo miras a las embarazadas cuando te las cruzas, y el otro día te pillé mirando ropa premamá en Instagram, Ceci. Sé que estás loca por él, pero recuerda que el amor siempre vuelve, si tiene que volver. Que no se nos pase la vida.

Con esas palabras se mete de nuevo en la tienda y me deja ahí, anonadada por la filósofa que esconde bajo su melena rubia.

De camino a casa, me cruzo a Sebas, que va a la floristería a recoger a su *güila*, como él la suele llamar. La verdad es que no sé qué significa exactamente esa palabra. Busco en internet el concepto de *güila* en Costa Rica y veo que es su forma de decir "novia". Ay, ay, ay, ¿Sofia sabe esto? Bueno, qué importa, por mucho que no lo quiera reconocer, esos dos ya son más novios que cualquier pareja convencional. Hace tiempo que ella no tiene ojos para otro y él está encandilado con ella, así que… No hay más.

——¿Podemos hablar? —pregunto a Edu por WhatsApp nada más cruzar la puerta de mi piso.

En seguida me contesta con afirmativos y, un rato después, nos sentamos en mi balcón. Saco unas limonadas, porque no quiero que ni una gota de alcohol empañe nuestra conversación. La temperatura, todavía cálida pero pidiendo ya una rebequita al atardecer, deja entrever cómo el verano se va alejando poco a poco, para dejar paso al otoño que no tardará en asentarse.

—¿De qué querías hablar?

Tomo aire, nerviosa. Tengo que hacerlo. Sin rodeos.

—Me he enterado de lo de Lisboa.

Se hace un silencio cargado de palabras sin decir, que se acumulan en su rostro. Cuando por fin abre la boca, me mira con seriedad.

—¿Cómo te has enterado?

—Lo escuché en tu cumpleaños. Oí a dos compañeros tuyos hablando en el baño… Decían que igual rechazabas una oportunidad única de irte a Lisboa a liderar un proyecto. Y no lo entiendo.

—No hay nada que entender. Es una chorrada.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices? Si es lo que querías. Que confíen en ti, tener más responsabilidades, crecer profesionalmente…

—Sí, pero aquí. No quiero irme a ningún otro sitio. —Veo cómo traga saliva y coge aire—. No lejos de ti. No sabía que tuviera que explicártelo.

Me quedo callada un momento, procesando sus palabras.

—Si no estuviéramos juntos, ¿te irías? —digo al fin.

—Eso es pregunta trampa.

—Contéstala.

Edu se queda mudo, con la mirada perdida en el horizonte. No hay ni rastro de su habitual expresión divertida, solo preocupación. Una pequeña arruga se insinúa en su entrecejo, mientras se muerde el labio superior con los dientes de abajo.

—Edu, por favor. No hagas ninguna tontería. No cometas un error del que podrías arrepentirte el resto de tu vida.

—¿Tú no quieres que me quede? ¿Es eso?

—Pues claro que quiero. Pero no importa lo que yo quiera, debes pensar en ti.

—Cecilia, por si no te has dado cuenta… estoy enamorado de ti. Y creía que tú también sentías lo mismo.

Puede que ya lo supiera, puede que tuviera alguna duda, pero prácticamente era evidente. Además, ya me lo dijo Claudia. Pero aun así… oírlo de su boca, escuchar esas palabras… me genera algo indescriptible, un vuelco en el pecho, una vibración que me recorre el cuerpo entero, que hace que los latidos de mi corazón galopen desbocados, que cada uno de los pelos de mis brazos se ponga de punta y que mi boca se seque, pidiéndole a gritos que la bese. Pero me mantengo firme, tratando de mantener la calma.

—Yo también, Edu.

—Te quiero desde hace tiempo, no sé exactamente qué día pasó, pero pasó, me enamoré, y ya no puedo echar marcha atrás, Cecilia, no puedo. No puedo ignorar lo que siento.

Joder. Joder. Me quito la rebequita, acalorada. ¿En qué momento ha pasado todo esto? Recuerdo su cara de pillo el día que

entró a mi consulta, lo nerviosa que me puso. Y ahora lo miro y veo a otra persona. Es el mismo, pero a la vez es otro. Uno que se ha metido en mi corazón, hasta el fondo, y que ahora no sé cómo sacarlo. Ni si quiero sacarlo.

Joder. No quiero que se vaya. Pero sé que, si se queda, lo estropearemos todo. Y lo nuestro no merece morir así.

—Edu, sé que ahora crees que el amor lo es todo, que nada más importa, pero no puedo dejar que te quedes por mí. Has trabajado duro, durísimo, por llegar a donde estás, y ahora que se te abre una puerta alucinante, no puedes no cruzarla. Simplemente no puedes. No por otra persona. ¿De verdad crees que serás feliz, sabiendo lo que dejaste pasar? Cuando la pasión pase, porque pasará, ¿qué pensarás de ti mismo?

—¿Por qué te da tanto miedo que priorice nuestra relación?

—Porque solo han pasado unos meses, Edu, y no sabemos a lo que nos va a llevar esto. Y porque tienes treinta años, no es momento para acomodarte, es momento para pelear por tus sueños, para seguir conociéndote a ti mismo, para continuar creciendo.

—Siempre con el temita de la edad…

—No es la edad en sí. Pero la vida tiene sus etapas y no hemos de saltárnoslas, no por otros. Y yo ahora estoy en otra, Edu.

—¿En qué etapa estás tú?

—Yo ya he luchado lo que tenía que luchar por mi trabajo, estoy donde quiero estar, tengo las cosas claras, quiero ser madre más pronto que tarde… No creo que compartamos el mismo momento.

—¿Quieres quedarte embarazada?

—Pues… sí. No sé cuándo, pero no tengo toda la vida. Pronto cumpliré treinta y seis años, y ahora mismo, es algo que me apetece. Supongo que es algo biológico, instintivo, que no sé cuándo me llegó, pero me ha llegado. Yo tampoco puedo ignorarlo, por mucho que quiera estar contigo. Igual que tú no puedes apartar tus sueños, por mucho que me quieras. Si pensara que lo de Lisboa te da igual… pero no lo creo.

—Claro que no me da igual, Ceci. Y claro que si no estuvieras tú me habría ido de cabeza. Pero no quiero perderte. Y sé, y ahora más con lo que me estás diciendo, que no vas a esperarme si me marcho. Ni creo que vayas a venir conmigo.

Unas pequeñas lágrimas recorren sus mejillas, dejando una estela brillante sobre su rostro. Se sorbe los mocos, avergonzado. Yo asiento, también con los ojos hinchados, a punto de romperme.

—No quiero que esto se acabe —me susurra acercándose a mí y tomando mi mano con dulzura—. Me muero por ti, me encanta pasar tiempo contigo. Tú me has hecho ser mejor, me has ayudado a creer en mí como nadie nunca lo había hecho…

—Y quiero seguir haciéndolo. Por eso… necesito ser honesta contigo. No quiero que tomes una decisión de la que te arrepientas.

—Pero, ¿cómo va a ser buena idea estar separados? No tiene sentido. Nada tiene sentido…

Le abrazo con fuerza y rompo a llorar, como una niña. Porque no quiero que esto se acabe, joder, no quiero.

Nos besamos suavemente, dejando que las lágrimas y nuestra saliva se fundan en nuestras bocas. Es un beso diferente, lo sé, es un beso cargado de emociones, un beso que nos pide que lo grabemos en nuestra memoria porque, tal vez, no vuelva a producirse. Y es desgarrador. Y no quiero. Pero tengo que ser fuerte. Por los dos. Porque ninguno de nosotros merece renunciar a sí mismo por el otro. Porque el amor siempre vuelve, si tiene que volver, pero la vida se nos escapa si no la agarramos fuerte para perseguirla.

Pienso en cuánto amé a Marc, y me imagino cómo podría estar ahora si siguiera con él, acoplada a él, a sus preferencias… sin

haber hecho lo que he hecho con mi vida y lo que ocasionó nuestras diferencias. Y no me gustaría ser esa persona. No puedo dejar que Edu la cague, no puedo. Por mucho que duela.

—¿Ya le has dado una respuesta a tu padre? —pregunto cuando recuperamos el aliento.

—No, he estado posponiéndolo… No sé qué haré, Ceci. No lo sé.

—¿Cuándo empieza ese proyecto?

—Ya. En noviembre.

Una sacudida remueve mi estómago, porque no pensaba que fuera a ser tan inminente. Joder, noviembre es ya. ¡En un mes!

Cierro los ojos y suspiro profundamente.

—Debes decidirlo pensando en ti, Edu, solo en ti. Olvídate del resto del mundo. Y no tengas miedo, porque, hagas lo que hagas, estarás bien. Te lo prometo.

Edu me sonríe y sus ojos vuelven a ser los de siempre, con ese brillo que los caracteriza. Y sé que no hace falta que le diga nada más. Porque no sé si se irá o se quedará, pero sé qué hará lo correcto. Y que yo también lo haré.

CAPÍTULO 30

Lo que pasa los siguientes días, no es más que lo que tenía que pasar. Edu acepta el contrato, dispuesto a embarcarse en una nueva vida, lejos de todo el dolor que ha pasado aquí, lejos de las dudas sobre quién es, sobre quién quiere ser. A veces, en la vida, las cosas llegan por algo. Y si tenía que ser, pues tenía que ser.

Sé que le irá bien, que podrá seguir creciendo, que podrá encontrarse a sí mismo, descubrir cómo quiere vivir y quién quiere ser, dejando a un lado el drama que ha dominado su vida hasta ahora. Que Álvaro le acompañará siempre, eso seguro. Pero de otra forma. De una forma sana.

Y yo… pues aquí estoy. Sola de nuevo. Y triste, muy triste. Ya no me acordaba del dolor que generan las rupturas, ese clavo punzante que se instala en el pecho cuando te das cuenta de que has perdido a alguien a quien amas. Que no volverás a reír junto a él, que no bromeará con tu nombre ni te hará cosquillas hasta que lo quieras matar. Que ya no te hará el amor cómo solo él sabía hacértelo… Es una mierda, para qué engañarnos. Es una auténtica mierda.

Pero esta ruptura es diferente. ¿Duele? Horrores. Sin embargo, no se acompaña de esa ansiedad horrible que suele conllevar. Esta vez no. Porque sé que es lo que tenía que pasar. Sé que hemos hecho lo correcto. Y ese alivio compensa un poquito (muy poquito) el dolor desgarrador.

Me imagino que Edu estará ahora mismo llegando al aeropuerto, a puntito de embarcar para Lisboa. Aunque no debería, abro Instagram, a ver si ha posteado algo… Y ahí está. Una *story*. Cómo son estos jóvenes, que todo lo cuelgan en redes.

¿La abro? No debería. Aparto el móvil, es mejor no hacerlo. No quiero ver cómo se marcha, joder. Porque ya le echo de menos.

Pero no puedo contenerme. Simplemente no puedo. Cojo el teléfono de nuevo y pincho sobre la maldita *story*. Y me quiero

morir.

La historia muestra la foto del embarque en el aeropuerto, y, en el centro, su mano sujetando la brújula que le regalé, con el mensaje "Confía en tu camino".

No sé cómo explicar lo que siento al escuchar la música que ha puesto de fondo. Es una canción que nunca hubiera imaginado que él pudiera conocer, de una de esas cantantes que me gustan a mí y que él definiría como "muy femenina", como el día en que se la mostré en el coche, cuando volvíamos de nuestro viaje. La canción es la de "Guerrera", de Valeria Castro. Y es preciosa.

Como una idiota, me quedo ahí, en el balcón, mirando al infinito mientras la escucho, analizando cada una de las palabras que suenan, sabiendo que nada es al azar, que Edu ha elegido esas letras para llegar a mí. Y lloro. Lloro como hacía tiempo que no lloraba, mientras escucho el final, la parte que él ha publicado.

<< Y acabo entendiendo el mensaje sincero.

Cu*í*date, cari*ñ*o, hazlo por ti primero.

Que a poquito que empieces, nadie te podr*á* apagar.

Y se ha enterado,

Después de mil batallas, que la vida pasa a un lado.

Y es el invierno, el que después de noche y noche, la ha callado.

Grita a viva voz, que no hay para microfonía.

Canta de pulmón, tu historia no se desafía.

Eres aliciente, eres lo que le hace falta a la gente.

Ay, guerrera, yo te llevaré en el alma la vida entera. >>

Ahora entiendo que la brújula que le regalé… era para los dos. Para recordarnos que el camino correcto no siempre es el fácil. Y que el amor de verdad… no encierra, deja volar.

Y así es cómo, al final, nuestros caminos se separan definitivamente.

Ahora me toca a mí: ¿a dónde quiero que me lleve el mío?

Durante los siguientes meses, voy recuperándome poco a poco. Le echo de menos, sí, pero ya no duele tanto. Sofía me

presenta a un amigo suyo, me hago cuenta en Tinder… pero nada, no me cuadra ninguno. Mis esperanzas de encontrar al hombre de mi vida, al padre de mis hijos, se disipan cada día un poquito más.

Un domingo melancólico, mientras estoy en mi sofá pasándome la aplicación de citas enterita, tras descartar a todos los candidatos, se me ocurre ponerme la canción de "Guerrera" de nuevo. Es algo que hago en ocasiones, así, para fustigarme un poquito más, si cabe. Esas cosas kamikazes que nos gusta hacer a los humanos, como si no tuviéramos suficiente con nuestras penas y necesitáramos añadirle un toque extra de dramatismo.

Y, en ese momento, mientras la escucho, lo sé. Que no debo seguir esperando a ese amor idealizado en mi cabeza que se suponía que algún día llegaría. Que soy una guerrera. Que puedo con todo, que no necesito a nadie. Que tengo a mi familia y a mis amigas, y que, con eso, tengo más de lo que podría haber soñado. Y que voy a hacerlo. Voy a ser madre.

Cuando se lo cuento a Sofi y a Maca, no pueden estar más emocionadas. Nos pasamos varias tardes en la floristería mirando todo sobre la reproducción asistida y, finalmente, contacto con un antiguo colega de la facultad que ahora se dedica a esa parte de la obstetricia. Con el apoyo de mis amigas y de mis padres que,

sorprendentemente, han dejado de atosigarme con sus propias inseguridades, empiezo con el proceso.

Los siguientes meses no son nada fáciles. Hay muchas pruebas, muchas hormonas, muchos días de altibajos. Algunos me siento poderosa. Otros, me siento rota. ¿Y si no funciona? ¿Y si me he montado esta ilusión para acabar de nuevo vacía? Pero entonces me acuerdo de por qué lo hago. Y de que, esta vez, todo parte de mí. Nadie me arrastra. Nadie me frena. Soy yo.

Maca y Claudia siguen a lo suyo, cada día más unidas. Estoy segura de que pronto se oirán campanas de boda. Al fin y al cabo, ella sigue siendo la chica clásica que sueña con vestirse de blanco.

Y Sofía, pues ahí va, con Sebas, viento en popa. Han pedido una excedencia en el trabajo y se van a recorrer Asia con sus mochilas y su amor ardiente. Tailandia es la primera parada. Justo antes de subirse al avión me llama y me dice:

—En cuanto te preñes, vuelvo. Para mimarte, y traerte antojos a las tres de la mañana si hace falta.

—¡Calla ya, loca, y disfruta! Que yo aquí estoy bien acompañada —le respondo riéndome—. Pero bueno… si todo va bien… igual sí que te necesito cuando nazca.

Y sé que, cuando llegue el momento, estará. Porque así es ella. Pero para eso aún queda. Y tengo a más gente a mi lado, así que no debe preocuparse. De hecho, Rosario está más feliz que ninguna. Sabe que su hija no quiere ser madre, así que no puede estar más radiante con que sea yo quien la vaya a hacer abuela.

Por fin llega el día en que me van a implantar el embrión. Con los nervios (y las hormonas, claro) a flor de piel, pienso en Edu. Pienso en ese amor intenso, auténtico, que me llevó hasta este momento de mi vida, un año después. Esa dosis de amor que me enseñó a creer en mí, a vivir sin miedo, a salirme del destino que otros —y yo misma— creíamos escrito para mí y que parecía inquebrantable. Puede que no fuera amor eterno, que no fuera para toda la vida… pero en su brevedad estuvo la clave, creo. Todo pasa por algo.

Y hoy, aquí, a punto de descubrir una nueva faceta de mí misma, no puedo estar más agradecida a ese amor de verano y a las decisiones que tomamos.

CAPÍTULO FINAL

Salgo de la tienda de ropita para bebés, cargada con las bolsas, el carro y la niña dentro, que no para de llorar. Se me ha ocurrido venir sola al centro de compras, aunque mi madre quería acompañarme. Pero necesito un poco de intimidad. Agradezco su ayuda constante, pero a veces me apetece pasar tiempo a solas con mi hija. Aunque, ahora mismo, no me vendrían nada mal un par de manos más.

Como se me está cayendo todo, me detengo en medio de la calle para intentar meter las bolsas en la parte inferior del carrito, al tiempo que lo mezo con fuerza para calmar a la peque. Tan

enfrascada estoy en mis labores de madre soltera que no me doy cuenta de que alguien se ha parado a mi lado.

—¿Necesitas ayuda, Guerrera?

Siento como si mi corazón se detuviese en seco. Me giro lentamente y ahí está, tan guapo como en mis recuerdos, incluso un poco más, si es que es posible. Le ha crecido la barba, lleva una camisa formal y tiene un aspecto más, ¿mayor? Pero su sonrisa es la misma y sus ojos verdes me miran con la misma expresión jovial y divertida de siempre. Una alegría infinita me invade nada más verlo. Dejé de seguirlo en redes porque me resultaba demasiado doloroso y ahora hacía tiempo que no pensaba en él. Sin darme tiempo a reaccionar, se lanza sobre mí y me atrapa con un cálido abrazo, dejando que su olor acaricie mis sentidos y remueva algunas sensaciones del pasado que estaban muy escondidas.

—No puedo creerlo, Ceci, ¡al final lo hiciste! ¿Cómo se llama? —pregunta mientras se asoma al carrito para ver a mi niña. Sorprendentemente ha dejado de llorar y lo mira con los ojos muy abiertos.

—Lara. Se llama Lara. Tiene cinco meses.

—Es preciosa. Eres preciosa, Lara, como tu madre —susurra mientras le hace unas cuantas carantoñas y yo siento que suelto un

poco de leche por ambos pezones. Joder, la lactancia, qué traicionera es cuando quiere.

Rápidamente, me pone al día de su situación. El proyecto de Lisboa fue un éxito, han creado un equipo increíble que ha expandido la empresa a otras ciudades portuguesas y ahora, dos años después, concluida su labor allí, él ha vuelto aquí como jefe de departamento. Incluso se ha comprado un piso. Se le ve radiante. Después de un rato de cháchara, nos despedimos y cada uno se marcha por un lado de la calle.

Llego a casa, con sentimientos encontrados. Ha pasado tiempo, pero aun así ha sido como si fuera ayer el día en que nos bañábamos en las calas de la Costa Brava. He visto un Edu más maduro, más seguro, con su ropa cara y su barba de ejecutivo. Pero era él… el mismo por el que me derretía hace dos años. Miro a Lara y me da la risa al ver su carita preciosa y sus ojitos vivaces, que me observan con curiosidad.

—Ay, cariño, si tú supieras lo que te espera… La vida es una auténtica montaña rusa. Menos mal que eres un bebé y ahora solo tienes que preocuparte por comer y dormir.

La cojo en mis brazos y me saco la teta para que coma, cuando siento la vibración de mi teléfono. Con la mano que me queda libre, cojo el móvil y miro la pantalla. Una ilusión infantil inunda mi alma cuando leo el mensaje:

<< Edu: Unas birritas (sin alcohol) mañana por la tarde? Puedes traerte a Lara >>

A continuación, me pasa la ubicación de lo que supongo será su nuevo piso y añade:

<< Edu: Ahora tengo terracita >>

Me quedo un poco parada, pensando en qué debería hacer, hasta que se me ocurre preguntar:

<< Yo: ¿Tienes lasaña? >>

<< Edu: Tengo lasaña >>

<< Yo: Vale, va >>

Me apunto la dirección, dejo el móvil sobre la mesa y me quedo embobada mirando cómo mama mi dulce Larita, pensando en que, una vez más, la vida es impredecible. Y eso es lo bonito, ¿no? La intriga por saber cómo continuará nuestra historia.

FIN

* * *